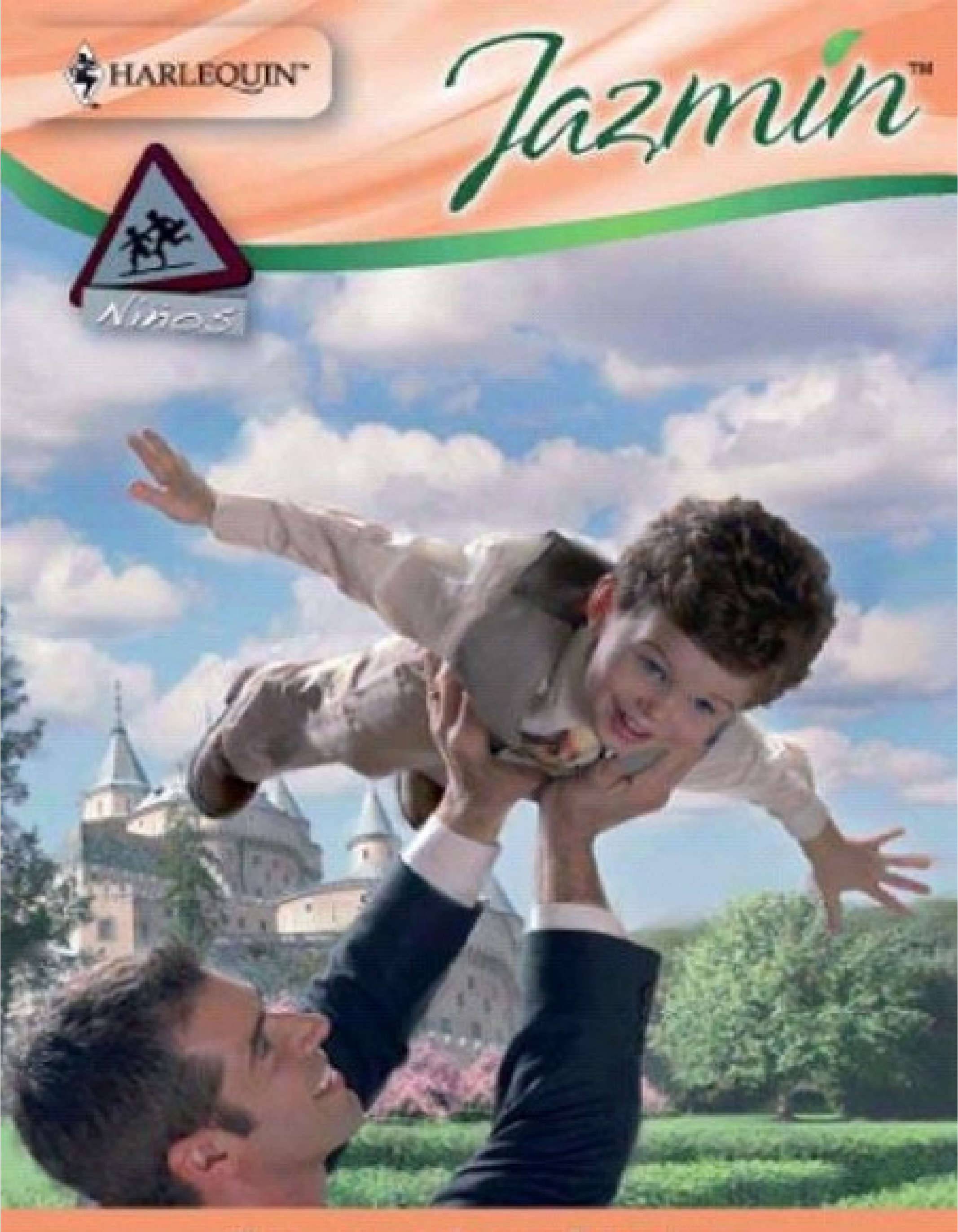
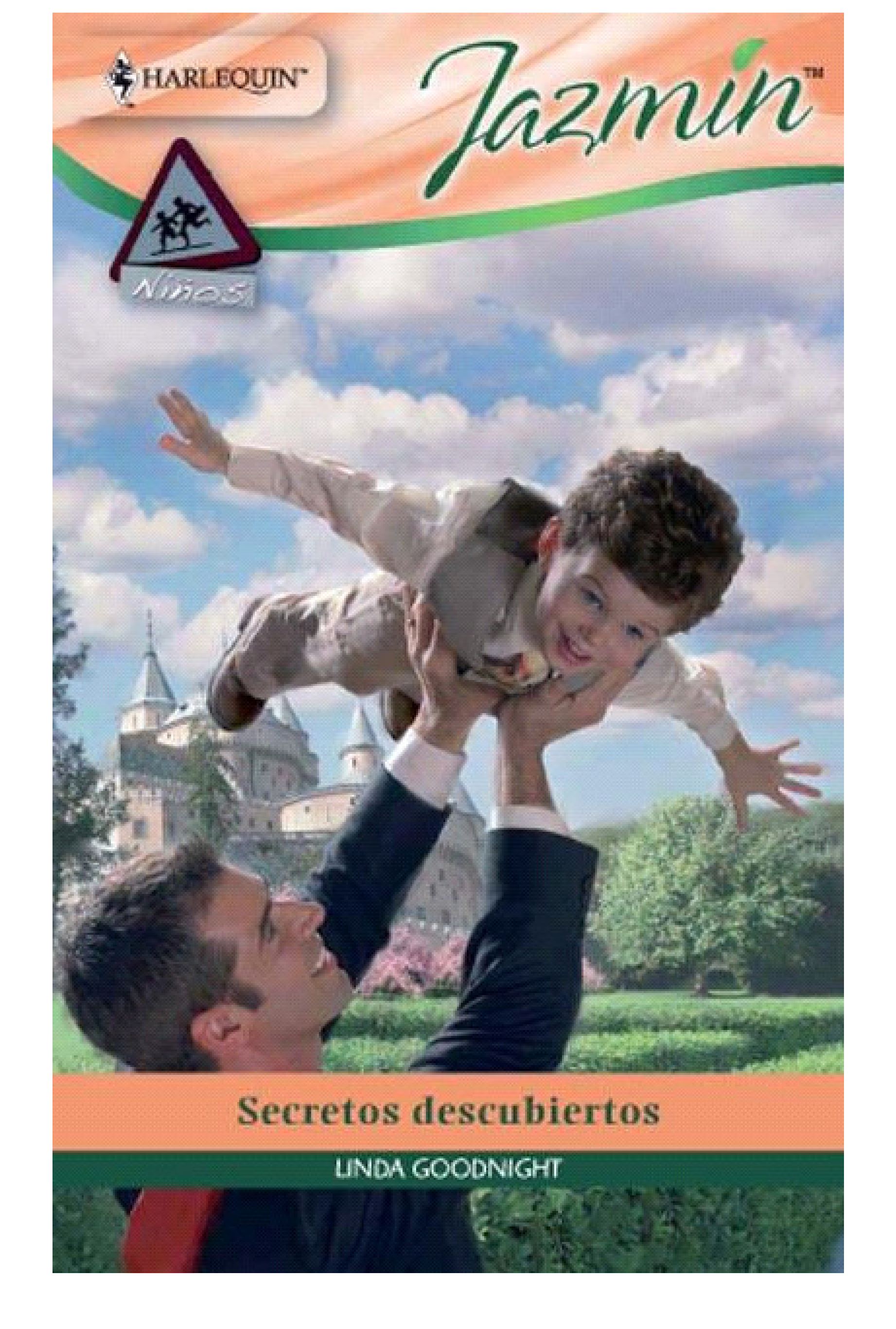


Secretos descubiertos

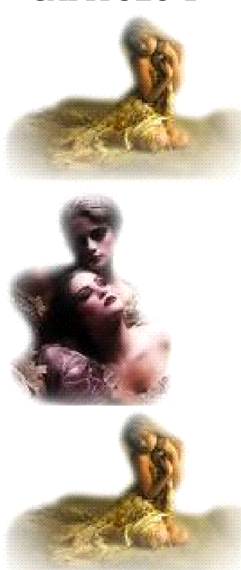
LINDA GOODNIGHT



Su Majestad solicita la compañía de Sara Presley para banquetes, bailes… ¿y una pequeña sorpresa? Entrar en el castillo del príncipe Aleksandre era como volver atrás en el tiempo. Cinco años antes, Aleks no le había dicho a Sara que fuera un príncipe, pero ahora llevaba una corona. Sara lo había amado una vez con todo su corazón y, ahora, volvía a sentirse como el centro de su universo.

Sin embargo, no podía dejar de pensar que aún había más secretos que no le había revelado…

CAPÍTULO 1



EL PRÍNCIPE Aleksandre d'Gabriel miró el rostro del doctor Konstantine y supo que no tenía buenas noticias.

—Lo siento, Majestad, no puedo hacer nada más —el médico de la Corte, incapaz de mirarlo a los ojos, mantenía la mirada clavada en el suelo de mármol—. Su hijo se está muriendo.

Esas palabras, pronunciadas en voz baja, le rompieron el corazón a Aleks como la punta de una bayoneta. Su hijo, su razón de vivir, se estaba muriendo en una habitación del impresionante castillo de Carvainia y él, un poderoso príncipe, no podía hacer nada.

Él era un gobernante, un príncipe guerrero, un hombre rico y poderoso y, sin embargo, no podía hacer absolutamente nada contra la infección que estaba destruyendo a su hijo.

Aleks apretó los puños, conteniendo el deseo de golpear los gruesos muros del castillo.

Su madre, la reina Irena, tocó su brazo entonces.

—Seguro que podemos hacer algo más. Tal vez buscar otro médico...

El doctor Konstantine levantó la cabeza.

—Majestad, hemos consultado con todos los patólogos del mundo. La única solución sería una donación de hígado o de células hepáticas. Eso le salvaría la vida, pero sólo eso.

El rostro de la reina Irena, hermoso a pesar de tener ya casi sesenta años, había envejecido en las últimas semanas debido a la preocupación.

—Discúlpeme, doctor Konstantine. No quería decir que no hubiera hecho todo lo que ha podido. Es sólo que... —Irena levantó las manos en un gesto de impotencia.

Aleksandre entendía muy bien lo que sentía. La reina adoraba al

niño huérfano de madre que había llevado en sus brazos desde América hasta Carvainia cinco años antes. Sin la ayuda de su madre, Aleksandre nunca hubiera conocido a su hijo.

El destino y la determinación de su madre le habían dado a Nico y no pensaba dejarlo morir sin pelear.

—Tiene que haber un donante en algún sitio. Seguiremos buscando.

—Hemos hecho cientos de pruebas, Majestad.

Su gente, los leales ciudadanos de Carvainia, habían llenado las calles y congestionado las líneas telefónicas, ofreciendo hacerse las pruebas de compatibilidad en su deseo de salvar al adorado príncipe. Pero ni uno solo era compatible con el niño, tal vez por su herencia genética extranjera.

Aleksandre tuvo que controlar una oleada de náuseas al recordar a la mujer americana que aún lo perseguía en sueños. La mezcla genética era culpa suya, como lo era su enfermedad y, sin embargo, Nico no sería Nico sin la sangre de Sara Presley.

—Me gustaría hacer una sugerencia —dijo el doctor Konstantine entonces—. ¿Puedo hablar con franqueza?

—Por supuesto —respondió el príncipe. El doctor Konstantine lo había atendido desde siempre, desde las enfermedades infantiles a las heridas de guerra, y confiaba del todo en él—. Estamos desesperados y haremos cualquier cosa.

—La madre de Nico.

—¡No!

Al oír el grito de la reina, tanto el médico como Aleksandre se volvieron, sorprendidos. Se había puesto pálida y la mano que se había llevado a la garganta temblaba visiblemente.

Aleks entendía sus sentimientos porque eran un reflejo de los suyos y, sin embargo, ¿no había estado él también pensando en Sara Presley?

—No querrá hacerlo —murmuró, con el corazón encogido al pensar en la mujer que los había abandonado a él y a su hijo. No sentía cariño alguno ni por el padre ni por el niño y le daría exactamente igual que Nico viviera o muriese.

—No tiene más remedio que ponerse en contacto con ella, Majestad. Es la única esperanza para el príncipe.

La reina lo tomó del brazo.

—Escúchame, Aleksandre. Esa mujer tiene el corazón de piedra... no querrá venir. Ponerse en contacto con ella sólo nos traería problemas. Piensa en lo que podría pedirte a cambio...

Aleksandre sabía que su madre tenía razón. Sara Presley le había hecho mucho daño, pero la vida de su hijo estaba en juego y haría lo que tuviese que hacer para salvarlo.

—Si ella fuese una donante compatible, sería la respuesta a todas

nuestras plegarias —opinó el médico.

—Si es compatible y si está de acuerdo —dijo Aleksandre, con tristeza.

Una mujer que había abandonado a su hijo al nacer no querría pasar por una operación quirúrgica para salvarlo... a menos que se le ofreciera un incentivo.

La reina Irena paseaba de un lado a otro, nerviosa.

—No la quiero aquí, Aleksandre. Esa mujer te hizo mucho daño... a ti y a Nico. No podría soportar que ocurriese de nuevo.

—Soy yo quien tiene que tomar la decisión, madre. Déjame pensar.

Tanto la reina como el médico se quedaron en silencio, pero los ojos negros de la reina Irena lo miraban con reproche y Aleksandre se sintió culpable.

De no ser por ella, Carvainia no tendría al príncipe Nico y él no tendría un hijo. Sabía que sólo intentaba protegerlos a los dos, pero tal vez era la única salida...

Aleksandre cerró los ojos durante un segundo. En la guerra había aprendido a olvidarse del ruido y el horror que lo rodeaba y centrarse en un punto dentro de él donde encontraba cierta paz, incluso en el fragor de la batalla, e hizo eso mismo en ese momento, intentando olvidar la angustia que le producía volver a ver a Sara Presley y concentrarse en salvar a su hijo.

Oía el movimiento de los empleados del castillo entrando y saliendo de la habitación del niño, pero intentó imaginar el sonido del mar que se agitaba al otro lado de los muros del castillo...

El mar era su solaz y, cuando tenía tiempo, paseaba por la playa para sentir el viento en la cara. Algún día enseñaría a Nico a pescar y a conducir su lancha motora, pensó. Le contaría historias sobre las generaciones de compatriotas que habían usado el mar para defenderse y para ganarse la vida.

Pero para eso, su hijo debía vivir. Necesitaba un donante y eso sólo podía ocurrir gracias a su madre biológica.

Aleksandre respiró profundamente, abriendo los ojos. Había tomado una decisión.

—Tienes razón al decir que la madre de Nico no vendría a Carvainia por su propia voluntad. Y también estoy de acuerdo con usted, doctor Konstantine, en que ésa sería nuestra única posibilidad. De modo que Sara Presley debe venir —el príncipe apretó la mandíbula con fuerza —. Y vendrá, se lo aseguro.

La reina Irena sacudió la cabeza.

—No puedes obligarla, Aleksandre. No es ciudadana de este país y no se rige por nuestra jurisdicción.

—Aún no —dijo Aleks—. Pero pronto será así.

—¿Qué estás pensando?

—La madre de Nico no vendrá a Carvainia por mí o por su hijo, pero vendrá si se le ofrece un incentivo interesante. Y yo sé qué le importa a Sara Presley.

Como príncipe curtido en mil batallas, él sabía lo importante que era la estrategia y conocer al enemigo.

Y, por eso, empezó a trazar un plan de batalla.

***

—Si algo parece demasiado bueno para ser verdad, seguramente lo es —se rió Sara Presley mientras sacaba un montón de novelas románticas de una caja.

—Pero ¿y si el premio fuera real? —le preguntó Penny Carter, su amiga y socia en la librería, moviendo la carta ante sus narices por enésima vez en dos días—. ¿Y si de verdad has ganado un viaje a un fabuloso balneario de Europa... en un castillo ni más ni menos?

—Para ganar algo, yo debería haber entrado en el concurso, ¿no te parece?

—Sí, eso es verdad, pero... tenemos una librería. ¿Y si alguno de nuestros proveedores nos está recompensando?

—Entonces, tú estarías incluida en el viaje y no lo estás —dijo Sara, llevándose una novela a la nariz—. Me encanta cómo huelen los libros nuevos —dijo luego, intentando que Penny se olvidase de la ridícula carta. Tenía que ser una broma. O algo peor. Seguro que si llamaba por teléfono, le pedirían que enviase miles de dólares o les diese el número de su tarjeta de crédito. Y ella no era tan tonta.

—¿Y ese concurso para el que firmaste el mes pasado, en la feria del libro?

Sara se quedó mirando la portada de una novela, con un cowboy descamisado de sonrisa seductora. Aunque a ella no la afectaba en absoluto. Por muy seductores o guapos que fueran, ningún hombre había logrado tocar su corazón en los últimos cinco años.

—Casie Binger ganó una batidora el año pasado —murmuró—, así que supongo que es posible.

Penny lanzó un grito de alegría.

—Llama a este número ahora mismo. Aunque sólo sea por curiosidad. Un castillo frente al mar convertido en spa y balneario... por favor, suena tan romántico...

—El único sitio en el que yo voy a encontrar romance es en las páginas de estas novelas que vendemos. Y la carta es un engaño, Penny. Tiene que serlo. Yo no soy una persona afortunada...

—Sara, escúchame —la interrumpió su amiga—. Llevas cinco años viviendo en el pasado. Cinco años buscando en Internet con la esperanza de descubrir quién adoptó a tu hijo. Cinco años intentando olvidar al imbécil que te dejó plantada...

Los ojos de Sara se llenaron de lágrimas, como cada vez que pensaba

en el hijo que había perdido. Y pensaba en él constantemente. Cada vez que veía una película, leía un libro, veía un niño por la calle...

—No, Penny, no sigas.

—Cariño, no estoy intentando hacerte daño. Tú eres mi mejor amiga y te quiero como si fueras una hermana, pero llevo demasiado tiempo viéndote infeliz. Cuando la vida te ofrece un rayo de sol, no te escondas en la sombra. Tienes que seguir adelante.

—No puedo —murmuró ella—. Mi hijo está por ahí, en algún sitio. ¿Será feliz, estará sano? ¿Su madre adoptiva lo querrá como lo quiero yo?

—Tomaste la decisión acertada. Hiciste lo que pensabas que era mejor para él en ese momento. Olvídalo y sigue adelante, Sara. Tienes que vivir otra vez.

Habían tenido esa misma conversación cientos de veces y sabía que Penny tenía razón. Sin dinero, sin familia que pudiese ayudarla y aún estudiando en la universidad con una beca, había hecho lo que hizo para asegurar el futuro del niño.

—No dejo de pensar que si me hubiera quedado con él, habría podido sacarlo adelante, que habría ocurrido un milagro...

—Si ese asqueroso de Aleks se hubiera quedado y hubiera sido el hombre que tú creías que era, las cosas habrían salido bien. Pero se marchó, cariño. Y tú no pudiste hacer nada más —suspiró Penny—. Tienes que vivir, Sara. Llama a ese número y, por una vez en tu vida, permítete a ti misma ser feliz.

Sara negó con la cabeza, pero aceptó la carta que su amiga ponía en sus manos En realidad, necesitaba un cambio, necesitaba dejar de sentirse culpable, dejar de llorar e intentar controlar la depresión en la que la había sumido perder a su hijo.

—No puede ser cierto. Yo no soy de las que ganan fabulosos viajes a Europa.

—No estoy de acuerdo, señorita Presley —oyeron entonces una voz masculina—. Si estoy hablando con Sara Presley, es usted la ganadora del gran premio.

Las dos mujeres se volvieron para mirar al hombre alto e imponente que acababa de entrar en la librería. Con un traje de chaqueta oscuro y las sienes plateadas, parecía el abogado de una serie televisiva.

—¿Quién es usted? —le preguntó Sara—. ¿Y cómo sabe lo del premio?

—Soy el administrador del concurso, señorita Presley. Como no ha llamado usted para reclamar su premio, el propietario del balneario me ha pedido que viniera a visitarla personalmente para asegurarle que todo es cierto y que el personal del balneario la espera.

Sara miró del hombre a Penny, perpleja. Su amiga tenía los ojos como platos.

—¿Lo dice en serio? ¿Esto es de verdad? —preguntó, señalando la carta.

—Desde luego que sí —respondió el hombre, ofreciéndole un sobre —. Dentro encontrará la información necesaria, un billete de ida y vuelta una cantidad en metálico para sus gastos.

—¿Dinero en metálico?

—Esto es de verdad, Sara —dijo Penny, emocionada.

—No me lo puedo creer —murmuró ella, abriendo el sobre. Dentro había fotografías de mujeres recibiendo fabulosos masajes en un castillo frente al mar y las habitaciones eran tan bonitas que se quedó sin aliento—. ¿En primera clase? —murmuró, al ver el billete de avión.

—Unas vacaciones fabulosas la esperan, señorita Presley. Es una oportunidad única. ¿Lo cree ahora?

—Empiezo a creerlo, sí.

—Estupendo —sonrió el hombre—. El propietario del castillo estará encantado de recibirla el jueves.

—¿Este jueves? Pero sólo faltan dos días...

—¿Eso es un problema?

Penny le dio un golpecito en el hombro.

—Ningún problema en absoluto. Allí estará.

Dos días después. Sara seguía perpleja mientras se despedía de Penny en el aeropuerto para tomar un avión que la llevaría a Londres. Una vez allí, un jet privado la llevó a Carvainia, el país donde estaba el balneario.

Mientras desembarcaba, Sara respiró el aroma del mar, cálido y salino, tan diferente al aire seco de Kansas.

Una fila de azafatas la esperaba abajo, con sus elegantes uniformes rojos. El castillo estaba delante de ella, una asombrosa estructura de piedra que debía de llevar siglos allí, como un centinela, y que sin duda una vez había sido el hogar de la familia real.

En la distancia, bajo las colinas, el mar azul habría protegido a los habitantes del castillo de las invasiones, pero aquel día acogía a un montón de turistas que tomaban el sol o nadaban en sus tranquilas aguas.

—Debe de ser un balneario para los ricos y famosos —murmuró.

Casi tenía que pellizcarse para creerlo Ella no era nadie... y empezaba a temer que alguien se diera cuenta del error y la enviase de vuelta a casa.

Pero no fue así, al contrario. Una de las azafatas la escoltó hasta la zona del castillo que servía de spa y balneario y durante el resto de la tarde comió, recibió un fabuloso masaje y fue tratada como una reina. Cuando llegó la noche, Sara se tumbó en la fabulosa cama con dosel sin dejar de sonreír. Tal vez su mala suerte había terminado.

—Señorita Presley, señorita Presley —la voz de una mujer, con un ligero acento, despertó a Sara por la mañana.

—Llámame Sara, por favor —murmuró, medio dormida.

—Veo que ha dormido bien.

Sara se sentó en la cama y miró a la joven, a la que reconoció del día anterior. Era Antonia, su asistente personal.

—De modo que no estaba soñando, esto es real.

—Sí, lo es. ¿Quiere desayunar?

—Café, por favor.

Antonia puso una bandeja sobre la cama y le sirvió un aromático café.

—No es una forma muy sana de empezar el día. ¿No quiere un poco de melón? ¿O fresas con yogur? Son de cultivo propio y tienen mucha aceptación entre nuestros clientes.

—¿Las fresas o el yogur?

—Ambas cosas —se rió la joven.

Sintiéndose un poco como Cenicienta, Sara se rió también.

—¿Qué hay en la agenda para hoy?

Vio entonces que los ojos de Antonia se oscurecían ligeramente y notó que vacilaba. Pero antes de que pudiera seguir pensando en ello, la chica sonrió.

—Le espera algo muy especial. El propietario del castillo quiere conocerla personalmente.

—Ah, esperaba que dijeras eso. La verdad es que me encantaría darle las gracias.

Una hora después, Sara estaba en otra zona del castillo un sitio tan hermoso que debía de ser una atracción turisca. Por la cantidad de gente que entraba y salía, yendo de un lado a otro, aquéllas debían de ser las oficinas del balneario. Y, aparentemente, detrás de alguna de esas, puertas ornamentadas con pan de oro debía de estar el propietario del castillo.

Una de las puertas se abrió en ese momento y un estirado mayordomo le hizo una reverencia.

—Señorita Presley, el príncipe Aleksandre la recibirá ahora.

—¿El príncipe? ¿Es un príncipe de verdad?

El mayordomo inclinó la cabeza.

—Por supuesto. Si no le importa, Su Majestad está esperando.

¿Su Majestad? «Oh, Dios mío», pensó Sara. Estaba en un castillo de verdad con un príncipe de verdad. ¡Cuando Penny lo supiera se volvería loca!

Cuando entró en la sala, con las rodillas temblorosas, pensó que debía de ser un despacho real. Y allí, de pie, vio por primera vez a su benefactor.

El hombre, de pelo oscuro, estaba de espaldas a ella, mirando por la

ventana. Con las piernas un poco separadas y las manos a la espalda, su postura era casi tan tensa como la del mayordomo. Aunque no parecía mucho mayor que ella, incluso de espaldas tenía un aire de autoridad y poder. Con un traje de chaqueta oscuro y unos hombros anchísimos, algo en su físico le resultaba extrañamente familiar.

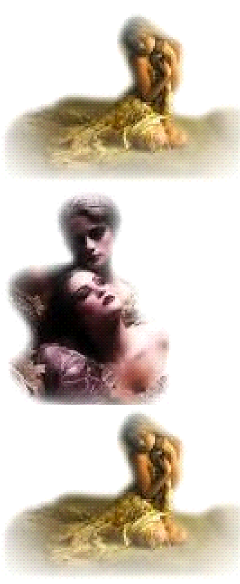
El mayordomo se aclaró la garganta.

—Majestad, le presento a la señorita Sara Presley. Señorita Presley, Su Majestad, el príncipe Aleksandre d' Gabriel.

El nombre le despertó una campanita de alarma, pero Sara no pudo seguir pensando porque el príncipe se volvió en ese momento...

—Hola, Sara. Volvemos a encontrarnos.

CAPÍTULO 2



—¡ALEKS!

La mujer que estaba delante de él se llevó una mano al corazón, mirándolo con expresión de total perplejidad. Se había puesto tan pálida como las estatuas de alabastro que adornaban el castillo y Aleks tuvo que controlar el deseo instintivo de tomarla entre sus brazos.

Sólo el recordatorio de su maldad evitó que lo hiciera. Aunque una vez la había amado lo suficiente como para dejarlo todo por ella, ese amor se había convertido en odio. Sara Presley estaba allí por una, razón y sólo una: Nico.

—Te sorprendes de verme —no era una pregunta, era una afirmación.

Sabía que se llevaría una sorpresa, por supuesto. Un ataque por sorpresa siempre funcionaba contra el enemigo.

—Aleks —repitió ella, dando un paso adelante. ¿Era esperanza lo que veía en sus ojos azules? Aleks dio un paso atrás y se obligó a sí mismo a mirarla con odio. Y ella se detuvo, dejando caer las manos

Parecía tan perdida, tan insegura que, de nuevo, tuvo que contener el deseo de consolarla.

Era tan bella ahora como lo había sido cinco años antes, pero había cambiado. La luz de sus ojos había desaparecido. Antes era vibrante, juvenil, ahora parecía mayor... más triste. ¿Remordimientos, tal vez? ¿Sentimiento de culpabilidad? ¿La vida no habría sido amable con Sara Presley?

Aleks pensaba que el horror de la guerra y la proximidad de la muerte, además de tantos años de rencor, lo habrían endurecido. Pero ahora sabía sin la menor duda que no podía dejar que Sara lo tocase.

—Bienvenida a Carvainia —le dijo—. Espero que alojamiento sea

satisfactorio..
Sara lo miraba, sin entender. La había pillado por completo desprevenida.
—¿Eres un príncipe?
—El gobernante de Carvainia.
Era imperativo que entendiese quién era y olvidase al joven enamorado que había sido una vez. Debía mantener el control y ahora que la había visto de nuevo aquello iba a ser más difícil de lo que esperaba.
—No me lo dijiste —murmuró Sara, llevándose una mano a la frente —. ¿Por qué no me lo dijiste?
Considerando su cruel abandono, Aleks se alegraba de no haberlo hecho.
—¿Hubiera servido de algo?
—No, claro que no, pero...
—Mi país tiene muchos enemigos y, para proteger a mi familia, decidí estudiar en una universidad en la que nadie me conociera... aunque siempre me acompañaban mis guardaespaldas.
—¿Tus guardaespaldas?
Parecía auténticamente sorprendida. ¿Hubiera sido menos traicionera de haber sabido la verdad?, se preguntó. ¿O habría utilizado esa información para sacarle lo que quisiera?
—¿Te acuerdas de Carlo y Stephan?
—Sí, claro, pero pensé que eran estudiantes como tú, amigos. Compatriotas que estudiaban en la misma universidad.
—Eran todo eso —suspiró él.
Aunque los separaba una gran barrera social, sus guardaespaldas habían sido también sus amigos. Y Carlo había pagado el precio más caro por su lealtad.
Sara Presley, la mujer que podía salvar la vida de su hijo sin saberlo, sacudió la cabeza, y su pelo rojo rozó los hombros de un sencillo vestido de color vainilla.
—No entiendo nada. ¿Se puede saber qué significa esto, Aleks? ¿Por qué estoy aquí?
—Has ganado el gran premio, ¿recuerdas?
—No me cuentes historias. ¿Qué está pasando aquí?
—Siéntate, por favor. Pareces... turbada.
—¿Turbada? No me he sentido tan desorientada en toda mi vida. Desapareciste hace cinco años y ahora, de repente, alguien me saca de mi librería para traerme a un castillo de Europa... y resulta que es tu castillo, que eres un príncipe. Después de tanto tiempo, no esperaba volver a verte nunca y menos en estas circunstancias.
Aleks la creía. Y, de no ser por Nico, no hubieran vuelto a verse nunca. Estuvo a punto de decirlo, pero se contuvo. La vida de su hijo

estaba en juego.

Sara parecía nerviosa, insegura… tal vez un poco asustada también. Pero Aleks endureció su corazón. Cualquier debilidad por su parte sería usada contra él, estaba seguro.

—Si crees que te he traído aquí porque no soportaba estar un minuto más sin ti, estás muy equivocada.

—Después de lo que hiciste, dudo mucho que me hayas echado de menos.

¿Después de lo que él había hecho?

—No creo que mentir sobre mi condición social pueda compararse con tu traición, particularmente porque mentí para proteger a mi familia y a la gente que me rodea.

—No sé de qué estás hablando —murmuró Sara.

—Sí lo sabes.

—No, no lo sé. Lo único que sé es que tu padre se puso enfermo y tú tuviste que volver a casa. Prometiste llamar, seguir en contacto… pero no volví a saber nada de ti.

Si Aleks no supiera hasta dónde había llegado su madre para ponerse en contacto con Sara, habría creído sus mentiras.

—Tampoco tú te pusiste en contacto conmigo.

«No te molestaste en decirme que estabas esperando un hijo mío». Pero no dijo eso en voz alta. No diría nada hasta que Sara viese a Nico y se viera obligada a reconocer la verdad.

—¿Cómo iba a ponerme en contacto contigo? —exclamó ella, perpleja—. Ni siquiera me dijiste la verdad sobre dónde vivías. Pensé que vivías en Italia, pensé que tu nombre era Aleks Gabriel…

—¡Ya es suficiente!

—¿Cómo dices? —Sara se levantó de un salto, furiosa—.Yo no soy uno de tus súbditos, así que no te atrevas a hablarme en ese tono. Exijo que me digas qué está pasando. ¿Por qué me has traído aquí? Está claro que no he ganado ningún premio…

—¿No te están tratando bien? ¿No han ido a tu habitación la masajista y la peluquera? ¿No tienes una asistente personal?

—Sí, pero…

—Y el tratamiento continuará durante el tiempo que estés aquí. Puedes pedir todo lo que necesites.

Sara parpadeó, su confusión luchaba contra el deseo de exigir explicaciones. Y Aleks se sintió victorioso. Un enemigo confuso era más fácil de vencer.

Sintiéndose más tranquilo, tomó su mano. Su piel seguía siendo increíblemente suave, pero tan fría como se había imaginado, tan fría como su alma.

Pero Sara apartó la mano de un tirón.

—Ven, quiero que conozcas a alguien —dijo Aleks entonces,

tomándola del brazo.

—¿A quién? —Sara intentó apartarse, pero él no la soltaba.

—Creo—murmuró Aleks, con los dientes apretados— que vas a llevarte una sorpresa.

A Sara le temblaban las rodillas mientras Aleks la llevaba del brazo por un pasillo. Recordaba otras ocasiones en las que la había sujetado así, con toda cortesía, mientras paseaban por el campus o entraban en un restaurante, en el cine, para subir a un coche...

Pero aquel día el contacto era frío, impersonal.

Aún no podía creer lo que estaba pasando y, por un segundo, había tenido la absurda esperanza de que Aleks la hubiera llevado allí para retomar su relación. Aunque estaba furiosa porque no se había puesto en contacto con ella durante cinco años, aunque quería odiarlo por la angustia que había sufrido, no podía negar que seguía sintiéndose atraída por él.

Todos se apartaban a su paso y Sara sintió las miradas curiosas de los empleados con los que se cruzaban.

Era increíble, el hombre que la había dejado embarazada y sola era un príncipe de verdad. Su Aleks, el hombre del que había estado locamente enamorada, el hombre al que le había entregado su inocencia, era un poderoso príncipe, el gobernante de un país.

Podría haber cuidado de ella y de su hijo, pensó entonces. Aunque no la quisiera a ella, seguro que hubiese querido cuidar del niño...

¿Por qué se había marchado sin decir una palabra?, se preguntó, dolida.

Pero ya era demasiado tarde, pensó con amargura. Y Aleks nunca sabría lo que había perdido. Nerviosa, se llevó una mano al estómago Ella sí sabía lo que había perdido y recordarlo hacía que sintiera ganas de vomitar.

Pero Aleks no parecía darse cuenta mientras la llevaba hacia un ascensor. Cuando las puertas se cerraron, le soltó el brazo para pulsar un botón, sin mirarla siquiera.

Había soñado con él durante tanto tiempo y ahora allí estaba, en carne y hueso. Pero no era el hombre cálido y cariñoso que ella recordaba.

La odiaba, eso era evidente. Pero ¿por qué? Había sido él quien la abandonó.

Quería preguntarle, pero seguía tan perpleja, tan confusa... Y asustada también. Sabía que allí estaba pasando algo raro y decidió ser cauta.

Aleks se mostraba frío como el hielo. Y, aunque seguía siendo tan guapo y tan dinámico como siempre, el paso de los años lo había cambiado. Antes era un estudiante encantador, estudiando para conseguir un máster mientras hacía deporte y disfrutaba de la vida en

una universidad americana. Ahora tenía un aspecto solemne, helado.

El hombre que le había roto el corazón estaba tan cerca que podía tocarlo, pero tan lejos como su librería en Kansas.

Debería exigir que la dejase ir, denunciarlo a la policía por intento de secuestro o, al menos, darle una bofetada. Y, sin embargo, estaba mirando las arruguitas de alrededor de su boca, su preciosa piel morena, recordando el día que se ocultaron entre las hojas del parque, besándose y riendo, contentos de estar juntos y absolutamente enamorados.

O, al menos, ella lo había estado.

—Nunca te conocí de verdad, ¿no? —susurró Sara.

—El nuestro fue un breve romance. Una aventura, creo que lo llamáis vosotros.

Una aventura. Esa palabra fue como una bofetada. Ella se lo había dado todo y él decía que había sido «una aventura».

¿Cómo podía haberse enamorado de un hombre que la había engañado de tal forma? No sólo la había dejado sin dar una explicación, sino que no había sido sincero con ella desde el principio.

Él era un príncipe y ella había sido una tonta.

Las puertas del ascensor se abrieron y Aleks las sujetó con una mano, haciéndole un gesto con la otra para que saliera.

¿Por qué querría verla?, se preguntó ella. ¿Por qué estaba allí? ¿Y por qué no le decía de una vez lo que quería?

La planta a la que llegaron era similar a la que habían dejado atrás, con un largo pasillo cubierto de caras alfombras y apliques en las paredes; una fascinante mezcla de diseño moderno y muros milenarios, guardada por un par de hombres de uniforme. A través de las ventanas que daban luz al corredor podía ver un inmenso jardín...

Sara nunca había visto algo tan lujoso en toda su vida.

Dos personas, un hombre y una mujer, los dos con bata blanca, se pusieron firmes al ver a Aleks. Y cuando él miró hacia la puerta que había tras ellos, de repente fue como si se quitara la máscara. Durante un segundo, Sara estuvo segura de ver ternura y... miedo en su rostro.

—¿Cómo está?

—Está durmiendo, Majestad.

—Estupendo —dijo Aleks, volviéndose para mirarla con frialdad—. Vamos a entrar.

Sara no sabía quién dormía en aquella habitación, aunque estaba claro que era alguien muy importante para él. ¿Pero qué tenía que ver con ella?

—¿Quién...?

Aleks la miró como pidiendo silencio y cuando empujó la puerta, el pulso de Sara se aceleró, aunque no sabía por qué. La primera impresión fue un olor a antiséptico y otro olor que no podía

identificar. Aquel sitio parecía un hospital, no un dormitorio.

La enorme habitación estaba en penumbra, con luz suficiente para no chocar con los muebles pero no tanta como para despertar a la persona que dormía. Había una bandeja llena de medicamentos que parecía fuera de lugar al lado de una impresionante cama con dosel cubierta por un edredón de brocado rojo rematado con hilo de oro. El silencio era roto sólo por el zumbido de unas máquinas pegadas a la cama.

Al ver a Aleks, los empleados que estaban allí se alejaron haciendo una reverencia, pero no sin antes mirar a Sara con la misma expresión de sorpresa con que parecía mirarla todo el mundo.

Y su nerviosismo aumentó hasta tal punto que le sudaban las manos

En la cama había un niño dormido, sus largas pestañas hacían sombra sobre unas mejillas pálidas y delgadas. El olor que había notado antes le llegó ahora con más fuerza; era el olor de la fiebre.

—¿Está enfermo? —murmuró.

—Mucho —contestó Aleks, sin mirarla.

—Pobrecito. Lo siento.

—Yo también.

Sara pensó entonces en su hijo perdido y se le encogió el corazón. Su hijo tendría ahora la misma edad que ese niño y rezaba para que estuviera bien, sano y feliz.

—¿Qué le ocurre?

—Un virus ha atacado su hígado.

—¿Y se va a poner bien?

Aleks la miró entonces con una expresión tan extraña que Sara empezó a tener miedo de verdad.

—Pronto lo sabremos.

—¿Quién es?

La máscara de frialdad cayó por un momento y Sara hubiera podido jurar que era un hombre herido de muerte.

—Es mi hijo.

—¿Tu hijo? —repitió ella, llevándose una mano al abdomen.

Aleks se había ido sin decir una palabra, se había casado y había tenido un hijo con otra mujer. El tenía un hijo, ella no tenía nada más que un horrible vacío en el corazón.

¿Se parecería su hijo a aquel niño?, se preguntó. ¿Tendría las pestañas negras de Aleks y su aristocrática nariz?

—Lo siento mucho. Sólo es un niño... no merece sufrir así.

Aleks la tomó del brazo entonces para mirarla a los ojos.

—El tuyo también.

Sara frunció el ceño, perpleja. Empezaba a escuchar una vocecita de advertencia que no podía entender.

—¿Mi hijo? —repitió, con voz temblorosa—. ¿Qué quieres decir? ¿Y

cómo lo sabes?

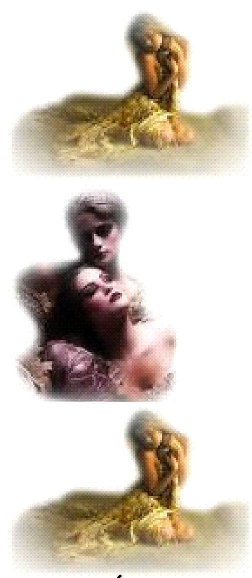
¿Cómo podía saber que había tenido un hijo… su hijo?

Los ojos negros de Aleks se clavaron en los suyos como intentando leer en su alma. Y luego lenta, muy lentamente, miró hacia el niño que yacía en la cama.

—Te presento a Nico o, como es conocido en Carvainia, el príncipe Domenico Emmanuel Lucian d' Gabriel… el niño al que tú abandonaste.

Sara se quedó sin fuerzas. Las piernas no la sostenían y. de repente, todo se volvió negro.

CAPÍTULO 3



EL PRÍNCIPE Aleksandre estaba frente a la cama de Sara, esperando que recuperase el conocimiento. El desmayo lo había pillado por sorpresa. Estaba mirándolo con expresión de incredulidad y entonces, de repente, había caído al suelo como una hoja.

Aún no entendía su reacción.

Temiendo despertar a Nico, la había tomado en brazos para llevarla a la zona de invitados. A medio camino se sintió tentado de ponerla en brazos de uno de los guardias, no porque pesara mucho, sino porque el roce de su cuerpo le despertaba demasiados recuerdos.

Ahora que la tenía tan cerca, no podía dejar de mirar su melena roja extendida por la almohada, como el fuego sobre la nieve, ni dejar de observar la curva de sus labios o la diminuta cicatriz que había sobre ellos, que él una vez había encontrado tan encantadora.

Sara dejó escapar un gemido y Aleks se hizo el fuerte, recordando que la atracción que sentía por aquella mujer ya le había costado demasiado.

Ella abrió los ojos y, después de mirar alrededor, se sentó en la cama, sobresaltada.

—No te muevas, has sufrido un desmayo.

—¡No me toques!

Los dos guardias que esperaban al lado de la puerta se acercaron, pero Aleks les hizo un gesto con la mano.

—Dejadnos solos.

—Pero Majestad...

—He dicho que nos dejéis solos. Esta mujer no supone ningún peligro para mí.

Sara se levantó de la cama.

—Eso es lo que tú te crees.

Si hubiera sido otra mujer, otro momento, Aleks se hubiera reído. Sara apenas le llegaba a la barbilla y aun con los puños apretados y echando chispas por los ojos no era contrincante para él.

Los guardias se miraban de uno a otro, sin saber qué hacer hasta que por fin salieron de la habitación. Aleks sabía que los dos estarían al otro lado de la puerta, vigilando porque el gobernante de Carvainia estaba fuera de su alcance con una mujer particularmente furiosa.

En cuanto desaparecieron, Sara se acercó a él, furiosa.

—¿Nico es mi hijo? ¿Estás diciendo la verdad?

—Nico es mi hijo y sólo mío. Tú lo diste en adopción.

Ella se inclinó hacia delante entonces y Aleks se preguntó si iba a desmayarse otra vez.

—Dios mío...

Aquella era la verdad que él había temido escuchar, pero la verdad que ya conocía. Aunque amaba a Sara, nunca había sabido de lo que era capaz hasta que abandonó a su hijo.

—¿Tanto me odiabas?

No había querido hacer esa pregunta o sonar tan vulnerable, pero le salió del corazón.

—Yo nunca te odié, Aleks. Te quería con toda mi alma...

—Perdóname si no te creo —la interrumpió él, apartando la mirada.

—Prometiste volver, pero no volviste nunca. Yo te esperé...

—No durante mucho tiempo.

—Estaba embarazada, sola, muerta de miedo y sin nadie que pudiese ayudarme. ¿Qué iba a hacer?

«No deberías haber vendido a mi hijo al mejor postor», pensó él. De no haber sido por la intervención de la reina, cualquier otra persona hubiera adoptado a aquel precioso niño y el príncipe de Carvainia no tendría un hijo y heredero. Pensar en el desastre que habían evitado era como un chorro de alcohol sobre una herida abierta.

—El pasado no me importa —dijo Aleks entonces—. Tú no me importas.

—Entonces, ¿por qué me has traído aquí? ¿Para castigarme? ¿Para decirme cuánto me desprecias por haber dado en adopción a nuestro hijo?

—Nunca he querido que te involucrases en su vida, Sara. Estás aquí porque no he tenido alternativa.

No tenía por qué saber los problemas que estaba causando su presencia. La reina se había retirado a su habitación con una migraña en cuanto se anunció que Sara Presley estaba en el castillo... y él lo lamentaba profundamente.

Sin la ayuda de su madre, estaba seguro de que no hubiera sobrevivido. Primero había perdido a su padre y luego un viejo

enemigo, el avaricioso rey de Perseidia, perdiendo debilidad en el gobierno de Carvainia, había invadido la frontera norte. Como el guerrero que era, Aleks había llevado a sus tropas a la batalla y había salido victorioso.

Pero ¿a qué precio? Herido y dolido por la muerte de tantos hombres jóvenes, el golpe final había sido descubrir que su antigua amante había tenido un hijo y pensaba darlo en adopción al mejor postor.

Aunque la reina había expresado serias dudas, Aleks estaba convencido de que el niño era suyo. Sara era virgen cuando se conocieron, tan cariñosa, tan entregada, y no podía imaginarla con otro hombre.

—¿Cómo supiste lo del niño? ¿Cómo llegó aquí?

—El dinero y el poder tienen sus ventajas.

—¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo? ¿Dónde estabas?

—En la guerra, luchando por mi país —contestó él; impaciente—. Pero nada de eso importa ya.

—¡A mí sí me importa! Me he perdido cuatro años de la vida de mi hijo, cuatro años preguntándome cómo estaría, si la familia que lo había adoptado lo querría, preguntándome si estaría bien, si sería feliz. Y, de repente, me traes aquí engañada para decirme que tú has adoptado a mi hijo. ¿Por qué te has puesto en contacto conmigo ahora y no lo hiciste antes?

Aleks la tomó del brazo para mirarla a los ojos.

—Deja que te lo explique con toda claridad: Nico se está muriendo.

—¡No! —Sara se apartó de él como si la hubiera quemado, llevándose una mano a la garganta—. No, por favor...

La desesperación que había en su rostro lo habría emocionado de no haber estado preparado para ello. Sara había ignorado a su hijo desde que nació, de modo que un grito de angustia y un par de lágrimas no iban a convencerlo de que le importaba.

—Su única esperanza es un trasplante de células hepáticas.

Sara se dejó caer sobre una silla y se tapó la cara con las manos. Y, de nuevo, Aleks tuvo que contenerse para no consolarla. Pero se quedó donde estaba, haciendo uso de su rígida disciplina militar, recordando que aquella mujer era el enemigo. Sara Presley no tenía escrúpulos y había echado al niño de su vida como si fuera un perro.

Sin embargo, cuando levantó los ojos llenos de lágrimas, se le encogió el estómago. Tenía la misma expresión que el día que le dijo que su padre estaba muriéndose. Había llorado por él...

Entonces era un idiota. Ya no volvería a serlo.

—¿Está en una lista de trasplantes? —le preguntó—. No sé cómo funcionan esas cosas en tu país... ¿qué se puede hacer?

—La única esperanza para Nico es un donante de células hepáticas.

Su cuerpo regeneraría esas células hasta convertirlas en un hígado completo y el donante se recuperaría del todo. Pero Carvainia es un país de personas genéticamente similares y no hay un solo donante compatible...

—Dios mío...

—Nadie de la familia, ni mi madre ni yo podemos ser los donantes —Aleks hizo un gesto de derrota con las manos—. Y Nico morirá si no recibe pronto un trasplante.

Sara se inclinó hacia delante, con el pelo cayendo sobre su cara.

—Y por eso estoy aquí, ¿no? Yo soy el donante.

El corazón de Aleks latía como un caballo al galope, quería que Sara cooperase, debía proceder con mucho cuidado.

—No debes preocuparte, te pagaré bien.

Un gemido escapó de su garganta.

—¿Me pagarás?

Aunque no parecía muy contenta en ese momento, Aleks estaba seguro de que aceptaría una vez le hubiera dicho el precio. La avaricia era un gran incentivo. Un niño, pequeño fragmento de un órgano, todo era lo mismo Sara Presley.

—Un millón de dólares.

La expresión de Sara se endureció.

—No.

Aleks parpadeó, sorprendido por la negativa.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que no.

Por primera vez, Aleks empezó a dudar de que su plan tibiera éxito. ¿Habría fracasado?, se preguntó. ¿Y si Sara Presley era más despiadada de lo que había creído?

—Entonces di cuál es tu precio. Lo que quieras, es tuyo.

Sara lo miró con unos ojos que parecían ahora un mar embravecido. Unos ojos que lo habían atraído como nada años atrás, cuando era joven e ingenuo, unos ojos que le habían prometido tantas cosas antes de olvidarse de él...

Unos ojos que ahora lo desafiaban.

—Voy a decírtelo bien claro, Príncipe Azul: quiero estar con mi hijo. Quiero ser su madre, ése es mi precio.

¿Quería ser la madre de Nico?

Aleks la miró, perplejo.

—Deberías haberlo pensado hace mucho tiempo. Nico es mi hijo y sólo mío. No quiero que formes parte de su vida.

—Es un poco tarde para eso, ¿no te parece? Me has traído aquí, ya estoy involucrada en su vida.

—Como una donante compatible, nada más.

Herida, Sara dio un paso atrás. Pero Aleks no quería dejarse

ablandar. Haría lo que fuese para proteger a Nico, particularmente de la mujer que lo había abandonado.

—Decirle a un niño enfermo que ha venido su madre, a quien no conoce, no sería buena idea. ¿Es que no tienes compasión? Piensa en las preguntas que haría. ¿Quieres que sepa que lo diste en adopción? ¿Quieres que pregunte por qué nunca supo de tu existencia? Su salud es demasiado frágil para ese tipo de revelaciones.

Sara empezó a moverse por la habitación, inquieta, tocando el anillo que llevaba en el dedo meñique. El bajo de su vestido rozaba sus piernas con cada paso y Aleks no podía apartar la mirada...

Pero no quería fijarse en su cuerpo o recordar lo suave que era su piel, de modo que, con firme resolución, se concentró en su plan.

—Estoy dispuesto a pagarte medio millón de dólares si se comprueba que eres una donante compatible. Y otro medio millón después de la operación.

Ella se volvió como una tigresa.

—A ver si lo entiendes de una vez: no quiero tu dinero, quiero a mi hijo.

—Ya no es tu hijo.

Sara se irguió todo lo que le era posible para mirarlo ojos.

—Entonces, no pienso cooperar. Tendrás que buscar otro donante —le espetó—. Tendrá que perdonarme, Majestad, pero debo hacer el equipaje. Me marcho.

Aleks la miró, sorprendido, por su audacia. ¿Estaba diciendo que se iba de Carvainiar.

—No quiero tu dinero, quiero estar con Nico —repitió ella, abriendo la puerta—. Ése es el trato. O lo aceptas o me voy a casa.

Aleks no podía creer lo que estaba pasando. Estaba negociando con la vida de Nico... pero ¿por qué? Le había ofrecido dos millones de dólares. ¿Por qué fingía ese repentino amor maternal? ¿Lo odiaría tanto como para querer hacerle daño a través de Nico?

Fuera cual fuera la razón, Sara era peor de lo que había pensado.

—Cierra la puerta.

No quería que los criados escuchasen la conversación porque sabía que le llegaría a su madre de inmediato y la pobre ya estaba bastante disgustada. Se quedaría lívida si supiera que tenía que negociar con Sara.

—¿Estás de acuerdo o no? —preguntó Sara, cerrando la puerta.

¿Qué podía hacer?, se peguntó Aleks. Estaba desesperado por salvar la vida de su hijo...

—Puedes visitarlo, pero o la reina o yo tendremos que estar presentes en todo momento.

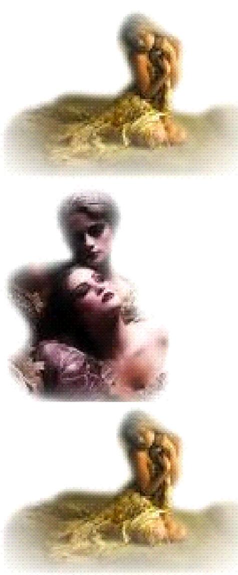
—¿No confías en mí?

Como confiaba en el rey de Perseidia.

—No, en absoluto.
—Muy bien, mientras pueda verlo tantas veces como quiera.
—De acuerdo —Aleks se dirigió a la puerta, pero se detuvo antes de salir—. Pero hay algo que no es negociable, Sara.
—¿Qué?
—Nico no debe saber nunca que tú eres la mujer que lo trajo al mundo.. , para abandonarlo después.
Las mejillas de Sara, antes pálidas, recuperaron ahora todo su color. Pero no podía decir nada. ¿Qué iba a decir?
Mucho después de que Aleks se hubiera marchado, Sara miraba por la ventana el mágico país de Carvainia. El país de su hijo.
Estaba tan angustiada, tan agotada que apenas podía levantar la mano para secarse las lágrimas.
Su hijo...
Su niño estaba allí. Después de tantos años de dolor, de sentimiento de culpa, de remordimientos, lo había encontrado. Estaba tan preocupada por él y durante todo ese tiempo el niño había estado con su padre.
Aleks decía haberse puesto en contacto con ella, pero Sara sabía que no era cierto. Y sin embargo, ¿cómo podía haber sabido lo del embarazo? ¿Cómo podía haber conseguido la custodia de Nico?
La alegría de haberlo encontrado se mezclaba con tantos años de angustia y con el miedo al saber que estaba enfermo. Ahora que lo había encontrado no podía soportar la idea de perderlo otra vez.
De modo que esperó su regreso con el contrato que había insistido en que firmaran. Un contrato. ¿Qué había sido del hombre que decía amarla?
Sara buscó un pañuelo y se secó las lágrimas, dejando escapar un sollozo. Le había ofrecido dinero para salvar la vida de su propio hijo... ¿cómo podía haber creído que tal oferta era necesaria? Ella haría lo que tuviera que hacer para salvar la vida de Nico. Decirle que se marcharía del país si no aceptaba sus términos había sido un farol. No sabía qué habría hecho si Aleks no hubiese aceptado.
¿Pero cómo iba a marcharse sabiendo que su hijo estaba enfermo?
La puerta se abrió en ese momento y Antonia apareció con una bandeja.
—Debe comer algo, señorita Sara. La hora del almuerzo pasó hace mucho tiempo.
—Gracias, pero no tengo hambre.
Antonia la miró, compasiva.
—Está disgustada, lo sé. Deje que le ponga unas rodajas de pepino en los ojos... los tiene hinchados. Y tal vez a llamar a la masajista...
Sara negó con la cabeza. Nada ni nadie podría curar su corazón.
—No, ahora no.

Antonia, sin saber qué hacer, se quedó donde estaba.
—Una vela aromática entonces.
El ruido de una cerilla le dijo que la joven había encendido la vela de vainilla que había sobre la cómoda.
—Si está segura de que no quiere nada más...
—Nada —dijo Sara—. Gracias.
—Si cambia de opinión, llámeme. El príncipe Aleksandre ha dado órdenes específicas de que tenga usted todo lo que quiera.
Sí, claro, todo lo que quisiera salvo a su hijo.
—Tu príncipe Aleksandre no es más que un canalla.
Antonia emitió un gemido y, después de hacer una amable reverencia, salió de la habitación. Sara pensó entonces que seguramente debería ir con más cuidado. Después de todo, no estaba en su país y hablando mal del príncipe tal vez había cometido un delito imperdonable.
Pero Aleks no le haría daño. Eso lo sabía con toda seguridad, no por el amor que habían sentido una vez el uno por el otro, sino porque la necesitaba.
Luego miró la bandeja que Antonia había dejado sobre la mesa. ¿Cómo iba a comer con aquella enorme carga de miedo, de esperanza, de angustia, que amenazaba con ahogarla? Cuando pudiese ver a su hijo, tocarlo, verlo sonreír... eso la llenaría como no podría llenarla la comida.
Si Aleks se diera prisa... pero sabía que no lo haría. Ya no era el hombre amable, protector y cariñoso que había sido una vez. Era un príncipe, un gobernante, un hombre frío y duro.
Tal vez la guerra lo había cambiado, pensó. Le había sorprendido saber que había luchado junto con sus hombres y, sin embargo, su Aleks habría hecho lo mismo.
Su Aleks. Una amarga risa escapó de su garganta. Aquel príncipe no era su Aleks.
Su Aleks la había amado tanto como lo había amado ella.
Pero tenía que enfrentarse a la verdad... y a su propia culpabilidad. Había matado el amor de Aleks dando a su hijo en adopción.
Y un nuevo miedo se unió a las complejas emociones que combatían en su interior.
Aleks había aceptado que viera a Nico, pero ¿qué pasaría después de la operación, cuando el niño estuviera bien otra vez?
Aleksandre d'Gabriel era el gobernante absoluto de Carvainia. Ella, la propietaria de una librería en Kansas, no tenía derechos legales en aquel sitio. Una vez que Aleks tuviera lo que quería, ¿dejaría que ella viera a su hijo?

CAPÍTULO 4



SARA se dejó caer sobre un sillón, al lado de la cama de Nico, esperando que se despertara. Después de dos horas con los médicos y treinta horribles minutos repasando los detalles del contrato que Aleks le pidió que firmara, ella había insistido en ver a su hijo.

—Duerme casi todo el tiempo —dijo Aleks, intentando desanimarla.

—Entonces, lo miraré mientras duerme —replicó Sara.

—Yo tengo que dirigir un país.

Después de cuatro años y miles de kilómetros, Sara no iba a dejar que ni Aleks ni nadie evitase que estuviera con su hijo. Se lo había prometido y ella haría que cumpliera esa promesa.

—La decisión de estar presente es tuya, no mía.

Y, por fin, Aleks tuvo que asentir, llevándola hacia otra zona del castillo que parecía el ala de un hospital.

Ahora, emocionada y aterrorizada a la vez, pero decidida a compensar a Nico por el tiempo perdido, miró el rostro de su hijo y esperó.

Con las manos en el regazo podría parecer serena, pero su corazón latía como loco y apenas podía respirar, la tensión se incrementaba por la imponente figura de Aleks a los pies de la cama.

Aleks no la miraba siquiera, tratándola con fría cortesía y poco más. Afortunadamente, los empleados del castillo se mostraban un poco más amistosos. Seguramente no conocían la verdad, pero no tenía la menor duda de que sosechaban la razón de su presencia en Carvainia. Y Antonia sabía que ella era la posible donante. Aparte de eso, no sabía si Aleks les habría hablado de ella a sus empleados.

Sara suspiró. Después de haber visto a Nico brevemente tras su nacimiento, era irreal pensar que aquél era el niño al que había

llevado en su vientre durante nueve meses, el niño por el que tanto había llorado. Había soñado con encontrarlo, se había preguntado mil veces qué aspecto tendría, aunque estaba segura de que lo reconocería en cuanto lo viera, no sabía por qué.

No hubiera sido así. Nico era igual que Aleks, no se parecía nada a ella.

Y, sin embargo, era todo lo que había soñado y más.

Al notar un movimiento en la cama, el corazón de Sara ya acelerado, se agitó aún más. Nico estaba despertando.

Iba a conocerlo por fin y tuvo que ponerse las manos en las rodillas para no saltar de la silla y abrazarlo.

El niño abrió los ojos, unos ojos llenos de fiebre, y al hombre que estaba al pie de la cama su pálido rostro se iluminó.

—Papá.

Esa palabra tan breve tenía tal poder... el duro y poderoso gobernante de Carvainia se derritió cómo un trozo de mantequilla dejado al sol.

—Ah, el gran y perezoso príncipe Nico se ha despertado por fin.

La broma debía de ser algo familiar, porque el niño sonrió.

—Un niño que está creciendo necesita descansar.

Aleks se rió suavemente.

—Desde luego. Pero un niño que está creciendo necesita también comer. Y María me ha dicho que te has negado a comer.

—La comida sabe rara, papá —protestó Nico en tono de disculpa.

—Lo sé, hijo, pero debes intentarlo —Aleksandre se acercó para apretar su mano—. Prométele a papá que lo intentarás.

Sara notó el tono de súplica de su voz y entendió por qué. Nico estaba demasiado delgado. Sus brazos, apoyados en el edredón, eran dos palitos y tenía los pómulos exageradamente marcados.

—Te lo prometo.

Dejándose caer con cuidado sobre la cama, Aleks tomó un vaso de agua de la mesilla.

—Y ahora tienes que beber un poco.

Sujetando la cabeza del niño, lo ayudó a beber y luego le pasó una mano por la frente.

—¿Te apetece jugar un rato?

—Estoy cansado, papá.

Y, desde luego, parecía haber agotado toda su energía tomando unos sorbos de agua.

Aleks, acariciando la cabeza de su hijo, se volvió hacia Sara.

—No quiero que se agote —le dijo. Su hijo estaba muy enfermo y cualquier conversación lo dejaba exhausto—. Pero puedes acercarte un momento.

—Tal vez deberíamos dejarlo para otro día —murmuró ella,

levantándose—. Yo me conformo con verlo dormir.

Pero Su Majestad no pareció hacerle caso y se volvió hacia el niño.

—Ha venido una persona a saludarte.

Sara se acercó un poco más y, al hacerlo, rozó las rodillas de Aleks. Una vez la hubiera sentado sobre su regazo y ella hubiese ido alegremente… pero Aleks se apartó como si el roce estuviese envenenado.

Ella querría tocar a su hijo, a los dos, hacerle entender cuánto lamentaba aquella situación. Había cometido un terrible error al dar a Nico en adopción, pero también había pagado un precio terrible por ello. ¿No se daba cuenta Aleks? Había perdido todo lo que le importaba: a él, al niño.

El precioso niño era carne de su carne y, sin embargo, no lo conocía en absoluto. Y el dolor de esa verdad sería una herida abierta para siempre.

—Hola, Nico —empezó a decir, asombrada de que su voz sonase normal—. Me llamo Sara y…

—Sara es una persona a la que conocí en América —la interrumpió Aleks.

Nico giró la cabeza para mirarla.

—¿Eras amiga de mi papá en la universidad?

Tan dulce, tan inocente, sin saber lo que había habido entre Aleks y ella cinco años antes. Sin saber que él era el resultado de ese encuentro.

—Sí, lo era.

—¿Me has hablado de Sara, papá? No recuerdo que la nombrases en ninguna de tus historias.

—¿Recuerdas a esa chica que volcó la barca y me tiró al río?

Sara lo miró, sorprendida. ¿Le había hablado de ella a Nico?

Pero la expresión de Aleks era indescifrable. Si recordaba ese momento con cariño, no iba a decírselo.

—¿Eras tú? —se rió Nico.

—Sí, era yo. Y me temo que no soy una gran nadadora.

—Y mi papá tuvo que tirarse al río para salvarte —la voz del niño era muy débil pero parecía disfrutar recordando esa historia y viendo a su padre como a un héroe.

—Deberías habernos visto. Nos reíamos tanto que estuve a punto de ahogarlo.

—Mi papá me dijo que también tiraste la cesta de la merienda.

—Me temo que sí, se cayó todo al agua. Y tu pobre papá se quedó sin comer… salvo una onza de chocolate que habíamos tomado antes.

Habían compartido mucho más que una onza de chocolate ese fin de semana. Experto en manejar barcos, Aleks había querido atravesar en canoa el río Mississippi, de modo que fueron a St. Louis a pasar el día

y terminaron pasando el fin de semana. Sara se había preguntado muchas veces si se habría quedado embarazada durante esos dos mágicos días, antes de que Aleks desapareciese de repente de su vida.

Abrumada por la nostalgia, se volvió para mirarlo... pero él se levantó abruptamente de la cama.

—Esos recuerdos son muy divertidos, pero creo que sería mejor que dejásemos dormir a Nico.

La interrupción no debería haber sido una sorpresa, pero le dolió de todas formas.

Aunque tenía razón, Nico parecía muy cansado y, sin pensar, Sara le puso una mano en la frente. Estaba muy caliente, pero tocarlo fue como un bálsamo para su corazón. Aquél era su niño, su hijo. Aún no podía creerlo.

—Tu papá tiene razón. Debes descansar y ponerte bien para que algún día tú también puedas tener unas aventuras tan divertidas.

Se le cerraban los ojitos, pero Nico intentaba mantenerlos abiertos.

—¿Vas a estar aquí cuando me despierte otra vez? —le preguntó—. Quiero que me hables de América. A mi papá le gusta mucho América.

Sara le sostuvo la mirada a Aleks, como un reto. Si sus sentimientos sobre América tenían o no algo que ver con ella, nunca lo sabría, estaba segura.

—Volveré, te lo prometo.

Aleks inclinó la cabeza para besar a su hijo en la frente y cuando volvió a incorporarse, el niño ya tenía los ojos cerrados.

Aun así, el príncipe de Carvainia no se movió. Miraba a su hijo con una expresión de anhelo, de pena y de amor que le rompió el corazón.

El príncipe Aleksandre quería a su hijo, eso era evidente. Lo que no entendía era que también ella lo quería. Y que haría lo que tuviese que hacer para devolverle la salud, incluso dar su vida por él, si hacía falta.

Sara miró al hombre que le había roto el corazón y recordó un tiempo en que hubiera hecho lo mismo por él.

Y sin embargo, para Aleks no había sido más que una simple aventura.

Sin la menor duda, el día de la operación fue el día más difícil de la vida de Aleks. Mucho más terrible que cuando cayó herido en la batalla y estuvo a punto de morir, más duro que cuando descubrió la traición de Sara. Todos sus sueños, todas sus esperanzas, estaban puestos en esa operación.

Dos veces había bajado a la oficina, pero era totalmente incapaz de concentrarse en los asuntos de Estado. No podía pensar en nada salvo en el trasplante que tenía lugar un piso más arriba, en la zona quirúrgica construida especialmente para esa operación en un ala del castillo.

Por una vez, el deber hacia su país tendría que esperar.

Entonces miró a Sara Presley, inconsciente después de su operación. No sabía por qué había ido a la zona de recuperación para verla. Gratitud seguramente porque ella había cumplido su promesa.

Aunque se sentía atrapado porque ahora tendría que estar en contacto con la persona a la que más deseaba evitar. A pesar de haber jurado ignorarla, Sara estaba en sus pensamientos día y noche.

La reina Irena estaba aterrorizada de aquella americana. Y tal vez él también lo estaba, aunque por diferentes razones.

Con una vía en el brazo, los labios hinchados y una máquina monitorizando los latidos de su corazón, Sara Presley tenía un aspecto frágil, vulnerable y terriblemente solitario. Aparte de algunos parientes lejanos, no tenía familia. Según le había contado su jefe de seguridad, tenía amigos en Kansas, en particular la copropietaria de la librería a la que llamaba frecuentemente, pero allí estaba sola. Sola y a su merced.

Había esperado disfrutar de esa pequeña victoria, pero en luar de eso sentía el abrumador deseo de consolarla. Era un deseo contra el que había luchado desde que apareció en su mundo una semana antes, llena de furia y de mentiras.

Aleks apretó los puños. Eran las mentiras lo que evitaba que la tocase.

Él sabía lo que había hecho y nada de lo que dijera podría cambiarlo.

—¿Cuándo podrá volver a América? —le preguntó la reina Irena en cuanto Sara salió de la sala de operaciones.

—No ha hecho nada malo, madre —suspiró él, demasiado preocupado como para pensar en el peligro que representaba Sara. Una mujer que aquel día podría haber salvado la vida de su hijo.

—Pero podría hacerlo en cualquier momento. No se puede confiar en ella.

Aleks lo sabía muy bien.

Para empeorar las cosas, en los días previos a la operación, Sara no había querido separarse de la cama de Nico. Le leía cuentos o jugaba con él... o sencillamente se sentaba a su lado, mirándolo dormir. Más de una vez, Aleks se había visto obligado a salir de la habitación, empujado por sus inquietantes emociones.

El inocente y afectuoso Nico estaba encantado, demasiado encantado, en compañía de Sara Presley.

Por el momento, aceptaba la presencia de Sara como una amiga que quería ayudarlo a ponerse bien. Era demasiado pequeño para intuir algo más.

—Aleks...

Él giró la cabeza y vio que Sara estaba despertando de la anestesia.

—¿Cómo te encuentras?

—Nico… ¿está bien? —le preguntó ella, con voz ronca.

—Aún no sabemos nada.

Sara cerró los ojos de nuevo y una enfermera se acercó para comprobar el monitor.

—¿Se encuentra bien, señorita Presley? ¿Quiere que le demos algo para el dolor?

—Nico… —repitió ella—. ¿Nico está bien?

La enfermera miró a Aleks.

—Majestad…

—Si se queja, la llamaré enseguida.

No sabía por qué había dicho eso. No tenía intención de seguir allí con Sara.

La puerta se abrió en ese momento y el doctor Konstantine entró en la sala de reanimación. Aunque un especialista había realizado el trasplante, el médico de la Corte había estado presente a petición de Aleks.

—Tengo noticias para usted, Majestad.

Aleks tuvo que agarrarse a los pies de la cama, pálido de repente.

—¿Cómo está?

El arrugado rostro del médico se iluminó con una sonrisa.

—Maravillosamente bien. El trasplante, aparentemente ha sido un éxito. Si no hay complicaciones inesperadas, la pognosis, según el doctor Sehlessinger y todos los demás, es una recuperación completa y una vida muy larga.

De la garganta de Aleks escapó un gemido de felicidad. Tenía que contenerse con todas sus fuerzas para no gritar de alegría.

Tras él, una mano fría encontró la suya y cuando se volvió para mirar a Sara, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Y aaunque apartó la mano, un sentimiento perturbador nacido en su pecho.

Sara se despertó al oír llorar a Nico. Le dolía la incisión del costado y seguía sintiéndose tan floja como un neumático desinflado, pero eso daba igual por el momento.

Poniéndose la mano en el costado, bajó de la cama y caminó inclinada hacia delante, por el pasillo. Le temblaban las rodillas por el esfuerzo y no sabía qué hora era, por el silencio del pasillo debía de ser muy tarde.

En la puerta de la habitación de Nico, un empleado le bloqueó la entrada.

—Lo siento, señorita Presley, tenemos órdenes de no dejarla pasar.

Ella apretó los dientes, furiosa. ¿Cuántas veces se había repetido esa escena en los últimos días?

—Está llorando. Por favor… el niño me necesita.

—No puedo dejarla pasar si no viene con Su Majestad la reina o con el príncipe Aleksandre.

—Entonces llámelos.

—Es medianoche, estarán dormidos...

—Nico no está dormido, está llorando.

El hombre permaneció firme.

—Una enfermera está con él.

Una enfermera no era una madre que lo adoraba, lo supiera el niño o no.

—¿Quién es la enfermera?

—María está con él esta noche.

María. A pesar de su rostro sonriente, a Sara no le gustaba esa mujer. Pero se daba cuenta de que el guardia no iba a dejarla pasar y no podría hacer nada hasta que se hiciera de día.

Entonces se le ocurrió una idea... tal vez sí podía hacer algo.

Sin pensar que iba descalza y en camisón, se dirigió al ascensor y pulsó el botón de la planta que servía como alojamiento a la familia real.

En el tiempo que llevaba en el castillo había descubierto muchas cosas gracias a Antonia. Por ejemplo, dónde dormía Aleks. Y que normalmente Nico dormía allí también, cerca de su padre.

Apresurándose para evitar las cámaras de seguridad, Sara llegó hasta la puerta de su habitación y llamó con los nudillos.

—Aleks... —lo llamó, casi sin voz.

La puerta se abrió con tal rapidez que casi hubiera podido jurar que él estaba escuchando al otro lado. Pero su descuidada apariencia decía que estaba dormido... o dando vueltas en la cama.

El pulso de Sara se aceleró a su pesar.

Con un pantalón de pijama, el príncipe tenía el mismo aspecto que aquel fin de semana, tantos años atrás. Fuerte, masculino... tan sexy.

No había pensado en eso cuando decidió subir a verlo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él, pasándose una mano por el pelo.

—Es Nico...

—¿Qué ocurre? —la interrumpió Aleks—. ¿Se ha puesto peor?

—No lo sé, no me dejan entrar en su habitación. Pero yo quiero verlo, quiero estar con él. Tú prometiste...

Aleks la tomó del brazo, furioso.

—¿Estás diciendo que has venido a mi habitación para decirme que querías ver a Nico a medianoche?

Sara se apartó de un tirón, sin pensar en el dolor del costado.

—Exactamente.

—¿No está María con él?

—Yo no confío en esa mujer.

—No sabes lo que estás diciendo. María es una persona de toda confianza. Su hijo murió… —Aleks no terminó la frase—. Ven, entra. Ya hay demasiadas murmuraciones.

—Quiero ver a mi hijo.

Aleks cerró la puerta y encendió una lámpara. Aunque estaban en un saloncito, Sara podía ver el dormitorio, dominado por una enorme cama con dosel. Y en el aire había quedado ese aroma indefinible del hombre que dormía…

Sara cruzó los brazos sobre el pecho, percatándose de pronto de que iba en camisón y que Aleks estaba también medio desnudo. Cuando lo miró a los ojos, vio una chispa en ellos; una chispa tan poco bienvenida como un perro callejero en medio de una iglesia.

Pero el príncipe Aleksandre era un hombre muy atractivo. Los modelos de las portadas de las novelas románticas no podrían compararse con él. Ella no quería mirarlo fijamente, pero no podía evitarlo. Era un espécimen masculino perfecto, pensó, mientras su mirada se deslizaba por sus hombros, su ancho torso, su estómago plano de abdominales marcados…

Pero lo que vio allí hizo que dejase escapar un gemido.

—¡Aleks! —sin pensar, alargó—la mano para tocar las cicatrices de su costado—. ¿Qué te ha pasado?

—No es nada.

—¿Cómo que no es nada? ¿Qué pasó?

Él respiró profundamente.

—La guerra es terrible para todos, incluso para aquéllos que están al mando. Mis hombres y yo fuimos heridos por una granada de mano —Aleks cerró los ojos brevemente, como si el recuerdo fuese demasiado terrible.

Sara estudió su rostro entonces, preguntándose qué otros secretos ocultaba tras esa fachada aparentemente serena. Había sufrido, eso estaba claro. Había sido herido en la guerra, una guerra que debió de tener lugar mientras ella estaba embarazada de Nico.

—Debería irme —murmuró, apenada.

—No —dijo él entonces. Sus labios apenas se habían movido, pero sus ojos brillaban como dos ónices.

—¿Estoy bajo arresto domiciliario o algo así?

Aleks tuvo que sonreír, aunque de inmediato volvió a ponerse serio.

—No deberías volver a tu habitación ahora. Siéntate… estás temblando.

—Me duele un poco el costado.

La incisión era tan buena excusa como cualquiera. Aleks señaló un sillón y la ayudó a sentarse. Y el calor de su mano permaneció en su piel mucho después de que se hubiese apartado.

—No deberías haber venido aquí.

En eso tenía razón.

—Necesito ver a mi hijo.

—Eres una mujer muy decidida.

También ella creía serlo, pero a su lado no estaba tan segura. Sin embargo, Aleks allí, en su habitación, sin estar rodeado de empleados y guardias, era mucho más el Aleks que ella había conocido. Al que había amado.

—Yo nunca le haría daño a Nico —le dijo—. Deja que le lea cuando me parezca. Lo creas o no, le quiero. Y le daría el corazón si con eso pudiera recuperar la salud.

—A cambio de una compensación económica.

—No vamos a discutir eso otra vez —suspiró ella—. No quiero tu maldito dinero, ya te lo he dicho. Mis intencioses deberían haber quedado perfectamente claras.

Y si no entendía que sus intenciones eran buenas, no había nada que ella pudiera hacer al respecto.

Aleks se quedó callado un momento. Parecía estar pensando en el pago que le había prometido, como si eso pidiera importarle.

—¿Esta invasión de mi dormitorio es una trampa para fastidiarme o de verdad estás preocupada por Nico? Mi madre sospecha que tienes otros motivos... aparte del dinero, naturalmente.

—A tu madre no le gusto mucho, eso está claro.

Aleks levantó una ceja.

—Y con razón.

Sara se echó un poco hacia delante, poniéndose una mano en el costado.

—Cometí un terrible error, ya lo sé.

—Desde luego.

—Creas tú lo que creas, pensé que no volverías nunca. Nunca recibí un mensaje tuyo, una carta, una llamada. Así que perdí la esperanza.

Y ahora se preguntaba si el príncipe guerrero habría estado demasiado enfermo como para ponerse en contacto con ella. Pero de ser así, ¿cómo había conseguido la custodia de Nico?

—Ojalá pudiera creer eso.

Y ella también.

—Dijiste que nuestra relación sólo había sido una aventura.

Aleks se quedó muy quieto, mirando hacia la oscura ventana, como perdido en sus pensamientos por un momento.

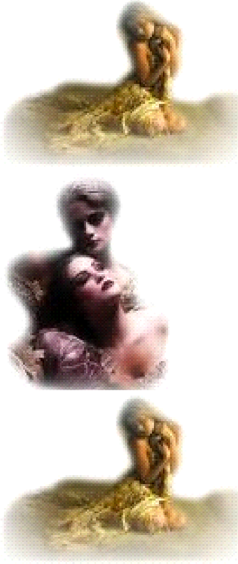
—Cierto.

A pesar de su furia porque Sara había dado a Nico en adopción, no había pensado volver a Estados Unidos. Con ella.

—Me voy —dijo Sara entonces, levantándose.

—Ve con Nico —murmuró él—. Yo bajaré en cuanto me haya vestido.

CAPÍTULO 5



—LA VIERON saliendo de tu habitación, Aleksandre, ¿qué está pasando? ¿Has caído bajo su hechizo otra vez?

—No digas tonterías.

Su encuentro con Sara la noche anterior lo había turbado, era cierto, pero no iba a decírselo a su madre. Ver a Sara en camisón, con el precioso pelo rojo sobre los hombros, había despertado su deseo además de sus recuerdos. Y cuando tocó sus cicatrices y lo miró con los ojos llenos de compasión, había sentido la tentación de tomarla entre sus brazos y decirle que no le dolían las cicatrices, sino el alma.

Afortunadamente, no lo había hecho. Su proximidad era como una droga que embotaba sus sentidos, pero a la luz del día podía recordar miles de razones para permanecer frío e impersonal con la bella señorita Presley.

Aunque lo que más lo había sorprendido era su devoción hacia Nico, debía reconocer. Horas después de la operación había insistido en sentarse al lado de su cama, tocando los deditos del niño, con los ojos llenos de lágrimas.

Aleks no entendía aquello. No la entendía. ¿Por qué una mujer que había descartado a su hijo poco después de nacer se portaría así? ¿Se sentiría culpable?

Cuando llegaron a la habitación de Nico la noche anterior, se había negado a marcharse hasta el amanecer. El niño estaba inquieto, decía, y debía permanecer a su lado.

Y Aleks sospechaba que María era la razón por la que no quería dejarlo solo. Sara no confiaba en la madre de Carlo... una prueba más de lo ingenuo que había sido al enamorarse de ella. Era en Sara en quien no se podía confiar, no en María.

María era la persona más leal del castillo. Igual que su hijo. Gracias al heroico sacrificio de Carlo, el príncipe de Carvainia estaba vivo y por eso cuidaría de María hasta el día de su muerte.

El recuerdo de Carlo, su mejor amigo y guardaespaldas, le encogió el corazón, como le ocurría tantas veces. Ningún amigo podría ser tan leal como el hombre que había dado su vida por su monarca.

—Aleksandre, por favor —su madre, su mejor aliada, era imparable cuando quería algo. Tal había sido el caso cuando rescató a Nico de América. Y tal era el caso con la reaparición de la madre del niño. Aunque agradecida de ver que su nieto estaba recuperándose; no dejaba el tema de Sara—. ¿Qué hacía Sara Presley en tu habitación?

—Estábamos haciendo el amor apasionadamente.

—¡Aleksandre!

Aleks inclinó un poco la cabeza.

—Lo siento, madre, no debería bromear así. No es cierto, sólo estábamos hablando.

Y ahora desearía no haber puesto esa imagen en su cabeza, además. Gracias a ella estaba exhausto, aunque no de hacer el amor… no estaría de tan mal genio de ser así.

Como no podía sacar a Sara de la habitación de Nico a empujones, no le quedó más remedio que dormitar en una silla hasta que amaneció. Y cuando se despertó, después de soñar con Sara en camisón, prácticamente había tenido que huir de allí.

De repente, la puerta de su despacho se abrió sin el protocolo habitual y el príncipe se volvió, preparado para cualquier ataque.

—Majestad, tiene que venir —le dijo un edecán—. El niño se ha puesto peor.

Los ojos de Sara parecían papel de lija y estaba a punto de caerse de la silla. El niño había mejorado un poco tras un repentino ataque de vómitos, pero llevaba horas sin apartarse de su lado.

Sara juntó las manos para rezar por su hijo. Una hora antes, la reina Irena por fin se había ido de la habitación, aunque la había fulminado con la mirada antes de hacerlo.

El propio Aleks estaba sentado a su lado, tan cansado como ella, aunque no lo admitiría nunca.

—Deberías irte a la cama, Sara. Tú también estás recién operada.

—¿Desde cuándo te importa? —le espetó ella, nerviosa.

—No quiero que una americana muera en mi país. Podríamos tener entre manos un incidente diplomático.

—Ah, me lo dices ahora.

Aleks sonrió, por fin. ¿Estaría demasiado cansado como para seguir furioso con ella?

—La enfermera se quedará con Nico. El doctor Konstintine cree que la crisis ha pasado y que dormirá toda la noche. Deberías marcharte.

—Tú también estás cansado. Me iré si tú te vas.

Aleks levantó una ceja.

—¿Desde cuándo te importa?

¿Era una broma? Aleks debía de estar delirando.

—No quiero que el gobernante de Carvainia muera estando conmigo. Podríamos provocar una crisis internacional.

Él sonrió de nuevo, mientras se levantaba de la silla.

—Ven, te acompaño a tu suite.

Parecían haber firmado una especie de tregua, pero Sara no se hacía ilusiones. La reina Irena, que estaba casi siempre en la habitación del niño, sólo había hablado con ella una vez, para preguntarle cuándo se marchaba.

Ésa era su gran preocupación, qué pasaría cuando Nico se recuperase del todo. Después de tres semanas, ella se encontraba casi recuperada del todo, pero si lo decía, ¿le pedirían que se marchase? Sara, sin embargo, no quería volver a Kansas, quería quedarse con su hijo.

Al final de la tercera semana, Nico se había levantado de la cama y tenía buen color de cara. Aquel día en particular, Sara y Nico estaban sentados en el balcón de su cuarto, disfrutando del sol y escuchando el sonido de las olas. Había llevado una baraja y estaba enseñándole a jugar al póquer, mientras Aleks, apoyado en la barandilla, observaba a las gaviotas.

—Papá, juega con nosotros —dijo el niño—. Sara me está enseñando unos juegos muy divertidos.

Él se volvió, su expresión era indescifrable.

—Tu abuela vendrá enseguida y yo tengo una reunión en el Parlamento dentro de media hora.

—Sólo un juego, papá —insistió Nico.

—Bueno, de acuerdo —sonrió Aleks, dejándose caer sobre una silla.

—¿Un príncipe jugando al póquer? —bromeó Sara.

—Sólo si la apuesta me interesa —contestó él. Y Sara pensó que hablaba de ella, de haberla llevado a Carvainia.

—A veces merece la pena arriesgarse —le dijo, señalando al niño con la cabeza.

—Desde luego.

—¿Puedo empezar yo, Sara? —preguntó Nico.

—Sí, claro.

—Mi cumpleaños fue el diez de marzo, pero estaba enfermo.

El recordatorio le encogió el corazón a Sara. Ella sabía muy bien cuándo era su cumpleaños, aunque nunca había podido celebrarlo con su hijo.

—No sabes cuánto me alegro de que te encuentres bien. Tu próximo cumpleaños será una gran celebración, estoy segura.

—¿Cuando sea mayor seré un guerrero como mi papá?

—Esperemos que no tengas que serlo —dijo ella, nerviosa.

Aleks miró su reloj poco después.

—Debo irme ya. Tal vez podríamos volver a jugar mas tarde.

—Sara ha dicho que mañana podríamos ir a la playa.

—¿ Ah, sí?

—Con tu permiso, por supuesto —se apresuró a explicar ella—. Los niños se cansan de estar encerrados en una habitación.

—¿Y qué sabes tú de niños?

Sara se puso pálida, pero no bajó la mirada.

—No tanto como me gustaría... gracias a ti.

—Es culpa tuya.

De repente, Nico se levantó de la silla.

—¿Por qué no hacemos una merienda en la playa? Y podríamos ir a remar en la barca.

—No, no creo que sea buena idea.

—Sara no tirará la barca esta vez, ¿verdad que no, Sara?

Ella tragó saliva, insegura. Por la expresión de Aleks, la idea le gustaba tan poco como a ella. Estar con el niño en la habitación era una cosa, pero salir a pasear, a disfrutar juntos...

—¿Podemos, papá? —insistió Nico.

Las súplicas del niño le rompieron el corazón. El pobre pensaba que su padre no quería ir porque una vez ella había volcado la barca. No sabía que ese incidente era uno de sus mejores recuerdos, el preludio de un fin de semana de amor que nunca olvidaría.

—Haré lo que pueda para no causar problemas.

—¿Lo ves, papá? Por favor, di que sí. Lo vamos a pasar muy bien.

Sara se daba cuenta de que Aleks no sabía qué hacer. Quería complacer a su hijo, pero no quería estar con ella. Tampoco Sara deseaba estar con él, pero sospechaba que por razones muy diferentes.

—La verdad es que yo no sé remar. Tal vez tu padre y tú deberíais ir solos.

—No, yo quiero que vengas tú.

Esas sencillas palabras significaban para ella mucho de lo que Nico podría imaginar nunca.

—Yo quiero que venga Sara, papá. Y tú y yo.

Aleks apretó los labios, indeciso, pero después puso mano en el hombro del niño.

—No te disgustes, ya veremos qué se puede hacer.

Y después de decir eso, se dio la vuelta y salió de la habitación.

A la mañana siguiente, Sara salió al balcón de su cuarto con una taza de café en la mano.

La noche anterior había hablado con Penny por teléfono durante una hora. Su amiga pensaba que estaba loca seguir en Carvainia en

compañía de gente que la odiaba pero entendía que quisiera estar con su hijo.

—¿Y Aleks? —le había preguntado—. ¿Te sigues sintiendo atraída por él?

—Mentiría si dijera que no.

—Oh, no... no sabes cuánto lamento haberte convencido para que fueras a ese balneario.

—Yo me alegro mucho de que lo hicieras, Penny. Nada podría ser peor que cuatro años preguntándome dónde estaría mi hijo. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Pero esa mañana, Sara se daba cuenta de que podría ser cierto. Perder a Nico por segunda vez sería aún peor. Antes no lo conocía, pero ahora...

Entonces, paseando a la orilla del mar vio a un hombre alto... Aleks.

De espaldas a ella, mirando el mar con las manos en los bolsillos del pantalón, era una figura triste, solitaria. Parecía llevar el peso del mundo sobre sus hombros... y en cierto modo así era. Al menos, el mundo de Carvainia. Tenía mucho poder, pero ese poder iba acompañado de una tremenda responsabilidad. No había pensado en ello hasta aquel momento.

Aleks se tomaba sus responsabilidades muy en serio.

Aunque sentía la tentación de bajar para estar con él, para hacerle compañía, se contuvo. Ella no podía hacer nada por el padre, el hijo era otra cuestión.

Cinco minutos después estaba en el ala médica del castillo. No había seguridad en la puerta de la habitación de Nico, una concesión a su recuperación, pensó, aunque era un cambio de protocolo.

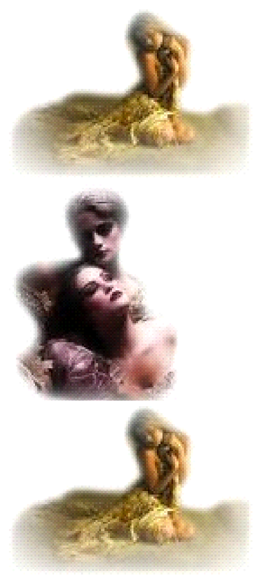
Las puertas del ascensor se cerraron silenciosamente tras ella, pero cuando iba por el pasillo vio a una mujer subiendo por la escalera, a su izquierda. Y algo en su furtiva expresión hizo que Sara se detuviera, escondiéndose entre las sombras. La mujer miró alrededor, sin verla, antes de entrar en la habitación del niño.

Sara no le había visto la cara, pero era alta y se movía con elegancia. ¿La reina Irena? ¿Su enfermera, María? Era alta, pero también lo eran muchas mujeres en Carvainia, de modo que podría ser cualquiera.

La cuestión era, ¿por qué ese comportamiento furtivo?

Nerviosa, atravesó el corredor y empujó la puerta del dormitorio. Pero, aparte de su hijo dormido, en la habitación no había nadie.

CAPÍTULO 6



ALEKS estaba sorprendido por el comportamiento de su hijo. Pero no debería haber aceptado llevar a Sara a dar un paseo en barca. Y, sin embargo, allí estaban los tres, en una cala privada a poca distancia del castillo; Nico charlando sin parar mientras él remaba y Sara intentando que el niño no se levantase.

Ver a Nico tan alegre, tan lleno de energía, era un bálsamo para su corazón. Y eso, además, aliviaba en parte su sentimiento de culpabilidad. Si no lo hubiera llevado a una zona asolada por las inundaciones el año anterior, el no habría contraído un virus que afectó a su hígado... intentando enseñarle a ser compasivo con sus compatriotas había arriesgado su vida y había estado a punto de perderlo.

Aleks no sabía si algún día podría perdonarse por ese error de juicio, pero estaría eternamente agradecido porque, al fin, Nico se estaba recuperando.

Entonces miró a Sara. Y era a ella a quien debía darle las gracias.

Sara le sonrió y, sin pensar, le devolvió la sonrisa.

—Creo que puedo ver esta cala desde mi dormitorio —murmuró Sara, apartándose el pelo de la frente—. Es un sitio precioso.

Sí, la había visto en el balcón por las mañanas, con aquel camisón que flotaba con la brisa... aquel día estaba vestida antes del amanecer. Según Antonia, una espía muy capaz cuando era necesario, no había cambiado mucho desde que la conoció. Prefería el café al té y una hamburguesa en lugar de un filete de primera calidad.

Y se preguntó si seguiría murmurando en sueños.

—Siempre pensé que te gustaría —dijo Aleks, las palabras habían escapado de sus labios.

Cuando Sara lo miró, sorprendida, siguió remando con más fuerza, esperando que la quemazón en los brazos evitase que dijera alguna tontería más. Su madre tenía más razón de la que pensaba: Sara Presley estaba afectándolo de nuevo.

—¿Si me levanto se volcará la barca, papá?

—Posiblemente, así que permanece sentado —dijo él.

Sonriendo, Sara le pasó un brazo por los hombros, apretándolo contra su costado, y en ese momento, Aleks vio lo que no había visto hasta entonces... o lo que no quería ver: una madre con su hijo. Y el hijo tenía la radiante sonrisa de la madre.

Y se le encogió el estómago, como un ancla lanzada al fondo del océano.

Sara no dejaba de pensar en la misteriosa mujer que había entrado en la habitación de Nico... para desaparecer, como si se hubiera esfumado. El incidente no tenía sentido y, a la luz del sol, empezaba a preguntarse si se lo habría imaginado.

—¿Qué nos ha preparado el chef? —preguntó Aleks, cuando estaban los tres sentados sobre una manta, en la PLaya.

—No he mirado en la cesta, pero seguro que todo está riquísimo. Siempre lo está.

Aleks parecía otro hombre aquel día, aunque no podía explicar cuál era el cambio. No había querido que fuesen los tres a dar un paseo en barca, pero parecía estar pasándolo bien y ella, sin darse canta, empezaba a hacerse ilusiones. No sabía bien qué clase de ilusiones eran ésas o qué esperaba del futuro, pero ya no le parecía tan negro como unos días antes.

Según los médicos, se recuperaría en dos meses, pero si había pasado casi la mitad de ese tiempo. Entonces sintió un escalofrío. Un mes más y los médicos le darían de alta... ¿Y entonces qué? ¿Aceptaría Aleks que fuese parte de la vida de su hijo o tendría que volver a Kansas para seguir viviendo una vida solitaria, sin su hijo? ¿Y si podía seguir viéndolo, cómo iba a hacerlo sin decirle a Nico quién era?

Ésa era otra preocupación. ¿Cómo iba a hacerle entender al niño que había tenido que darlo en adopción cuando nació porque no podía cuidar de él?

Sara sacudió la cabeza, angustiada. No parecía haber respuestas para todas esas preguntas. Además, tampoco podía confiar en Aleks, por mucho que ahora se mostrase más humano. Al fin y al cabo, él la había abandonado sin decir una palabra. Aunque hubiese tenido que ir a la guerra, aunque estuviese herido, si de verdad le hubiera importado, si hubiera sentido algo por ella, se habría puesto en contacto de alguna forma. Tenía cientos de empleados y servidores a su alrededor.

Alguien debería haberse puesto en contacto con ella...

Pero él era un príncipe, Sara no era nadie. Y los hombres de su posición se limitaban a jugar con las mujeres como ella.

Aleks la había deseado y eso era todo. No había esperado que el resultado de esa «aventura» fuera un hijo y, por supuesto, no iba a casarse con ella, así que no debía hacerse ilusiones.

Sara llevó aire a sus pulmones y, al hacerlo, notó un aroma desconocido.

—¿Qué es ese olor?

—¿Delicado, dulce, afrutado? —le preguntó Aleks. —Hablas como un perfumista.

—El aroma viene de los viñedos —dijo él entonces, señalando hacia la izquierda—. Producimos una uva especial en esta zona del país. Y tenemos unos vinos estupendos.

—Huele muy bien —murmuró Sara, abriendo la cesta y sacando unas servilletas con el escudo real—. Haz algo, príncipe —intentó sonreír, poniendo las servilletas en su mano.

—Siempre has sido una mujer muy exigente.

—¿Ah, sí?

—No —Aleks sacó una botella de vino de la cesta y estudió la etiqueta—. Al contrario. Tal vez si lo hubieras sido...

¿Qué estaba diciendo?, se preguntó Sara. ¿Que si le hubiera exigido más lo habría tenido?

Pero ella no era así. Ella creía que el amor era un regalo. Si Aleks la hubiese amado, habría seguido haciéndolo a pesar del tiempo y la distancia, como lo amaba ella.

Esa idea la sorprendió. ¿Seguía enamorada de Aleks? Cinco años antes le había hecho daño, pero esa vez, teniendo a Nico a su lado, podría destruirla. Además, era una persona arrogante y la odiaba. ¿Cómo podía amar a un hombre así?

Podía amarlo porque ella conocía al hombre que había bajo esa máscara, le dijo una vocecita interior. Y era un hombre valiente, bueno, honesto.

Ningún otro la había hecho sentirse tan querida. Entonces Aleks la quería de eso estaba segura, tal vez no como lo quería ella, pero la había querido.

Y su traidor corazón no podía olvidarlo.

—Papá, ven aquí —lo llamó Nico—. He encontrado algo.

—Espero que no sea una serpiente —dijo Sara asustada.

Aleks se levantó, riendo.

—En Carvainia no hay serpientes. Ven, vamos a ver qué ha encontrado.

Luego tiró de su mano para ayudarla a levantarse. Sara esperaba que la soltase de inmediato, pero no lo hizo. Siguió apretando su mano hasta que llegaron al lado de su hijo.

Su hijo.
Sara no dejaba de preguntarse cómo habría sido su sida si Aleks no se hubiera marchado, si se hubieran casado, si fueran una familia.
Pero no lo eran. A pesar de sus fantasías, Aleks ya no era el hombre al que ella había conocido. Y según su propia admisión, su relación no había tenido importancia alguna. Él pertenecía a una familia real y ellos se casaban con la realeza; las universitarias norteamericanas no eran más que un pasatiempo.
Y, por lo tanto, debería dejar de hacerse ilusiones.
—¿Qué has encontrado, hijo?
—Esto —contestó el niño, señalando algo con el dedo—. ¿Tú crees que me morderá?
Aleks se inclinó para tomar una diminuta tortuga que de inmediato se escondió en su caparazón.
—¿Qué le has hecho?
—No le he hecho nada, Nico. Es que la hemos asustado. Pero no te morderá a menos que pongas el dedo en su boca... es una tortuga de mar.
Nico miraba el animal con cara de asombro.
—Sal de ahí —le dijo, tocando el caparazón—. No voy a hacerte daño, soy bueno.
A Sara se le encogió el corazón. ¿Cuántos momentos como aquél se habría perdido?
—¿Es la primera vez que ves una tortuga?
—Sí —contestó Nico, sin dejar de mirar al animal—. ¿Puedo quedármela, papá?
—No creo que le gustase vivir en el castillo. A las tortugas les gusta el agua.
—Pero tenemos el mejor castillo del mundo.
—Una tortuga es un animal salvaje, cariño. Su castillo, su hogar está aquí, en el mar.
—Pero yo sería bueno con ella.
Para suavizar su negativa, Aleks le puso una mano en el hombro.
—¿A ti te gustaría que alguien te arrancase de tu casa, de tu familia?
Sara escuchaba la conversación, angustiada. Aunque temía no conseguir nunca la custodia del niño, ¿no estaba ella pensando hacer exactamente eso?
—No —admitió Nico—. Yo no quiero dejarte nunca, papá.
Y, aunque su corazón de madre sangraba, Sara supo entonces que no podría apartar a Nico de su padre. Carvainia era su país, allí estaba su gente, su familia.
—Tienes un buen corazón, hijo mío —dijo Aleks, apretándolo contra su pecho—. Algún día serás un buen gobernante.

«De tal palo, tal astilla». Como tenía que ser. Y ella, aunque era la madre de Nico, no era más que una extraña.

Pensar eso era tan terrible, tan doloroso, que Sara tuvo que hacer un esfuerzo para no caer de rodillas sobre la arena.

Poco después los tres, junto con la tortuga de Nico como acompañante temporal, se sentaron sobre la manta para comer. Sara tomó un sándwich de salmón con crema de queso y suspiró, encantada. Aunque le pesaba el corazón, su estómago parecía decidido a aprovechar aquellas «vacaciones».

—Deberías probar esto, Nico. Está delicioso.

—No tengo ganas. Me duele un poco el estómago —dijo el niño.

El salmón quedó olvidado de inmediato y Sara le puso la mano en la frente al niño.

—No tiene fiebre —murmuró, mirando a Aleks.

—¿Estás cansado? —le preguntó su padre.

—No, pero no tengo hambre.

—¿Entonces por qué no juegas con tu tortuga mientras Sara y yo terminamos de comer?

—Bueno.

—Pero si te sigue doliendo el estómago, dímelo de inmediato.

—No quiero que venga el doctor Konstantine —protestó el niño entonces—. No me gusta que me pinche.

¿Qué podían decir a eso? El pobre niño había sufrido ya más que suficiente.

Nico se alejó hacia la orilla acariciando a su tortuga y Sara miró a Aleks, preocupada.

—No suele portarse así, ¿verdad?

—No, en absoluto. Y la verdad es que me preocupa un poco.

—Yo también estoy preocupada, Aleks, pero por otras razones —dijo Sara entonces—. Tengo que hacerte una pregunta... o más bien, contarte, algo.

—¿Sobre Nico?

Sara respiró profundamente, sin saber muy bien cómo iba a tocar el tema.

—Sobre esas extrañas recaídas. ¿Has pensado alguna vez que alguien podría querer hacerle daño?

—¿De qué estás hablando?

Ella aguantó su fiera mirada. Una amenaza para el heredero del trono era un tema muy serio y lo sabía.

—Puede que no te guste lo que voy a decir, pero tengo que hacerlo. Siempre que a Nico le duele el estómago ha sido atendido por María. Y esta mañana he visto a una mujer entrando en su habitación... intentando que no la viera nadie. Y he pensado que podría ser ella.

—No hay nada siniestro en eso —dijo Aleks—. María siente

devoción por Nico como su hijo sentía devoción por mí.

—Pero Nico se pone enfermo después de sus visitas…

—Una coincidencia, nada más. En caso de que lo hayas olvidado, Nico es un niño enfermo. Y María sólo quiere mejor para él…

—¿Estás seguro? ¿Y si esa supuesta devoción ocultase deseo de hacerle daño?

—!Ya está bien! —exclamó Aleksandre entonces—. No sabes lo que estás diciendo.

Pero Sara se negaba a dar marcha atrás. Estaba convencida de que allí ocurría algo raro.

—Dime qué tiene de especial esa mujer.

—Su hijo.

—¿Quién es su hijo?

—Carlo, supongo que te acuerdas de él.

—¿Carlo, tu amigo? Claro que me acuerdo de él. Era chico muy alto, fuerte… pero amable.

—El mejor amigo que he tenido nunca —dijo Aleks.

—¿Qué ha sido de él?

—Murió salvando mi vida.

Su torturada expresión la entristeció. Ella sabía lo amigos que habían sido y sabía también que Aleks se sentía culpable de su muerte, lo hubiera sido o no.

Sin pensar en el muro que los separaba, lo abrazó, su deseo de consolarlo fue más fuerte que el miedo al rechazo. Y cuando Aleks no se resistió, apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Lo siento mucho.

—Yo también.

Sara cerró los ojos ante la inesperada oleada de emoción que la embargaba. A pesar de los años de penas y agonías, le seguía encantando la textura de su piel, su fuerza, el carácter de aquel hombre que había hecho que lo amase.

Tocó su costado entonces, recordando las horribles cicatrices. Aleks dio un respingo, pero no se apartó. En lugar de eso, hundió la cara en su pelo, suspirando.

—La granada que explotó… ¿fue entonces?

—Sí —contestó el—. Carlo se lanzó sobre mí para protegerme. Yo resulté herido, pero él murió. Me entregó su vida como príncipe de Carvainia, pero sobre todo me la dio como amigo.

Cuando levantó la cabeza, Sara vio en sus ojos el sufrimiento que le había causado el sacrificio de Carlo. Pero también vio algo más y su pulso se aceleró.

¿Quería besarla?

Sin pensar, entreabrió los labios. Pero entonces, como si su aceptación lo hubiera decepcionado, Aleks se apartó.

Y ella tuvo que contener un suspiro. Durante esos segundos, en sus brazos, no sólo había deseado que la besara, había deseado que la amase.

¿No iba a aprender nunca?, se preguntó, apenada.

—Supongo que entenderás por qué puedo confiarle a María la vida de mi hijo —dijo Aleks, como si no acabase de ocurrir algo entre ellos.

Sara lo entendía, sí. Y, sin embargo, seguía pensando que allí ocurría algo raro.

¿Podría haber alguien más... alguien que quisiera hacerle daño a Nico?

—El niño es adorado por todos los ciudadanos de este país. Tú misma habrás visto la continua cobertura en televisión, en los periódicos... Las miles de cartas que ha recibido, alegrándose de su recuperación. Todo el mundo lo quiere.

Suspirando, Sara se pasó una mano por el pelo. Tenía razón. ¿Quién querría hacerle daño a un niño de cuatro años?

—Tal vez me he convertido en una madre exageradamente protectora y veo peligros por todas partes.

—La única persona que podría hacerle daño eres tú—dijo Aleks entonces, mirando hacia su hijo—. Ten cuidado con lo que dices en su presencia.

Su reacción la puso furiosa.

—Nico no me ha oído.

—Y deberías alegrarte de que sea así.

—¿Qué pasaría si el niño supiera la verdad?

—No me retes, Sara Presley. No podrías ganar.

Con las mejillas encendidas, Sara empezó a guardar cosas en la cesta. No quería que supiera lo dolida que estaba no sólo por esa discusión, sino porque la tregua parecía haberse roto. Había pensado que podrían ser amigos, no era así. Aleks siempre la despreciaría.

—Papá —lo llamó Nico entonces, llevándose una mano estómago.

—¿Qué ocurre? —exclamó Sara, levantándose de inmediato—. ¿Te encuentras mal?

Aleks llegó a su lado cuando el niño, inclinándose sobre el regazo de Sara, empezó a vomitar.

Después de tomar la infusión prescrita por el doctor Konstantine, y de una llamada al especialista, el misterioso malestar desapareció tan rápido como había aparecido.

Aleks, preocupado, paseaba de un lado a otro por el despacho. Las sospechas de Sara lo habían sacado de quicio. Ésa debía de ser la explicación para su nerviosismo.

Furioso, golpeó el escritorio con la mano, el sonido hacía eco por la habitación mientras intentaba contener las emociones que sólo Sara Presley le podía despertar.

Era una mentirosa, una traidora, una mujer que había abandonado a su hijo y él no podía dejarse seducir otra vez. El principado y la corona estaban en juego, además de la salud de su hijo.

Se equivocaba sobre María, tenía que estar equivocada. Nadie le haría daño a un niño tan pequeño, era absurdo.

«A menos que ese niño fuera el hijo de un enemigo», le dijo una vocecita interior.

—Quiero una lista de todas las personas que entran en la habitación de mi hijo —le dijo entonces a su secretario.

— ¿Majestad? —Donas Le Blanc se levantó de inmediato.

—Quiero un informe de todos aquéllos que entran en la habitación de Nico, a qué hora salen, por qué están allí... y no quiero que se lo digas a nadie. Sencillamente, hazlo

—Sí, señor —murmuró el hombre.

Le Blanc seguramente pensaría que estaba loco. Y tal vez fuera cierto; Sara lo estaba volviendo loco, pensó, apretándose el puente de la nariz.

Recordaba el calor de sus brazos, el brillo de su sonrisa y sus sospechas sobre que alguien quería hacerle daño a Nico.

Nadie sería tan diabólico... ¿o sí?

Carvainia tenía enemigos. Él tenía enemigos.

Aunque habían disfrutado de varios años de paz, el rey Perseidia había firmado el tratado de paz bajo presión y no era en absoluto un amigo. ¿Y si había algún espía filtrado en el castillo?

¿Y si había un asesino mezclado con su gente?, se dijo, angustiado

Sara Presley lo estaba volviendo paranoico. Ella era el enemigo, buscando crear disensión...

«Pero quiere a Nico».

Aunque se negaba a creer nada bueno de ella, no podía negar su devoción por el niño... A menos que esa devoción tuviese un motivo oculto.

¿Estaría diciendo la verdad? ¿Serían ciertas sus sospechas o querría simplemente vengarse de él?

En ese momento no sabía qué creer.

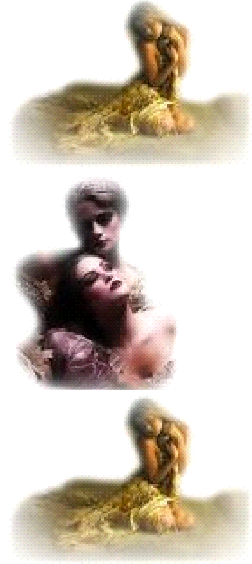
Sara no se había apartado del lado de Nico mientras estuvo enfermo, incluso cuando ella estaba recién operada. Le cantaba canciones, le hablaba al oído, la había visto llorar de dolor. Y aquel mismo día, cuando Nico se puso enfermo, había sido Sara quien lo apretó contra su pecho mientras él remaba para volver al castillo. Y había sido a ella a quien Nico acudió cuando se sintió enfermo.

Ese pensamiento le encogió el corazón. Nico no era el único que la quería. Él, el líder de una nación, un hombre que controlaba el destino de millones de personas, no podía controlar sus pensamientos o sus emociones cuando se trataba de cierta pelirroja...

Pero había sido falsa y traicionera una vez.

Dejando escapar un suspiro de frustración, Aleks salió del despacho y se dirigió al Centro de Seguridad. No sabía qué iba a hacer con Sara Presley, pero no pensaba arriesgar la vida de su hijo.

CAPÍTULO 7



SARA apretaba la mano de Nico mientras paseaban por los viñedos, de camino a lo que él llamaba «el jardín de los niños». Se encontraba mejor y, por lo tanto, no quería quedarse en su habitación.

Un niño debía estar al aire libre, disfrutando del sol y del aire fresco. Un niño necesitaba jugar y Sara se sentía feliz de poder darle esa oportunidad.

No tenía tanta energía como a ella le gustaría, pero se detenía frecuentemente para investigar alguna planta o algún animalillo. Sentía curiosidad por todo.

—¿Cómo se llama ese pájaro?

—No lo sé —contestó Sara, mirando al enfermero que iba con ellos —. ¿Lo sabe usted, señor Chang?

El hombre, que parecía lo bastante fuerte como para levantar un coche, miró hacia arriba.

—Un jilguero, tal vez.

—¿Y ése?

Sara se rió.

—No lo sé, Nico. ¿Por qué no le pides a tu padre que te compre un libro sobre pájaros?

—Mi papá tenía una reunión con el conde Regís.

—Sí, lo sé, pero lo verás más tarde. Él siempre tiene tiempo para su hijo favorito.

Era una de las cosas que más admiraba de Aleks, que aunque tenía que dirigir un país, siempre encontraba tiempo para estar con el niño. Era un buen padre, desde luego.

—Soy su único hijo, Sara —se rió el niño.

—Ah, es verdad, no me había dado cuenta.

Se había quedado sorprendida esa mañana, cuando Aleks llamó para decirle que ya no tenía que esperarlo a él o a la reina para visitar a Nico. ¿Significaba eso que confiaba en ella... o que no podía soportar su presencia?

Desde la merienda había mantenido las distancias y...

—¡Mira, ya hemos llegado!

Sara se quedó perpleja al ver un montón de altos arbustos colocados de forma tan intrincada que convertían el jardín en un laberinto, resultaba perfecto para que un niño lo explorase.

En una zona abierta había un banco de madera al lado de un pozo.

—Deberíamos merendar aquí —dijo Nico, inclinándose sobre el brocal.

—¡Ten cuidado!

—No tenga miedo —dijo el señor Chang, sujetando al niño—. No le va a pasar nada.

—Es un pozo para pedir deseos. Mi papá dice que cuando él era pequeño, su papá lo traía aquí y sus deseos se hacían realidad.

—¿Ah, sí? Entonces debía de ser un niño muy mimado.

—Ah, pero es que sus deseos eran siempre altruistas —oyeron entonces la voz de Aleks.

—¿Quieres decir que nunca pediste un deseo para ti? —sonrió Sara, contenta de verlo.

—Nunca jamás —dijo él, poniendo una mano sobre el hombro de Nico—. A menos que el poni cuente, claro. Y un pez, un barquito...

Sara se rió, sintiéndose tan feliz como sólo se sentía cuando Aleks estaba cerca.

—No tengo la menor duda de que eras el niño más mimado de Carvainia.

—Y el más disciplinado. Mi padre pensaba, y con toda la razón, que un príncipe no podía ser un buen gobernante si era mimado o egoísta.

—Tu padre debía de ser un hombre muy listo.

—Listo y fuerte, además de un buen padre. Y yo espero ser tan bueno como él.

—Lo eres —dijo Sara.

—Gracias.

—¿Echas de menos a tu padre?

—Desde luego. A menudo me gustaría que estuviera aquí para poder pedirle consejo —murmuró Aleks, con expresión pensativa.

—¡Has dicho el deseo en voz alta, papá! —exclamó Nico—. Ahora no se hará realidad.

—Ah, las reglas del pozo, se me había olvidado. ¿Tú has pedido un deseo?

—Sí, pero no te lo voy a decir porque entonces no se cumpliría.

—Muy bien. Un príncipe sabio —se rió Aleks.

Un segundo después, emocionado al ver una mariposa. Nico salió corriendo.

—Hoy parece encontrarse mejor.

—Sí mucho mejor. No se queja, aunque su energía no suele durar más de un rato.

Como para demostrar que tenía razón, Nico dejó de perseguir a la mariposa y se dejó caer sobre el banco.

—¿Estás cansado, hijo?

—Sólo un poquito.

—Tal vez el señor Chang y tú deberíais volver al castillo...

—¡Pero Sara aún no ha visto el laberinto y tengo que enseñárselo! Quiero enseñarle el pasadizo secreto.

—En otro momento, hijo. O puedo enseñárselo yo, si quieres. ¿No te apetece merendar? Creo que María tiene galletas para ti.

—Bueno.

Después de darles un abrazo, Nico se marchó con el señor Chang por el camino que llevaba hasta la entrada del castillo.

—Está encantado contigo —dijo Aleks.

Sara no sabía cómo responder. Después de su reacción durante la merienda en la playa, no quería arriesgarse a enfadarlo de nuevo por miedo a que le retirase el privilegio de estar con Nico a solas. De repente, Aleks tomó su mano.

—Ven, he prometido enseñarte el laberinto.

—No tienes que hacerlo.

—Yo siempre cumplo mis promesas.

A su hijo seguramente, no a ella. Pero Sara tampoco dijo eso en voz alta. El príncipe estaba de buen humor y, tonta que era, quería disfrutar un poco porque al día siguiente podría volver a ser el Aleks serio y distante de nuevo.

—Elige un camino —le dijo—. Los dos llevan a la salida.

—Ése de ahí —sonrió ella.

—¿Quieres que hagamos una carrera? Yo iré por ese camino, tú por el otro. A ver quién llega antes a la salida.

—¿Y si ganase yo?

—El ganador se queda con el botín.

Significara lo que significara eso.

Sin esperar respuesta, Aleks gritó:

—¡Ya!

Y empezó a correr.

Sara corrió también, pero un minuto después le dolía el costado y tuvo que pararse. Casi había olvidado su reciente operación, pero yendo más despacio por fin encontró la salida.

—¡He ganado, he ganado!

Fingiéndose enfadado, Aleks se acercó a ella.

—¡Has hecho trampa! Has salido corriendo antes que yo.

—No, de eso nada. Tú has gritado y yo he salido disparada.

—No puede ser. ¡Que le corten la cabeza! —como un villano de película, Aleks empezó a mover las cejas—. O mejor aún, a la mazmorra.

Aquél era el Aleks del que se había enamorado, el impredecible, el divertido. Sara se rió, nerviosa. Era un hombre complicado, pero nadie más la había hecho sentir lo que él la hacía sentir.

—En los castillos ya no hay mazmorras.

—Algunos sí las tienen —dijo él, apartando el pelo de su frente—. Y éste es un castillo muy antiguo.

—¿De verdad? —preguntó Sara, incrédula.

—De verdad —sólo estaba a unos centímetros y cada célula de su cuerpo se puso en alerta, anhelando a aquel hombre que le había roto el corazón. Era una tonta—. ¿Quieres verlas? ¿Te atreves a entrar en las oscuras y terribles mazmorras del castillo?

—¿Estás intentando asustarme?

—Ya has explorado el laberinto, ahora deberías explorar las mazmorras.

—¿Vas a encerrarme allí para luego tirar la llave? —intentó bromear Sara.

—¿Eres lo bastante valiente como para arriesgarte?

—A mí no me da miedo el lobo feroz. Ni su mazmorra.

Aleks se rió de nuevo, pero esa vez emitiendo un gruñido de lobo. Y Sara sintió un escalofrío, pero no era un escalofrío de miedo.

Aleks la llevó por una puerta que no había visto nunca. Marcó un código en el irónicamente moderno sistema de seguridad y la puerta se abrió lentamente...

Sara asomó la cabeza y vio un pasillo similar a los pasillos de otras zonas de la residencia.

—Esto no parece una mazmorra —se rió.

Aleks la miró, enigmático, mientras marcaba otro código de seguridad. Y entonces parte de un muro empezó a abrirse muy despacio, emitiendo un crujido...

—Uf, eso sí que da miedo.

—Después de usted, señora.

—No, no, de eso nada, tú primero —dijo Sara—. Me desmayaría de terror si esa puerta se cerrara.

—Pensé que no te daba miedo el lobo feroz.

—Yo puedo manejar al lobo feroz —dijo ella, orgullosa—. Las puertas secretas y los pasadizos son otra cosa.

Riendo, Aleks entró por la abertura. Había apliques en los muros pero Sara no veía ningún interruptor.

—Vaya, tenemos que volver. No hay luz.

—Espera, tengo una linterna aquí.

—Estás intentando asustarme.

—Pues claro. Si no, no sería divertido —Aleks sacó una linterna de alguna parte y la puso bajo su cara para conseguir un efecto macabro.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, lo único que Sara podía ver era un largo y oscuro pasillo.

—Ahora hay cinco escalones —dijo Aleks—. Ten cuidado, puede que haya alguno suelto... o algún esqueleto.

Sara se agarró a su brazo, un poco nerviosa. Pero divertida, como si estuvieran en el túnel del terror de algún carnaval.

—No sé si ha sido buena idea. ¿De verdad traían aquí los prisioneros?

—¿Por qué hablas en voz baja?

—No lo sé. ¿Los traían o no?

—En el pasado.

—¿Ya no?

—Hasta hoy no —contestó él, levantando las cejas.

—Esto es divertido. Es como en los cuentos de miedo.

—Dudo que los antiguos ocupantes lo vieran así —dijo Aleks, moviendo la linterna. Frente a ellos había una puerta y a su alrededor un espacio vacío, oscuro y húmedo, que olía a... siglos—. Lleva aquí desde el siglo XVI. Antes de eso, se llevaba a los prisioneros a la torre.

—Fascinante, es como volver atrás en el tiempo. ¿Tienes una llave de la puerta?

—Por supuesto —Aleks levantó un brazo para tantear sobre el quicio hasta encontrar la llave. Tras la puerta, otros cinco escalones los llevaron a las tripas del castillo... y la oscuridad y la humedad se volvieron más aterradoras.

—¿Vienes por aquí a menudo?

—No, qué va. Cuando era niño, me perdí por uno de estos pasadizos.

—¿Hay más de uno?

—Muchos. El laberinto del jardín no es nada comparado con esto. En la antigüedad, los prisioneros se volvían locos pensando que podían escapar, pero no lo lograban nunca. Ése era el plan de quienes lo construyeron, un plan elemental y una efectiva forma de tortura.

—Qué horror. ¿Cómo saliste de aquí?

—Mi padre y la mitad del ejército de Carvainia me buscaron durante horas. Después de eso, mi padre cerró la mayoría de los túneles y puso una ventanita ahí... —Aleks apuntó con la linterna hacia arriba—. Aunque sólo deja pasar un poco de luz, si sabes dónde está, ilumina una parte del corredor.

—Nada de niños perdidos.

—Esperemos que no.

—¿Piensas traer a Nico aquí?
—Algún día. Al fin y al cabo, esto es parte de su herencia. Debe entender de dónde viene antes de decidir dónde quiere llevar a su gente.
Cierto, pero una mitad de la herencia de Nico estaba América y no tenía nada que ver con aquello. ¿No debía Nico conocer también esa parte de su herencia?, se preguntó Sara.
Pero no lo dijo, como no decía tantas cosas. Aleks había dejado bien claro que el niño no se movería de Carvania.
—¿Es seguro explorar este sitio?
—Mientras lleves un guía… aunque debes tener cuidado.
—¿Por qué?
—El sitio está embrujado y los gritos de los que fueron torturados aquí pueden oírse durante las noches de luna llena.
—Cállate —se rió Sara, nerviosa.
Para entonces sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y podía apartarse un poco de Aleks. La cámara era estrecha, con grandes piedras lisas clavadas a las paredes. Sara se imaginó que allí era donde dormían los prisioneros para evitar las ratas y los insectos.
Estaba estudiando una de ellas cuando Aleks tocó su brazo, sobresaltándola. Al darse la vuelta chocó contra su torso y, sin pensar, se agarró a él como una niña asustada.
—Estás un poquito nerviosa, ¿eh?
Avergonzada por su reacción iba a apartarse, pero él la sujetó un momento… antes de dar un paso atrás, su expresión era indescifrable en la oscuridad.
—Ven, voy a enseñarte otra de las cámaras.
Poco después entraban en una sala más grande y Aleks señaló los muros con la linterna.
—Estos muros siguen intactos desde entonces.
Sara se quedó perpleja al ver grilletes de hierro clavados en las paredes. Aquí y allá, alguna cadena seguía colgando de ellos…
—¿Grilletes? —murmuró, fascinada.
Aleks asintió con la cabeza.
—¿Te gustaría probar?
—¿Ponerme unos grilletes? ¿Para que tú pudieras controlar todos mis movimientos?
Él sonrió.
—Eso no estaría nada mal. Así ya no tendría que preocuparme.
Se refería a la situación con Nico y Sara se sintió insultada. Pero cuando intentó apartarse, Aleks la sujetó.
—Un momento. He estado pensando…
—¿Qué has estado pensando? ¿Mantenerme prisionera?
—Debería haberlo considerado antes —sonriendo, Aleks la atrapó

contra la pared. Sara no hubiera podido moverse aunque quisiera… y no quería hacerlo.

Un príncipe sexy y apasionado era irresistible. Incluso en una mazmorra.

Aleks acarició sus brazos desnudos, apretando su cuerpo de guerrero contra ella, y Sara tembló deliciosamente.

—Me estás torturando, Sara Presley —murmuró, con su boca tan cerca como para rozar la suya.

—Creo que deberías mirar dos veces, soy yo la que está cautiva.

¿Esa voz ronca, sexy, era la suya?

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? ¿Qué podemos hacer?

Sara no tenía respuesta para esa pregunta. No podían volver a su alegre y despreocupada juventud y tampoco podían moverse hacia delante. Por mucho que le gustase, recordaba los largos años de soledad, la decepción que sintió cuando Aleks no volvió a buscarla. Fueran cuales fueran sus excusas, se había marchado sin decir una palabra. Y no había vuelto nunca.

Y si Nico no se hubiera puesto enfermo, ella nunca habría vuelto a saber nada de su hijo. ¿Cómo iba a perdonarle por eso?

Sin embargo, había sido ella quien dio al niño en adopción.

Sara suspiró. Era un dilema sin solución, pensó, estudiando las líneas de su aristocrático rostro. Y supo entonces que lo deseaba, sí, pero también que seguía amándolo. ¿Qué clase de demente seguía amando a un hombre que la odiaba?

¿O no era así?

La emoción que emanaba del príncipe en ese monto no era odio, sino deseo.

¿Sería el deseo suficiente?

—Aleks… —murmuró, sintiéndose más viva que en mucho tiempo.

Él sacudió la cabeza, su aliento le rozaba la cara.

—Calla.

Su corazón latía sobre el de Sara. Dos corazones latiendo al unísono, uno contenido, el otro temiendo confiar otra vez esperar algo.

Se daba cuenta de que Aleks la deseaba aunque no quería hacerlo y ella quería obligarlo a que fuera el Aleks que había conocido una vez.

—¿Vas a matarme o a besarme? —le preguntó, tan cerca de su boca que podría haber dado el primer paso si quisiera. Pero no lo haría. Ella podría ser la cautiva, pero Aleks tenía que rendirse sin condiciones.

—Qué impaciente —susurró él, deslizando una mano por su mejilla.

—Eres un arrogante.

—Y tú una seductora.

Por fin, Aleks inclinó la cabeza para buscar sus labios mientras enredaba los dedos en su pelo, capturándola con aquel beso más de lo

que podría hacerlo con grilletes y cadenas.

Sara murmuró algo… no sabía bien qué. Era como si todo su ser hubiera estado en suspenso, esperando que llegase el príncipe para despertarla a la vida.

No quería que aquel momento terminase nunca. La realidad era un problema que ni Aleks ni ella eran capaces de resolver, pero allí, en aquella mazmorra, podían olvidarse de todo. Olvidar las razones por las que no podían estar juntos, olvidar los años de penas y decepción.

Cuando el beso terminó, demasiado pronto para su gusto, Aleks no se apartó. Besó su nariz, sus mejillas, su frente, antes de apoyar la cara en su pelo.

Durante unos segundos se quedaron así, en silencio, notando cada uno los latidos del corazón del otro. Sara levantó una mano entonces para acariciarle el cuello y oyó que dejaba escapar un gemido de placer.

¿El guerrero no había vuelto a disfrutar de las caricias de una mujer?, se preguntó. Alguien tan duro como Aleks no que querría mostrar debilidad y se negaría a sí mismo la ternura.

De modo que, deslizando una mano para acariciar su mentón, besó sus párpados cerrados.

—Hueles bien.

—¿Como una mazmorra fría y húmeda?

—No, como una mujer, como el sol y las flores. Como yo te recuerdo.

—¿Te acuerdas?

—Siempre —esa admisión pareció molestarlo.

—No me lo habías dicho —murmuró Sara. El silencio y los secretos les habían costado todo—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Los halagos son tan importantes para ti?

—No estoy hablando de halagos y tú lo sabes.

Aleks se puso tenso y Sara sintió que se apartaba mucho antes de que lo hiciera.

—Eres tú la que guarda secretos.

—Los dos hemos cometido errores…

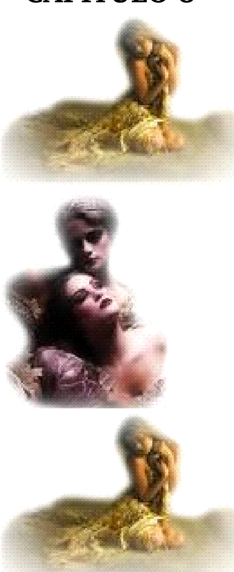
—No me hables de errores —la interrumpió Aleks—. Mi hijo no es un error.

—No quería decir… —Sara alargó una mano para ponerla en su brazo, pero él se apartó.

—Vamos, los de Seguridad estarán preocupados.

Hicieron el viaje de vuelta por el túnel en silencio y Sara se preguntó por qué no había podido mantener la boca cerrada.

CAPÍTULO 8



—¿MAJESTAD? ¿Príncipe Aleksandre?

Una mano rozó su brazo y Aleks levantó la cabeza, sorprendido. Una docena de rostros curiosos lo miraban. Embajadores de todo el mundo se habían reunido en la sala de juntas del castillo para discutir los problemas energéticos y él no había oído una sola palabra.

—Mil perdones —se disculpó—. Me he distraído un momento...

Sara lo había embrujado, pensó. Sólo podía pensar en sus labios, en la calidez de su abrazo. La noche anterior apenas había podido pegar ojo y cuando lo hizo, una mujer pelirroja lo torturaba con besos y mentiras.

El embajador de Gran Bretaña lo miró con simpatía desde el otro lado de la mesa.

—¿Cómo está su hijo?

—Mucho mejor, gracias. Ha tenido alguna recaída, pero se está recuperando.

—Me alegro mucho.

—Gracias. Y, de nuevo, mis disculpas. ¿Seguimos con la agenda del día?

Aleks decidió tomar notas porque mantenerse ocupado lo haría olvidar a Sara y sus ojos embrujadores pero, para su asombro, descubrió que había estado dibujando a un lado de la página... flores y grilletes. De nuevo, pensó en Sara y en la tarde que habían pasado juntos... ¿Qué iba a hacer con Sara Presley?

Cuando por fin terminó la reunión, Aleks no tenía ni idea de lo que se había decidido.

Una hora después, Aleks entraba en el cuarto de juegos de Nico, esperando... y si era honesto consigo mismo, deseando encontrarse

con la mujer que lo atormentaba. Pero no estaba allí y eso le produjo una extraña desazón.

Nico saltó de su silla para abrazarlo, como hacía siempre.

Su enfermera, María, le hizo una reverencia. Tras ella había una bandeja con dos platos y un trozo de pan.

—Majestad, qué sorpresa —lo saludó la madre de Carlo.

—Yo también me alegro de verte. ¿Cómo está la madre del mejor soldado de nuestro país?

Los ojos de María se empañaron y tuvo que apartar la mirada.

—Estoy bien gracias a su generosidad, Majestad.

—No tienes que darme las gracias.

Él no podía devolverle a su hijo, pero sí podía darle una casa y un lugar en la Corte. Sabía que Carlo estaría contento, aunque la pena de Aleks no terminaría nunca.

—¿Dónde está el señor Chang?

—Ha tenido que salir.

—Su deber es estar siempre con mi hijo. No quiero que lo deje solo.

—¿No confía en mí, la madre de su más leal súbdito?—le preguntó María entonces—. Yo ya no tengo hijos y el pequeño príncipe se ha convertido en lo más importante de mi vida.

—Sí, claro, por supuesto—asintió Aleks—. Sólo quería decir que Chang tiene una responsabilidad.

—Seguro que volverá enseguida. ¿Quiere comer con nosotros?

—Sí, papá, por favor —Nico tomó su cara con las manos y el corazón de Aleks se hinchó de alegría.

—De acuerdo, de acuerdo.

—¿Dónde está Sara? —preguntó el niño entonces.

—No lo sé.

—En su suite, con el doctor Konstantine —dijo María entonces, acariciando el pelo de Nico.

Lo adoraba, estaba claro. De alguna forma, ocupaba el puesto del hijo que había perdido.

Y eso hizo que Aleks se sintiera un poco más seguro. Nico estaba a salvo con María y Sara estaba totalmente equivocada.

—¿La señorita Presley no se encuentra bien?

—No lo sé, Majestad.

¿Se encontraría mal? También a ella la habían operado y el día anterior había estado corriendo…

El recuerdo del día anterior en la mazmorra del castillo apareció de repente. Sara lo había hecho reír, lo había hecho sentir. Durante esas horas había olvidado el peso de la nación, las responsabilidades que llevaba sobre sus hombros, los horrores de la guerra, y había vuelto a sentirse joven y alegre.

—Vuelvo enseguida.

—Papá...

Aleks se volvió para hacerle un guiño a su hijo. Guárdame un plato de sopa.

Cuando llegó a la suite de Sara estaba intranquilo, pero el deseo de verla era demasiado fuerte. Sabía que Sara representaba un problema y, sin embargo, no era capaz de alejarse de ella.

Aleks golpeó la puerta con los nudillos, pensando que si el doctor Konstantine estaba allí, podría decirle cómo se encontraba.

Pero fue la propia Sara quien abrió, con el pelo suelto, los pies descalzos y un largo albornoz de algodón blanco. Y parecía como si hubiera estado llorando.

—¿Por qué lloras? ¿No te encuentras bien?

—Entra, Aleks. Puedes invadir mi habitación cuando te parezca —respondió ella, irónica.

—¿Qué te pasa? ¿Te hiciste daño ayer?

—¿Por qué estás tan agitado?

—El doctor Konstantine ha estado aquí y había pensado... —sintiéndose como un tonto. Aleks cerró la boca y la apretó contra su pecho.

Y, dejando escapar un suspiro, Sara apoyó la cara en su hombro.

—Estoy bien —murmuró, con la boca peligrosamente cerca de su cuello. Si movía la cabeza un poco, estaría besándolo.

—¿Entonces por qué ha venido a verte el doctor Konstan tine?

—Para examinarme y ver si todo iba bien.

—¿Y por qué estás temblando?

—Por ninguna razón...

—Ven, siéntate. Estás temblando y quiero que hablemos.

—¿Ah, sí? Pues es la primera vez. Tú eres el rey de los silencios.

—El príncipe, no el rey.

Sara tuvo que sonreír mientras la llevaba a uno de los sofás, donde se acurrucó, metiendo las piernas bajo el albornoz, los dedos de sus pies asomaban por debajo.

—¿Por qué estás disgustada?

—Oh, Aleks... ¿es que no lo entiendes? —Sara giró la cabeza y él se dio cuenta de que estaba llorando.

—¿Por qué lloras? ¿Te hice daño ayer...?

—Ayer... el tiempo que estuvimos juntos fue maravilloso.

—A mí también me lo pareció.

—Pero luego te enfadaste y te alejaste otra vez. Siempre tengo miedo de que puedas enfadarte por algo... ¿no podríamos tener una conversación como antes? ¿Podríamos olvidar todo lo que ha pasado y ser sinceros el uno con el otro?

Aleks la miró, inseguro. ¿Sabría Sara el significado de la palabra «sinceridad»? ¿Sería aquélla una maniobra para conseguir algo?

—¿De qué quieres hablar?

—De todo... salvo del daño que nos hemos hecho el uno al otro. Háblame de tu trabajo, de tu país, de los viñedos, de los barcos. Deja que te conozca otra vez. Ayúdame a conocer a mi hijo —dijo Sara entonces—. Háblame de cuando era pequeño. ¿Cuándo dio sus primeros pasos? ¿Cuándo le salió el primer diente?

Como líder y estratega, Aleks se enorgullecía de ser capaz de intuir la estrategia del enemigo y en los ojos azules de Sara no veía ningún secreto. Aunque la culpa fuera suya, había echado de menos la infancia de Nico... porque también ella había sufrido.

Y no le haría daño a nadie recordar los primeros años de Nico.

De modo que hablaron. Ocasionalmente, ella lo interrumpía con una pregunta o una sonrisa... y a veces recordaban el tiempo que estuvieron juntos. Como cuando ella empezó a llorar en el cine, mientras veían una película de amor, y la gente de alrededor empezó a protestar o cuando le hizo una tarta de cumpleaños que le salió torcida

—Pero te la comiste toda.

—Estaba riquísima —sonrió Aleksandre, que ahora estaba sentado a su lado.

Sara siempre había sido capaz de hacerle olvidar los problemas. Incluso entonces estaba preocupado por su país y, aunque ella no lo sabía, su compañía le había ahorrado angustia y desesperación.

—¿De verdad? —sonrió Sara—. Entonces le pediré al chef que me deje hacerte otra.

Riendo, Aleks tiró de ella para apoyar su cabeza sobre su hombro. ¿Qué iba a hacer con Sara Presley? Vivían bajo el mismo techo y se veían todos los días. Y su presencia, su personalidad, hacía que dudase de todo aquello en lo que había creído durante los últimos años. Sobre todo, en lo que se refería a Nico.

Empujado por el deseo, la besó, suspirando cuando ella le echó los brazos al cuello. Sólo Sara podía hacerlo tan feliz, como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Por mucho que despreciase su propia debilidad se sentía irresistiblemente atraído por la mujer que le había dado a Nico.

Deseo, sí, debía de ser deseo porque ésa era la única emoción que podía sentir por Sara Presley. Se preguntó entonces si se atrevería a tenerla como amante. Si lo hiciera, ¿sería capaz de dejarla ir algún día?

Sara se apoyó en la pared mientras Aleks desaparecía en el ascensor. Contenta, levantó una mano para llevársela a los labios...

Habían pasado dos horas juntos sin pelearse. No habían hablado de Nico, por supuesto, pero al menos se habían comunicado. Y eso le daba esperanzas.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron e iba a entrar de nuevo en su suite, un movimiento al fondo del pasillo llamó su atención. Sara se volvió, segura de haber visto un brazo antes de que desapareciera, con el vello de la nuca erizándose...

—Qué tontería —murmuró.

Pero veía una sombra en el suelo de mármol, como si hubiera alguien escondido en la esquina.

¿Por qué iba nadie a hacer eso? ¿Sería un criado, dispuesto a contarle a todo el mundo que el príncipe había estado en su habitación?

Sin poder contener su curiosidad se dirigió hacia allí, pero cuando se acercaba, la sombra desapareció. Y cuando dobló la esquina, no había nadie.

Convencida de que alguien había estado espiándola, estaba a punto de bajar la escalera, pero decidió no hacerlo. Era una tontería. ¿Qué más daba que un criado hubiera estado espiándolos?

Suspirando, volvió a su habitación. El aroma de la colonia de Aleks seguía en el aire y respiró profundamente, preguntándose si podrían encontrar la forma de perdonarse el uno al otro algún día.

¿Habría alguna manera de pagar por el error que había cometido cuatro años antes? ¿Habría alguna esperanza de que Aleks la perdonase? ¿Y podría perdonarlo ella por haberla abandonado?

Pero se estaba quedando sin tiempo, pensó, con lágrimas en los ojos.

—Nico...

Suspirando, se dirigió al vestidor para quitarse el albornoz. Cada segundo era precioso y no quería perder ni uno solo.

Diez minutos después, se dirigía al cuarto de juegos, donde Nico pasaba tanto tiempo. Era como el país de las maravillas, un sitio lleno de juguetes de todo tipo, de cuentos...

Su hijo lo tenía todo, salvo una madre.

Deseando contarle que había visto una bandada de grullas desde su balcón, entró en el cuarto sin llamar... y se detuvo de golpe.

Nico estaba jugando en la mesa y María estaba a su lado, ofreciéndole un vaso de agua.

¿Por qué estaba María allí sola con el niño?, se preguntó. Aunque ella sabía la respuesta: Aleks consideraba que sus sospechas eran una tontería. O una manipulación.

Debió de hacer algún ruido, porque Nico levantó la cabeza en ese momento.

—¡Sara! —gritó, corriendo hacia ella.

Mientras se ponía en cuclillas para abrazarlo, Sara miró a María por encima del hombro del niño. Y la mujer los miraba con una expresión de ternura...

Eso la hizo sentirse ridícula. Tal vez no había conexión alguna entre

los vómitos de Nico y aquella enfermera en particular. Después de todo, María estaba con él casi todo el día. Si quisiera hacerle daño, ¿no se pondría Nico enfermo más a menudo?

Tal vez se estaba imaginando cosas, se dijo. Tal vez el estrés y la angustia de las últimas semanas le habían robado el sentido común.

Mucho después, cuando Nico se cansó de jugar, Sara volvió a su suite. Pronto servirían la cena y quería relajarse un poco en el jacuzzi para pensar en todo lo que había ocurrido aquel día. Cuando volviese a Kansas no habría más criados, ni jacuzzi, ni masajes, ni tratamientos corporales...

Aunque no era eso lo que iba a echar de menos.

Una vez en el agua, cubierta de espuma, sacó su móvil para llamar a Penny. Su amiga estaba furiosa con Aleks de modo que Sara se limitaba a hablarle de los lujosos tratamientos de belleza.

Y también le habló del laberinto y las mazmorras, pero no le contó nada sobre el beso.

—Hoy pareces más contenta —le dijo Penny.

—Es que me siento mejor.

—No, es más que eso. Te conozco desde hace mucho tiempo, amiga mía, y hoy pareces diferente.

—He encontrado a mi hijo.

—Sí, pero lo encontraste hace semanas. ¿Qué pasa? Venga cuéntaselo a la tía Penny.

Sara se rió.

—Deja de cotillear. Te lo contaré cuando vuelva a casa.

—¿Te estás enamorando del príncipe canalla otra vez?

Sara no podía contestarle sin mentir. Y ella no le mentiría su mejor amiga.

—Cariño, ten cuidado. Te abandonó una vez y volverá a hacerlo.

—No te preocupes por mí, lo estoy pasando en grande. Tengo criados, masajes, pedicuras. Deberías verme las uñas de los pies, son de cine.

Penny no dijo nada más, pero Sara sabía que estaba preocupada.

Y también lo estaba ella.

Después de colgar, dejó el móvil sobre la repisa de la bañera y echó la cabeza hacia atrás. Tenía que salir del agua si no quería acabar convertida en una pasa.

Pero cuando iba a salir de la bañera, le pareció oír un ruido... ¿habría alguien en su suite?

—¿Antonia?

No recibió respuesta.

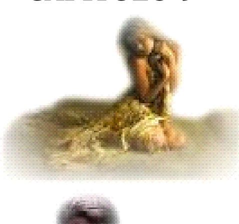
Frunciendo el ceño, Sara se puso el albornoz y entró en la suite a toda prisa... pero allí no había nadie.

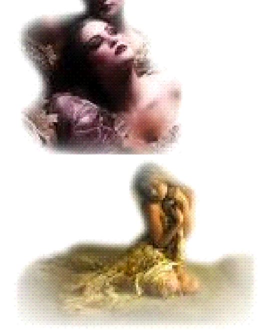
Entonces sonó un golpecito en la puerta y, como una adolescente

soñadora, pensando que sería Aleks, corrió a abrir.

Y se encontró con las aristocráticás y severas facciones de la reina Irena.

CAPÍTULO 9





—ALTEZA... Majestad —murmuró Sara, sin saber muy bien cómo dirigirse a una reina.

—¿Puedo pasar, señorita Presley?

La reina Irena y ella habían sido presentadas, por supuesto, pero nunca habían hablado. Bueno, sí, en una ocasión la reina le había preguntado cuándo iba a marcharse de Carvainia, pero eso fue todo.

Sara dio un paso atrás y la reina entró en la suite, mirando alrededor como si estuviera supervisando sus dominios

«De tal palo, tal astilla», pensó.

—Espero que se encuentre bien —le dijo, aunque sonaba más como una orden que como una pregunta.

—Sí, muy bien.

—Estupendo. Entonces, me imagino que se marchará pronto. ¿Puedo preguntar cuándo será eso?

Sara parpadeó, sorprendida por la descortesía.

—No estoy segura.

—Yo podría pedirle a mi secretario que lo solucionase para que pudiera irse mañana mismo.

—¿Mañana?

—Cuanto más tiempo esté en compañía del príncipe Domenico, más difícil será la despedida. Especialmente para el niño. Nuestro príncipe es un niño frágil, ¿no está de acuerdo?

—Sí, claro, pero...

—Maravilloso. Le diré a Antonia que venga a hacer sus maletas.

—¡No!

La reina la miró, perpleja.

—¿Perdón?

—No pienso irme mañana.
—Pero debe hacerlo.
—No puedo —dijo Sara—. El doctor Konstantine aún no me ha dado el alta.
—Entiendo —murmuró la reina—. Muy bien, pero manténgame informada de sus planes. Le estamos muy agradecidos por lo que ha hecho, pero me imagino que tendrá prisa por volver a casa.
No, era la reina quien tenía prisa por echarla de allí. Pero aquella mujer era la madre de Aleks, la abuela de Nico, y Sara se mostraría educada aunque Irena la hubiese ofendido.
—Ayudar a Nico ha sido uno de los momentos más felices de mi vida.
—Qué amable por su parte —dijo la reina, irónica.
—Lo he hecho por amor, Majestad. Soy su madre y le quiero.
La reina Irena parecía a punto de decir algo, pero al final se contuvo. Que la detestaba era evidente. Aleks la había envenenado con su odio y no había nada que ella pudiera hacer. Para toda la familia real, salvo para Nico, ella era una mujer diabólica que había abandonado al heredero del trono por capricho.
—He visto al príncipe Aleksandre salir de su habitación.
Ah, ahora estaban llegando a algún sitio. Pero Sara no pensaba satisfacer su curiosidad. Su relación con Aleks empezaba a mejorar, pero aún era demasiado frágil como para hablar de ella.
Si la reina quería saber por qué su hijo había estado en su suite, tendría que preguntarle a él.
—¿El príncipe ha mencionado que este fin de semana habrá un gran evento en Carvainia?
—No, no me ha dicho nada.
—No, claro que no. Es un evento de la Casa Real, no tiene nada que ver con usted.
—Por supuesto —asintió Sara, intentando contener su ira.
—Diplomáticos de toda la región acudirán al castillo para una cena y un baile en el gran salón.
—Qué bien.
—No me gustaría ofender a la prometida del príncipe Aleksandre —dijo la reina entonces—. Ella no sabe nada sobre su... previa relación y no quiero disgustarla.
Sara se puso pálida. ¿La prometida de Aleks?
—No sabía que Aleks estuviera prometido.
—Bueno, aún no lo están oficialmente, pero lo estarán pronto. En nuestro mundo, los matrimonios siempre tienen lugar entre familias afines. Aleksandre conoce a la duquesa Philomena desde que eran niños. Llevan años enamorados y algún día será una gran princesa para nuestro pueblo.

Pero Aleks la había besado… tenían un hijo. ¿Su prometida sabría eso?

No, por supuesto que no. Y por eso precisamente estaba allí la reina Irena. Quería alejarla de Carvainia, temiendo que la propietaria de una simple librería en Kansas se interpusiera en su camino.

Ella no era nadie y Aleks era un príncipe. No era más que una aventura que lo había sorprendido con un hijo.

Y, sin embargo, había ido a verla aquel día, creyendo que estaba enferma. Se había mostrado preocupado, cariñoso. Se habían reído recordando la época de la universidad, cuando estaban enamorados. Se habían besado. Y sentían pasión el uno por el otro.

¿Pero sentiría Aleks algo más?

Según la reina Irena, no era así.

Y, a pesar de la nueva actitud de Aleks hacia ella, Sara sabía que no estaba a su alcance. Si pudiese aceptar eso y dejarlo ir de una vez…

Aleks se colocó el álbum de fotos bajo el brazo y salió del ascensor. Antes, cuando estuvieron charlando, Sara no dejaba de preguntarle por Nico y se le había ocurrido entonces que nunca había visto fotografías de los primeros años de su hijo.

Su hijo.

Era la primera vez que pensaba en el niño como el hijo de Sara. ¿Cuándo había empezado a pensar en Sara como la madre de Nico?

No había querido escuchar su versión de la historia. Una parte de él quería hacerlo, pero llevaba tantos años odiándola, culpándola, que tenía miedo de sus mentiras.

¿Y si no había mentido?, se preguntó entonces.

Pero había mentido, estaba seguro. Según su madre, le había dado el niño al mejor postor. Y ella lo sabría porque había estado allí.

Aleks apretó el álbum de fotos. Sara y él habían tenido una aventura juvenil, eso era todo. Nada serio. Pero ella le había dado la vida una vez, para dársela de nuevo cuando temía perder a su hijo de modo que se merecía aquel regalo. Era lo mínimo que podía hacer, como un gesto de gratitud.

Entonces pensó en el dinero que le había ofrecido. ¿No era ésa gratitud suficiente?

Al pensar que Sara se marcharía de Carvainia tarde o temprano sintió que se le encogía el estómago. Sara se iría de su vida otra vez…

¿Sería para siempre?

No estaba preparado para perderla de nuevo.

Porque la deseaba. Tenía que ser eso. Él estaba acostumbrado a relacionarse con mujeres, aunque siempre había sido discreto, pero desde que Nico se puso enfermo había estado solo.

Sí, el deseo era una buena excusa para explicar su fijación por Sara Presley.

Las puertas del ascensor se abrieron y Aleks se sorprendió al ver a su madre saliendo de la habitación de Sara.

—¿Madre?

La reina Irena se volvió, llevándose una mano al corazón.

—Aleksandre! Me has asustado, hijo.

—¿Qué haces aquí, en la zona de invitados?

—Estaba hablando con la señorita Presley.

Sabiendo que hasta ese momento la reina había evitado a «la plebeya americana» de todas las maneras posibles, Aleks se puso en alerta.

—¿Por qué querías hablar con Sara?

—Quería expresarle mi gratitud en persona. Le ha hecho un gran servicio a nuestro país.

—Ah, ya.

—¿Y por qué estás tú aquí, hijo? ¿También has venido a expresarle tu gratitud? —le preguntó Irena entonces, levantando una ceja

—No creo que deba darte explicaciones sobre mis actividades, madre.

—Los rumores crecen, Aleksandre —dijo ella entonces—. Has venido antes a su habitación y ahora vuelves... ¿es que no tienes sentido común en lo que se refiere a esa mujer? ¿Ejerce algún extraño poder sobre ti?

—No digas tonterías.

—Escúchame, hijo. Te entiendo... eres un hombre sin una mujer. Tienes necesidades como cualquier hombre, pero como príncipe debes tener especial cuidado. Hay muchas mujeres en nuestro país que estarían encantadas de recibir tus atenciones.

—Madre... —empezó a decir él.

—Escúchame, hijo. La duquesa Philomena vendrá este fin de semana al castillo, al igual que otras jóvenes de sangre real. Es hora de que elijas a tu princesa, Aleksandre. O busca una amante, lo que quieras. Pero esa atracción por la plebeya americana es muy peligrosa.

—¿Crees que no soy lo bastante hombre como para manejar a Sara Presley?

—Eres un príncipe guerrero, un gobernante sensato y cabal. Has servido a tu país con honor, pero hace cinco años eras un crío ingenuo. Esa mujer te rompió el corazón —Irena no pudo evitar que le temblase la voz—, y ahora eres demasiado inteligente demasiado orgulloso como para dejar que vuelva a ocurrir.

Aleks se dio cuenta entonces de que su madre no estaba intentando entrometerse en su vida, sencillamente estaba preocupada por él.

—Pensaré en todo eso —le dijo, poniendo una mano en su hombro.

Al darse cuenta de que no podía hacer nada más, Irena asintió con la cabeza y siguió adelante, dejándolo en el pasillo con el álbum de Nico

en las manos.

La reina tenía razón en muchas cosas. Sara lo había engañado, pensó Aleks mirando hacia la puerta de la suite.

Pero incluso ahora, después del apasionado discurso de su madre, la idea de estar con Sara lo llamaba con un canto de sirena. Mientras estuviera bajo su techo; no podría alejarse de ella.

Sara se despertó al amanecer y, de inmediato, se vio inexplicablemente empujada hacia el balcón. La luna, antes de desaparecer, dejaba un reflejo de plata sobre la superficie del mar y una figura paseaba por la playa, como todas las mañanas, un poco inclinada hacia delante, con las manos en los bolsillos del pantalón.

Aleks parecía más solo que nunca.

Debía de ser muy difícil para un hombre tan joven tener la responsabilidad de todo un país sobre sus hombros, pensó Sara. Sí, Aleks era un hombre educado para ocupar ese puesto, pero el Aleks que ella conocía se preocuparía demasiado, haría que todo fuera demasiado personal. El fracaso para Aleks d'Gabriel no era una opción.

En los últimos días había visto más al antiguo Aleks y sufría por él, deseando poder aliviar su carga; un sentimiento absurdo.

—Aleks... —murmuró.

Como si la hubiera oído, él volvió entonces hacia el castillo.

Con la brisa del mar moviendo su albornoz, Sara levantó una mano para saludarlo desde el balcón.

Casi podía imaginar la sonrisa de Aleks mientras le devolvía el saludo.

Los últimos días habían sido maravillosos. El álbum fotográfico de Nico parecía haber roto una barrera entre ellos. Sara había llorado por todo lo que se había perdido, pero también lloró de alegría porque Aleks había entendido lo importante que era para ella ver esas fotografías, formar parte de la vida de su hijo.

La noche anterior, después de cenar, habían visto una película en el cine del castillo. En fin, la película estaba puesta, pero ellos no la habían visto. Habían hablado, se habían tocado... usando la excusa de la oscuridad para besarse, como si fueran dos adolescentes. Aleks quería hacer el amor con ella, podía sentirlo en la pasión de sus besos, en el temblor de su cuerpo. También ella quería, pero no lo haría porque, aparte del deseo que sentían el uno por el otro, nada había cambiado.

Sin embargo, bajó a la playa para darle los buenos días descalza, sintiendo la arena bajo sus pies. Y Aleks la abrazó.

—Una princesa sale del mar para cautivarme.

—¿Estás cautivado?

—Completamente.

Los dos se quedaron callados, observando los cambios de color en el cielo. Si hubiera alguna forma de solucionar aquello para no tener que dejar a Aleks y a Nico… pero Sara sabía que era imposible.

—¿Tienes frío?

—No, estoy bien.

—No deberías enfriarte.

—Estoy bien, en serio. A menos que tú quieras que me vaya.

—No, quédate —dijo él entonces.

—Entiendo por qué bajas aquí todos los días. Es un sitio precioso, tan silencioso, tan sereno…

—¿A ti también te gusta?

—Mucho —sonrió ella—. ¿En qué estabas pensando hoy, príncipe Aleksandre?

—En las crisis de todos los días —respondió él.

—Pero tú lo solucionas todo, ¿no?

—Intento hacerlo, pero… el año pasado unas inundaciones devastaron el sur del país. Llevé a Nico allí y… no debería haberlo hecho.

—¿Por qué no?

—Allí fue donde se puso enfermo. Contrajo un virus que destruyó su hígado.

—¿Estás seguro?

—Es la única explicación posible.

—Y te sientes culpable —dijo Sara.

—Sí.

—¿Quieres saber una cosa que yo estoy aprendiendo sobre el sentimiento de culpa, Aleks?

—¿Qué?

—No tiene ningún valor, no sirve de nada y no soluciona nada.

Él la miró un momento, pensativo.

—Has cambiado.

—¿Me ves mayor, más gorda, con arrugas? —preguntó ella—. Tal vez con un poco de celulitis.

—Mayor sí —se rió Aleks—. Más sabia también… e infinitamente más bella.

—Muchas gracias —murmuró Sara—. Me siento halagada.

Estaba intentando bromear, pero la expresión de Aleks se había hecho más pensativa, más tierna también. Y entonces, de repente, con el sonido de las olas de fondo y el viento moviendo su ropa, inclinó la cabeza para besarla. ¿Cómo podía un hombre decir que la odiaba y besarla de esa forma?

Sara deseaba que el momento no terminase nunca pero, por supuesto, terminó.

—Ven, vamos a dar un paseo antes de que salga el sol y aparezcan

los turistas —dijo Aleks, tomando su mano.

Sara se preguntó entonces cuánto pagarían las revistas por una fotografía del gobernante de Carvainia besando a una extraña en la playa. Una extraña descalza y en albornoz.

—No deberían vernos y tú no deberías besarme —le dijo—. ¿Y si nos hicieran una fotografía?

Aleks se encogió de hombros.

—Hace tiempo que dejé de preocuparme por la prensa. Los ciudadanos de mi país son muy protectores con la familia real.

—Los turistas no son tan amables.

—¿Temes que te fotografíen conmigo?

—No, no... a mí no me preocupa. Yo soy la extraña aquí.

—Tengo algo que pedirte —dijo Aleks entonces.

—Está saliendo el sol. Pídemelo rápido —se rió Sara.

—Vamos a organizar un gran baile este fin de semana,

—Sí, lo sé y haré lo que pueda para que no me vea.Tu madre me lo dijo.

—¿Mi madre? —repitió él—. Ah, qué interesante.

— No me invitó al baile, te lo aseguro.

—No tenía que hacerlo. Pero te estoy invitando yo.

Sara lo miró, perpleja.

—¿Qué?

—Yo soy el anfitrión de la velada y me gustaría que acudieras.

—Pero la duquesa Philomena estará allí.

—¿Philomena? ¿Qué sabes tú de la duquesa?

Aparentemente, más de lo que Aleks quería que supiera.

—Tu madre cree que la duquesa Philomena es perfecta para ti.

—Sí, lo sé.

Sara esperó, confiando en que le dijera que no podría entregarle su corazón a otra mujer. Pero no lo hizo.

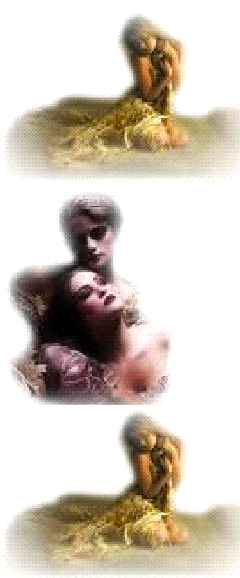
—¿Vas a casarte con ella?

Aleks se quedó callado un momento, mirando la arena.

—No puedo decirlo.

No era la respuesta que Sara hubiera querido escuchar.

CAPÍTULO 10



LAS orquídeas llegaron a media mañana, aproximadamente una hora después de ver a Nico. Las preciosas flores llegaron con una tarjeta que tenía grabado el escudo real y que decía: *Vendrás al baile real. Aleks.*

Sara se quedó con las orquídeas, pero escribió en el reverso de la tarjeta: *No, no voy a ir. Sara.* Y la envió de vuelta con el mensajero.

Una costurera llegó poco después con varios vestidos y una cinta métrica. Sara le dio las gracias, pero intentó convencerla de que no los necesitaba... y la mujer se puso a llorar.

—Señorita, no puede hacerme eso. Piense en mi reputación. Perderé mi puesto como costurera de la familia real.

Después de una discusión en la que tanto Antonia como la costurera, Carlotta, insistían en que cooperase, Sara tuvo que rendirse.

—Muy bien, puede hacerme un vestido, pero no pienso ponérmelo.

La mujer empezó a sollozar de nuevo.

—Por favor, deje de llorar... muy bien, muy bien, me pondré el vestido. Pero no pienso ir al baile.

No entendía por qué Aleks había querido que fuera, pero estaba segura de que no era por las razones que a ella le gustaría. Tal vez estaba siendo amable, tal vez se arrepentía de haberla tratado tan mal cuando llegó a Carvainia... en cualquier caso, no podía ir. Ese baile sólo serviría para destacar las diferencias entre la propietaria de una simple librería de Kansas y el príncipe de Carvainia.

Dos horas después, Sara estaba deseando que Antonia y Carlotta se fueran para poder ver a su hijo. Aparte de bailes y besos en la playa, su tiempo en Carvainia estaba terminando. Y una vida entera no sería suficiente para estar con Nico, de modo que no podía perder un

segundo.

Pero cuando atravesaba el corredor que llevaba a su habitación, oyó voces detrás de una puerta...

—Quiero que le dé el alta inmediatamente —estaba diciendo la reina Irena.

Sara se detuvo, sorprendida. Recordando el viejo adagio de que los que curioseaban nunca oían nada bueno sobre sí mismos iba a seguir adelante, pero las palabras del doctor Konstantine la detuvieron.

—Soy un médico, Majestad, no un mago. No puedo hacer que su cuerpo cure antes de tiempo.

—El príncipe y ella están empezando a... hacerse amigos otra vez. Sara Presley debe marcharse de Carvainia antes de que averigüe la verdad.

A Sara se le aceleró el pulso hasta el punto de tener que apoyarse en una pared. ¿Qué verdad? ¿De qué estaba hablando?

—Tal vez sería bueno que supiera la verdad, Majestad. El secreto está pesando sobre su salud. Su presión arterial...

—Olvídese de mi presión arterial, la corona está en juego. Nadie debe descubrir el secreto y ella debe marcharse antes de que alguno de los dos descubra lo que hice.

—Me temo que a pesar de sus esfuerzos no ha conseguido destruir lo que sienten el uno por el otro, Majestad.

—Hice lo que tenía que hacer por el príncipe Aleksandre y por Carvainia. Esa mujer es una plebeya, doctor Konstantine, una vulgar americana.

—Pero Nico es su hijo...

Al oír que mencionaban a su hijo, el corazón de Sara empezó a latir con tal violencia que casi temió que lo oyeran.

—Yo me he encargado de resolver el asunto de Nico y ahora, usted debe hacer lo que le corresponde, doctor Konstantine. Líbrese de Sara Presley —el tono de la reina no dejaba la menor duda de que había dado una orden y esa orden debía ser obedecida.

Al oír el repiqueteo de unos tacones, Sara se apartó de la puerta y corrió hacia la escalera, pero tuvo que detenerse poco después, sin aliento, llevándose una mano al costado.

¿De qué estaban hablando? ¿Qué había hecho la reina que ni ella ni Aleks debían saberlo? ¿Y qué había querido decir con que ella «se había encargado de resolver el asunto de Nico»?

La reina Irena adoraba a Nico... ¿o no?

Perpleja, Sara se quedó escondida en la escalera hasta que dejó de temblar y su corazón volvió a latir a un ritmo normal. Pero el miedo a que algo terrible estuviera a punto de ocurrir la puso en movimiento.

Aleks estaba enseñando a Nico a jugar al ajedrez cuando ocurrió.

—Papá, no quiero seguir jugando —dijo el niño, frotándose los

ojitos.

Estaba cansado. No tenía la misma energía que antes de aquel fatídico viaje al sur de Carvainia. Estaba mejor, desde luego, pero ya no era el de antes.

—En otra ocasión entonces —Aleks empezó a guardar las piezas del ajedrez.

—Papá...

—¿Sí?

—¿Dónde está Sara?

Él miró a su hijo, un poco sorprendido. Era la primera vez en todo el día que no estaba pensando en ella.

—No lo sé. ¿Por qué?

—Esta tarde no ha venido a verme y viene siempre. Yo quiero que venga.

Aleks lo entendía. Por mucho que él intentase luchar contra sus sentimientos por ella, Sara se le había metido en la piel. Tal vez su madre tenía razón; era hora de encontrar una esposa.

—¿No la has visto en toda la tarde?

—No.

—¿Y esta mañana?

—Sí.

—Sara no puede estar aquí todo el tiempo, hijo.

—¿Por qué?

—Sara es una invitada y pronto volverá a su país.

—¿Por qué no puede quedarse con nosotros? —preguntó el niño—. ¿Es que no le gustamos? Ella siempre dice que soy bueno.

—Yo sé que le gustas mucho, hijo.

—Tú también le gustas.

Aleks pensaba que era así, pero su afecto podría ser una trampa para conseguir la custodia de Nico. Aunque seguía sin entender por qué había cambiado de opinión. Había dado al niño en adopción y ahora quería recuperarlo.

Sin embargo, había visto el cariño con que trataba a Nico. Y sus lágrimas mientras miraba las fotografías del álbum eran reales. Había tardado algún tiempo, pero estaba empezando a pensar que Sara de verdad quería al niño.

¿Y si de verdad lo quería, podría quererlo también a él?

—Tal vez le gustamos los dos, pero Sara vive en América y quiere irse a casa.

—Yo no quiero que se vaya —dijo Nico entonces, haciendo un puchero.

—Si la queremos de verdad, no podemos ser egoístas. Debemos querer lo mejor para ella.

Sus palabras se reían de él. ¿Cuándo había querido él lo mejor para

Sara?

—Papá…

—Dime, hijo.

—Te quiero mucho.

—Yo también a ti.

—¿Puedo querer a Sara un poco también?

Aleks apoyó la cara en el pelo del niño.

—El amor es mágico. Cuanto más das, más recibes. ¿Lo sabías?

—Yo la quiero y ella a mí también, la oí decírmelo una vez, cuando me daba un beso de buenas noches.

Aleks no sabía qué decir, de modo que se limitó a acariciarle el pelo. Por primera vez, consideró lo que Sara debía de estar sufriendo durante aquel viaje a Carvainia. Él había querido que sufriera por abandonar a su hijo, por abandonarlo a él. Y su deseo se había cumplido.

Había esperado experimentar una sensación de triunfo y, en cambio, se sentía como un canalla.

Cerrando los ojos, apoyó la cara en la cabeza de Nico, intentando no pensar en Sara Presley. Pero, de repente, el niño se echó violentamente hacia delante.

—¿Qué ocurre, hijo?

Nico lo miró con los ojos vidriosos y empezó a vomitar.

Sara estaba cerrando el armario cuando se abrió bruscamente la puerta de su habitación.

—¡Sara, date prisa!

Ella se volvió, perpleja al ver a Aleks. Había entrado sin llamar siquiera….

—¿Qué ocurre?

—Nico se ha puesto enfermo y el doctor Konstantine está muy preocupado.

—Oh, no…

—Ha preguntado por ti.

—¿Sí?

—Hemos llegado tan lejos… no puede ocurrirle nada ahora. No podría soportarlo si le ocurriese algo.

Pero cuando llegaron al ala médica del castillo, las noticias no eran buenas.

—Estoy preocupado —les dijo el doctor Konstantine, su expresión era particularmente seria—. Estamos haciendo un análisis de sangre para determinar el nivel de enzimas.

Sara había escuchado ese término antes y después de la operación. Una gran cantidad de enzimas indicaba un posible daño en el hígado. Y si el trasplante había fallado, no habría ninguna esperanza. Su hijo moriría. Sara tuvo que tragarse un sollozo de agonía.

—¿Cuándo sabremos el resultado? —preguntó Aleks, tan tenso que apenas podía moverse.

—En un par de horas. El doctor Schlessinger viene de camino desde Suiza.

—¿Qué podría hacer él?

—No lo sé, Majestad, pero él es el especialista.

—¿Nico está despierto? ¿Podemos entrar en la habitación? —preguntó Sara, temblando.

—Sí, claro. Le he dado un sedante, pero creo que aún está despierto.

El niño estaba en la cama, con los ojitos cerrados, pálido. Era un niño tan precioso...

—¿Qué podemos hacer? —murmuró Sara, angustiada.

—Ojalá supiera la respuesta a esa pregunta —suspiró Aleks.

—No es culpa tuya —dijo ella entonces—. No pienses eso, por favor.

—Gracias por intentar animarme.

En ese momento, Sara descubrió una fabulosa verdad sobre el príncipe Aleksandre: era una fachada, la carta de presentación del hombre que era en realidad. Como príncipe, tenía la obligación de pasar por encima de todo, pero el hombre estaba sufriendo como los demás. Aquel hombre, sin embargo, estaba solo.

—A veces, hasta un príncipe necesita apoyarse en alguien —dijo Sara en voz baja—. Y tú puedes apoyarte en mí.

Él cerró los ojos un momento y Sara lo abrazó, poniendo la cara sobre su pecho. Y Aleks, sin decir nada, la tomó por la cintura. Eran como cualquier pareja del mundo, aterrorizada de perder a su hijo, intentando consolarse el uno al otro. En aquel momento podían olvidar sus diferencias y concentrarse en lo que importaba de verdad: la salud de su hijo.

Y esa terrible experiencia hacía que Sara lo quisiera aún más.

Los días pasaron y la angustia no terminaba. Aleks canceló el baile y todos los asuntos de Estado que no eran de la mayor importancia. Ni Sara ni él durmieron mucho.

Su madre estaba tan disgustada que no salía de su habitación y aquello preocupaba a Aleks también. La reina le había suplicado que enviase a «la americana» de vuelta a casa para que pudieran vivir en paz de nuevo y aunque él estaba de acuerdo en teoría, no sería capaz de obligar a Sara a volver a Kansas hasta que Nico estuviera recuperado del todo.

En realidad, se preguntaba si podría pedirle que se fuera. Pero ése era un problema al que se enfrentaría más tarde. Lo importante ahora era Nico.

Los médicos entraban y salían de la habitación, le hacían cientos de pruebas, pero Nico empeoraba cada día y todos empezaban a sospechar que no tenía nada que ver con el trasplante.

—Deberías irte a dormir —suspiró Aleks una noche, cuando Sara llevaba horas sentada en un sillón, al lado de la cama.

—Estoy bien. Le prometí a Nico que estaría aquí cuando se despertáse y quiero estar aquí. Vete tú a dormir. Tienes que dirigir un país y estás tan cansado que apenas puedes tenerte en pie.

Aleks negó con la cabeza. Durante la guerra contra Perseidia se había enfrentado a la fatiga y a la desesperación a diario, pero nada podía compararse con aquello. Nada podía compararse con el miedo de perder a su hijo.

—No puedo irme. ¿Y si...?

No podía terminar la frase, era demasiado terrible. ¿Y si su querido hijo moría? Se había hecho tantas ilusiones después del trasplante... Estaba convencido de que Nico viviría, de que todo había terminado.

El doctor Schlessinger entró entonces en la habitación y los dos se volvieron hacia el especialista.

—Señorita Presley... —el médico saludó a Sara con la cabeza antes de volverse hacia Aleks—.Señor, ¿puedo hablar un momento con usted?

—Lo que tenga que decir puede decirlo delante de la señorita Presley.

—Muy bien, como desee—murmuró el hombre—. He pedido que le hicieran al niño todo tipo de pruebas para identificar la causa de esos ataques. Incluso pruebas que muchos considerarían innecesarias. Y hemos encontrado algo.

—¿Qué es? ¿Qué tiene? —preguntó Aleks, nervioso.

—Una de las pruebas ha revelado la existencia de cierta droga en su corriente sanguínea.

—¿Una droga? Me imagino que le habrán dado todo tipo de medicinas...

—Nadie en su sano juicio le daría acetaminofén a alguien recién operado del hígado.

—No lo entiendo, doctor Schlessinger. Me temo que tendrá que explicárnoslo con más claridad.

—El acetaminofén es un analgésico, pero es estresante para el hígado y en grandes dosis puede provocar el fracaso de ese órgano, incluso la muerte.

Aleks parpadeó, confuso.

—¿Entonces quién se lo ha dado?

—Esa es la cuestión, Majestad. No hay informe ni prescripción alguna sobre la administración de esa droga —dijo el doctor Schlessinger—. Y, sin embargo, está en la corriente sanguínea del niño.

Sara se llevó una mano al corazón.

—¿Está diciendo que alguien intenta matar a Nico?

—El doctor Konstantine me asegura que el niño está a salvo aquí... que es muy querido en todo el país. De modo que hemos concluido que alguien había pensado estar ayudando al niño. Cuando se quejaba de dolores, alguien le daba ese analgésico pensando que no le haría daño.

—Cuando, de hecho, estaba matándolo ——murmuró Aleks.

—Así es.

—Pero... ¿quién le daría una medicina sin contar con el doctor Konstantine? Todo el mundo en palacio sabe que Nico está muy enfermo.

—No lo sé, Majestad. Le sugiero que investigue.

—Le aseguro que lo haré.

Aleks apretó los puños furioso. ¿Quién podría haber sido tan torpe, tan estúpido?

—Ahora que sospechamos la causa de esos ataques tenemos el antídoto —siguió el médico—. La enfermera lo está preparando ahora mismo.

—Gracias a Dios —suspiró Sara, apoyándose en la silla—. ¿Entonces va a ponerse bien?

—Sólo el tiempo lo dirá, pero hemos encontrado el origen del problema y lo más lógico es que encontremos la solución —sonrió el doctor Schlessinger—. Naturalmente, nadie debe volver a administrarle acetaminofén.

Cuando el doctor Schlessinger salió de la habitación, Aleks dejó caer los hombros, como si se le hubiera quitado un enorme peso de encima. Nico se recuperaría, pero alguien había cometido un terrible error... un error que podría haberle costado la vida a su hijo.

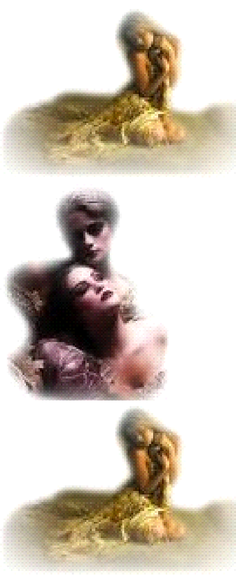
—¿Quién podría darle esa medicina al niño sin consultar con el doctor Konstantine?

—No lo sé, pero las posibilidades me asustan —dijo Sara.

—No crees que haya sido un accidente, ¿verdad?

—No, no lo creo —Sara miró a su hijo, dormido, antes de volverse hacia Aleks—. Y vas a odiarme cuando te diga lo que pienso.

CAPÍTULO 11



SARA temblaba de la cabeza a los pies. No le apetecía aquella confrontación, pero por su hijo se enfrentaría con el mismo demonio.

Nico había empezado a recuperarse después de recibir el antídoto y la medicación necesaria para limpiar su hígado, pero aún tenían que averiguar quién le había administrado acetaminofén.

Ella estaba segura de que no había sido un accidente. Alguien quería hacerle daño a su hijo. La cuestión era quién y por qué.

La noche anterior, Aleks se había negado a escucharla. No quería saber nada de sus sospechas. Según él, su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Y podría tener razón, pero aquella mañana Sara estaba absolutamente decidida a descubrir quién había querido hacerle daño a su hijo.

Su primera preocupación era esa enfermera, María. Aunque nunca había hecho nada sospechoso. Sencillamente, estaba presente cuando Nico se ponía enfermo. María era la madre de un héroe nacional, del hombre que le había salvado la vida al príncipe. Se lo había dado todo a la familia real de Carvainia y Aleks no podía pensar nada malo de ella.

Sara dejó escapar un suspiro. Tal vez se equivocaba con María, pensó.

¿Entonces quién?

Aleks tenía enemigos, particularmente el rey de Perseidia. ¿Habría enviado el rey un espía al castillo para asesinar a su hijo?

Pero... ¿por qué Nico en lugar de Aleks? ¿Por qué vengarse en un niño de cuatro años?

¿Podría el asesino ser un ciudadano de Carvainia? En todos los países había radicales, personas insatisfechas y capaces de matar.

No, imposible. Nico era un niño querido por todo el mundo. Aunque hubiese radicales en Carvainia, no intentarían matar a un niño.

Entonces pensó en la reina Irena. Irena odiaba a «la plebeya americana», pero adoraba a Nico. Era su abuela y nunca le haría daño.

¿Quién quedaba entonces, el doctor Konstantine? ¿Por qué iba el médico a intentar hacerle daño a Nico cuando llevaba años cuidando de él?

Suspirando, Sara se tomó el café que Antonia había llevado a su habitación. Aunque supiera a quién culpar, no podría hacer nada hasta que hablase con Aleks. Y tenía que escucharla. Debía convencerlo del peligro antes de que el enemigo, fuera quien fuera, atacase de nuevo.

Pero ¿cómo iba a convencerlo de que alguien quería hacerle daño a Nico? Aquélla era su gente, su país. Pensaría que estaba loca o que quería causar problemas.

Durante esos días, mientras le hacían pruebas a Nico, Aleks y ella se habían consolado mutuamente. Se habían acercado más que nunca durante aquellas horas interminables. Entonces había sido el Aleks que ella conocía, no un príncipe, ni un guerrero, ni un hombre de Estado, sencillamente un padre asustado.

A menudo durante esos días se quedaban sentados el uno al lado del otro, sin hablar. O uno de ellos se quedaba dormido mientras el otro seguía esperando…

Sara había empezado a pensar que Aleks la dejaría relacionarse con Nico en el futuro. Incluso pensaba que sentía algo por ella.

Pero después de aquella mañana, la odiaría de nuevo.

El mayordomo con la espalda más tiesa del mundo le hizo un gesto para que entrase en el despacho de Aleks. Sara había llamado a la línea privada del príncipe para expresarle su deseo de hablar con él y Aleks le había pedido que fuese al despacho. Ella había esperado que estuviera en su habitación, descansando, pero estaba de vuelta en el trabajo, aunque llevaba días sin dormir.

En cuanto la vio, Aleks se levantó del sillón para abrazarla y Sara se apoyó un momento en su pecho. Después de aquella conversación era más que posible que no quisiera volver a verla y, durante un segundo, disfrutó del aroma de su colonia, del calor de sus brazos y la fuerza de sus músculos envueltos en aquel traje de chaqueta perfectamente cortado.

Cuánto lo amaba.

—No puedo creer que estés trabajando —le dijo, apartándose un poco—. Pero tienes mal aspecto…

—¿Intentas halagarme? —bromeó él.

—¿Quieres descansar de una vez? Tienes que hacerlo. Nico se va a poner bien.

—No habría podido soportar estos tres días sin ti, Sara.

—Y yo me alegro mucho de haber estado aquí. Gracias por darme eso al menos.

—No tienes que agradecerme nada. Tú eres su madre.

Los ojos de Sara se llenaron de lágrimas. Había esperado mucho tiempo para escuchar esas palabras.

—Oh, Aleks... esto es tan difícil para mí...

—¿Qué es difícil, ser la madre de Nico?

—No, no. Eso es lo único que quiero.

—¿Entonces qué? Esta mañana pareces triste y no deberías estarlo.

Sara se apartó para acercarse a la ventana. El cielo estaba cubierto de nubes, algo inusual en Carvainia, y amenazaba tormenta. Y se preguntó entonces si esa tormenta se repetiría en el despacho.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar. Aunque te enfades conmigo, debes considerar lo que tengo que decirte.

—¿Qué tienes que decirme?

—No va a gustarte, te lo advierto.

—¿Es sobre Nico?

—Sí.

—He estado pensando mucho sobre eso...

—¿Y crees que la persona que le dio el acetaminofén lo hizo a propósito?

Aleks la miró con expresión de extrañeza.

—El doctor Konstantine dijo que seguramente la persona que se lo daba ignoraba sus consecuencias.

—¿Y si no fuera así? ¿Y si fue intencionado?

—No lo fue.

—¿Estás dispuesto a apostar la vida de tu hijo?

Aleks se puso las manos en la nuca y miró al techo, angustiado.

—Estás muy convencida de que alguien intenta matarlo.

—Sólo quiero proteger a mi hijo.

—¿Y crees que yo no estoy haciendo lo mismo?

—¡No, claro que no! Sé que adoras a Nico y harías lo que fuera para protegerlo.

—He tomado todas las precauciones posibles. El equipo de seguridad está alerta y hay un guardia en su puerta...

—¿Y si el peligro está en algunas de las personas que lo atienden?

—¿María otra vez? ¿Sigues pensando mal de la madre de Carlo?

—Sé que no te gusta que diga esto, pero debemos tener en cuenta a todos los que se acercan a Nico.

—La cuestión es por qué. ¿Por qué querría nadie hacerle daño a Nico?

—No lo sé, pero alguien estaba administrándole un medicamento que podría haberlo matado.

Sara le contó su idea de un radical, alguien que estuviera en contra de la Casa Real de Carvainia.

—Podría ser, desde luego. Pero para eso tendría que haberse infiltrado en el castillo —Aleks dejó escapar un suspiro—. Mira, Sara, no deberíamos seguir dándole vueltas a esto. Todo el personal del castillo está sobre aviso y lo que deberíamos hacer es celebrar que el niño está bien.

—Pero...

Él puso un dedo sobre sus labios.

—No sigas. Hoy es un día de esperanza... no me la quites, por favor.

El corazón de Sara, debatiéndose entre sus miedos y sus anhelos, se encogió aún más. Aleks la odiaría en cuanto mencionase a su madre, pero tenía que hacerlo.

Él la abrazó entonces, buscando sus labios. Y aquel beso era precioso para ella porque sabía que no iba a repetirse. Pero cuando se apartó, en sus ojos vio algo que no había esperado volver a ver nunca; era una mirada de esperanza y angustia a la vez.

—Aleks...

—Eres como una droga para mí, Sara. Cuanto más cerca te tengo, más cerca quiero estar y sin embargo...

Ella puso un dedo sobre sus labios.

No quería recordar las razones por las que no podían estar juntos. En aquel momento sólo quería amarlo porque pronto estallaría la tormenta.

—¿Recuerdas —le preguntó, acariciando su cara— la primera vez que cociné para ti?

—Recuerdo todo lo que hacíamos juntos.

—¿De verdad?

—La cena te salió horrible y te pusiste a llorar.

—Pero tú te la comiste de todas formas.

—Porque te quería.

—Y yo te quería a ti, Aleks. Entonces y ahora. Nada ha cambiado, mis sentimientos por ti no han cambiado.

Él respiró profundamente, apretándola contra su pecho.

—Sara...

—Lo entiendo, sé que pertenecemos a mundos diferentes...

—No, no lo entiendes. Si me querías, ¿por qué abandonaste a nuestro hijo?

—Te he explicado lo que pasó. Fue horrible, pero tuve que hacerlo... pensé que me habías abandonado y estaba completamente sola...

—Pero yo no te abandoné. Envié a alguien a buscarte.

—¿Qué?

—Envié a mi madre. Y cuando volvió, me dijo que tú no querías saber nada de mí ni de mi hijo.

Sara dio un paso atrás, horrorizada.

—¿Qué estás diciendo? No es cierto... yo no conocía a tu madre. No la había visto hasta que llegué a Carvainia...

—Mi madre nunca mentiría, Sara.

—¿Y si lo hizo? —exclamó ella—. Tu madre me odia porque soy una plebeya americana... ¿y si mintió para arrancarme de tu vida?

—No quiero seguir hablando de esto...

—Tenemos que hacerlo —insistió Sara, pensando que ya no tenía nada que perder—. Vas a odiarme de todas formas, así que prefiero contártelo todo. El otro día oí a tu madre hablando con el doctor Konstantine.

—¿Y qué?

—Tu madre quería librarse de mí... oí que se lo decía. Y también la oí decir que «ella se había encargado del asunto de Nico». ¿Qué significa eso, Aleks? ¿Qué asunto de Nico ha sido resuelto? ¿Mi hijo es un problema porque lleva sangre plebeya en las venas y no merece ocupar el trono?

Aleks la miró, pálido como un cadáver.

—¿Qué estás diciendo? ¿Estás acusando a mi madre, a reina Irena, de intentar asesinar a su propio nieto?

—No —dijo Sara, frustrada—. Aleks, yo no sé de qué hablaban, pero... sé que hay un secreto, algo que ni tú ni yo conocemos

—¡Ya está bien! Esas acusaciones son completamente ridículas. Has perdido la cabeza...

—No he perdido la cabeza. Alguien quería alejarme de mi hijo y del hombre del que estaba enamorada. Y ahora alguien ha intentado envenenar a Nico. Deberías empezar a pensar que hay gente a quien no le gusta que el heredero del trono no tenga sangre real al cien por cien...

—Estás acusando a mi madre, la persona a la que le confiaría mi vida. De no ser por ella nunca hubiera conocido ami hijo.

—De no ser por la reina Irena yo no me habría visto obligada a dar a mi hijo en adopción, Aleks. Podríamos haber estado juntos.

—No sabes lo que estás diciendo —replicó Aleks, airado—. Me advirtió que causarías problemas, pero yo estaba decidido a salvar la vida de Nico a toda costa.

—Por favor, créeme, yo no estoy intentando causar problemas. Sólo quiero salvar a mi hijo...

—¿De su propia abuela? Mi madre tenía razón, eres un peligro.

—Escúchame, Aleks, por favor. Sólo te estoy pidiendo que compruebes de qué hablaba con el doctor Konstantie. Me siento desorientada, confusa y...

—Se ha terminado.

—¿Qué?

—Tenías un contrato y el plazo ha terminado —dijo Aleks entonces.

—No te entiendo.

—Tus vacaciones en Carvainia han terminado y tu visado ha sido revocado.

Sara se llevó una mano al corazón.

—Aleks, no. Por favor... no puedo dejar a mi hijo ahora.

—No es tu hijo.

—Te suplico que no hagas esto. Dame un poco más de tiempo, por favor.

Aleks le entregó un sobre.

—Aquí está el dinero que acordamos. Sé que esto es lo que querías, así que acéptalo y márchate.

—No.

Aleks se acercó para poner el sobre en su mano.

—No quiero volver a verte nunca, Sara.

Y, después de decir eso, se dio la vuelta y salió del despacho.

Sara no podía moverse, no podía respirar. De hecho, no quería hacerlo. Quería que su corazón dejase de latir y morir allí, en el despacho de Aleks.

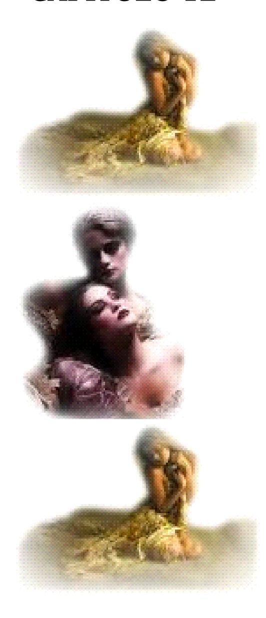
Fuera, había empezado la tormenta. Pero la tormenta había estallado dentro del castillo también.

Miraba el sobre que tenía en la mano como si fuera una serpiente venenosa. ¿Por qué había aceptado ese estúpido acuerdo?, se preguntaba.

Al borde de la histeria, sacó el cheque que había dentro y lo rompió en mil pedazos.

—Yo sólo te quiero a ti, Aleks. Y a nuestro hijo —murmuró guardando los pedazos de papel en el sobre y metiéndolo en un cajón del escritorio... el sobre mojado con sus lágrimas.

CAPÍTULO 12



ALEKS cabalgaba por la finca que rodeaba el castillo como un hombre poseído por todos los demonios. Sara había acusado a su madre de intentar asesinar a Nico. Era absurdo, ridículo... ¿cómo podía pensar tal cosa? Su madre había tenido razón desde el principio: la presencia de Sara en el castillo iba a ser un problema.

Clavando los talones en los flancos de su caballo favorito, Windstar, Aleks cabalgó sin descanso, intentando borrar de su alma aquella angustia... y sin conseguirlo.

El corazón de un hombre era el mayor de los traidores.

Había empezado a creer que Nico estaba en peligro, que alguien quería hacerle daño. Era una posibilidad real, pero su propia madre...

Tal vez Sara había querido causar problemas entre su madre y él porque la veía como a una enemiga, pensó. Sin embargo, por mucho que intentase ver a Sara como a una villana, le resultaba imposible.

Y, además de eso, seguía deseándola como nunca había deseado a nadie.

Pero había tomado una decisión: Sara debía irse de Carvainia. Tenía que irse para que él pudiera olvidarla de una vez.

Aleks siguió cabalgando, dejando que la lluvia mojara su cara, hasta que hombre y animal estaban exhaustos.

—Vuelvo a casa mañana —Sara notó el temblor de su propia voz mientras hablaba por teléfono con Penny.

—¿Qué ocurre? Pareces diagustada.

—Aleks me ha pedido que me vaya.

—Dios mío... nunca he entendido qué viste en él —suspiró su amiga.

—Aleks adora a su hijo.

—¿Y ésa es una cualidad? ¡Hasta los monos adoran a sus hijos! —exclamó la leal Penny—. ¿Ha aceptado que visites al niño de vez en cuando?
Sara se pasó una mano por la cara.
—No.
—¿Y qué vas a hacer?
—Aún no lo sé. Por el momento vuelvo a casa y tal vez más adelante encuentre una solución. Pero al menos ahora sé dónde está mi hijo.
—Y sabes que está bien —dijo Penny—. ¿Recuerdas cuánto te preocupaba eso?
Sara cerró los ojos. Tendría que seguir preocupada por su seguridad, pensó, aunque decidió no contárselo a su amiga.
—Tengo que colgar. Quiero pasar el mayor tiempo posible con Nico antes de mañana.
—Sara, lo siento. No debería haber insistido para que fueras a Europa...
—No, no por favor,eso es algo que te agradeceré toda la vida.
Antes de salir de la habitación, se acercó a la ventana. Los relámpagos iluminaban el cielo y en la distancia podía ver una figura oscura montando a caballo como si quisiera ganarle la batalla a la tormenta...
—Aleks —murmuró, poniendo una mano sobre el cristal, como si pudiera tocarlo.
Parecía tan solo como ella. No, más aún porque él llevaba el peso de su país sobre los hombros. Y era un buen gobernante... su gente lo adoraba.
Y ella también.
Tonta que era... a pesar de todo, su corazón aún latía por Aleks.
Pero en ese momento desapareció de su vista, como si nunca hubiera estado allí.
Sara pasó la tarde en la habitación de su hijo, sonriendo y disimulando su angustia a duras penas. Al día siguiente se habría ido. Habría desaparecido de la vida de aquel precioso niño que era suyo... y tal vez no volvería a verlo, una posibilidad que le rompía el corazón.
—¡Mira, Sara, un arco iris! —gritó Nico, que estaba haciendo pompas de jabón.
—Es precioso.
—Tú también eres preciosa —se rió el niño.
—¿Ah, sí? ¿Tú crees?
—Y tienes un pelo muy bonito —dijo Nico entonces, levantando la manita para acariciarlo.
Sara tuvo que cerrar los ojos, emocionada. ¿Recordaría Nico ese momento? ¿Sabría algún día que la mujer que había estado con él cuando se puso enfermo era su madre? ¿Volvería a verlo?

Cuando empezaba a anochecer, se preguntó cómo iba a darle la noticia de su marcha. Tenía que decírselo, pero no sabía cómo empezar.

—Tengo algo que decirte,Nico.

—¿Una sorpresa?

—No, en realidad no es una sorpresa —suspiró Sara—. Vuelvo a América mañana y puede que no nos veamos en algún tiempo, pero quiero que sepas que conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Eres un niño maravilloso.

Nico la miró, entristecido.

—Pero yo no quiero que te vayas. Quiero que te quedes y que juegues conmigo.

—Mis vacaciones han terminado, Nico, tengo que irme.

—Mi papá me dijo que echabas de menos tu país.

—¿Ah, sí?

De modo que Aleks había estado preparando el terreno.

—¿Cuándo vuelves, dentro de una semana? Papá siempre vuelve en una semana —Nico hizo una mueca—. A veces está fuera más tiempo, cuando se va muy lejos. ¿Volverás dentro de una semana?

—No, cariño, no puedo volver en una semana —murmuró Sara.

—¿Cuándo, entonces?

—No lo sé. América está muy lejos.

—Pero volverás, ¿no?

Sin saber qué decir, Sara contestó:

—Si puedo volveré, te lo prometo.

Esa respuesta fue suficiente para un niño de cuatro años, que siguió jugando alegremente con sus pompas de jabón.

—Mi papá me ha dicho que tienes una tienda de libros.

De modo que Aleks le había hablado de ella...

—Sí, es cierto, tengo una librería. Y tengo muchos libros para niños.

—¿Con caballos?

—Caballos, hadas, duendes... tal vez podría enviarte uno.

—Yo tengo un poni. Cuando me ponga bien, mi papá me dejará montarlo otra vez.

Y a ella le gustaría tanto verlo... Le encantaría ver a Nico recuperado del todo, con la misma energía que cualquier niño de su edad, jugando al aire libre. Pero Nico d' Gabriel nunca sería un niño normal. Como su padre, estaba atado por el lugar que ocupaba en el trono y, como su padre también, algún día sería un buen gobernante. Aunque ella no podría verlo, no tenía la menor duda de que Aleks lo educaría bien.

Mientras nadie le hiciera daño...

¿Y si Aleks estaba equivocado? ¿Y si Nico seguía en peligro y ella era la única que sospechaba? ¿Cómo iba a marcharse cuando aún no habían encontrado a la persona que le administró esa droga?

Los guardias de seguridad no habían podido evitar que alguien le diese acetaminofén. ¿Y si su hígado había sido destruido por el mismo método y no tenía nada que ver con el virus del que hablaba Aleks?

Sara rezaba para que el doctor Schlessinger estuviera en lo cierto y que alguien le hubiera dado acetaminofén sin saber que ese medicamento podría perjudicar al hígado... pero ¿y si no era así?

—¿Yo puedo ir un día a tu tienda de libros?

Incapaz de admitir que Aleks nunca permitiría tal cosa, Sara lo abrazó.

—Me encantaría que fueras algún día. Así podrías elegir el libro que más te gustase.

—Cuando me ponga bien, mi papá me llevará —esa frase se había convertido en un mantra para Nico. Cuando se pusiera bien, quería hacer tantas cosas...

—No te enfades con él si no lo hace. América está tan lejos.

—Mi papá tiene un avión. Y me llevará, ya lo verás. Tú le gustas.

Las palabras de Nico la angustiaron aún más. Durante unos días, Sara había creído que le importaba de verdad, que Aleks seguía sintiendo algo por ella. Incluso había soñado que podría amarla de nuevo, pero no era más que un sueño imposible.

Sin embargo, aunque se casara con una duquesa o una princesa, ella seguiría siendo la madre de su hijo. Ni siquiera Irena podía cambiar eso.

—Si tu papá quiere llevarte, puedes ir a América cuanto te parezca. Yo te estaré esperando.

Durante el resto de su vida.

El resto de la tarde pasó a toda velocidad y cuando empezaba a anochecer, apareció la niñera.

—Es hora del baño —les dijo, con una sonrisa. Nico dejó caer los hombros.

—Jo, qué rollo.

—Podría bañarlo yo —sugirió Sara.

—Pero es mi obligación, señorita. Usted es una invitada...

—Por favor, me marcho mañana y quiero estar todo el tiempo posible con el niño —le suplicó Sara. Y la mujer debió de intuir su angustia porque asintió con la cabeza.

—Nico la echará de menos, señorita Presley. Y todo el país le está agradecido por el sacrificio que ha hecho.

—No ha sido ningún sacrificio. Nico se ha ganado mi corazón.

—Sí, le ocurre con todo el mundo —sonrió la niñera.

—¡Quiero que Sara vea mi barco! —gritó el niño, reuniendo los juguetes que iba a llevarse a la bañera.

Intentando mantener la sonrisa, Sara se dispuso a darle a su hijo el primer baño de su vida... y el último.

Mucho después, con Nico ya bañado y oliendo a champú de fresa, Sara le puso el pijamita y lo metió en la cama. Ahora que la enfermedad estaba en remisión, el niño había vuelto al ala del castillo que ocupaba con el resto de la familia.

Saber que la habitación de Aleks estaba a sólo unos metros le producía una extraña sensación. Quería verlo, pero... ¿qué podían decirse? ¿Qué iba a hacer, suplicarle que la dejara quedarse unos días más? No serviría de nada, estaba segura.

—¿Me lees otro cuento, Sara? Sólo uno más —le pidió niño, a quien ya se le cerraban los ojitos.

—Uno más, de acuerdo.

Sara leyó hasta que le dolía la garganta y la niñera se había retirado. Luego cerró el libro y, sencillamente, se quedó mirando a su hijo dormido. No sabía cuánto tiempo había estado así pero, por fin, apagó la lamparita situada al lado de su cama y se inclinó para darle un beso en la frente.

—Te quiero, Nico —murmuró—. Tu mamá te querrá siempre.

Pero la noche había llegado demasiado pronto y no estaba preparada para separarse de él, de modo que se quedó sentada al borde de la cama, viéndolo dormir un poco más. Al día siguiente sólo le quedarían los recuerdos.

Y tendrían que durarle una vida entera.

Pero no podía irse, aún no. Pensar que no volvería a ver su carita, que no volvería a escuchar su voz, que no sabría nunca si Nico estaba bien o mal... sencillamente, no podía hacerlo.

De modo que se tumbó en la alfombra, entre la cama y la pared, rozando el pie de Nico con la mano. Allí no la vería nadie, ni siquiera Aleks si entraba para darle un beso.

No sabía cuánto tiempo había estado dormida, pero un ruido la despertó. Alerta de repente, se quedó inmóvil, aguzando el oído. ¿Había oído el ruido de verdad o estaría soñando?

Entonces lo oyó de nuevo. Había alguien en la habitación y ese alguien se acercaba a la cama de Nico.

Tragando saliva, Sara se incorporó... y lo que vio le heló la sangre en las venas: una mujer estaba inclinada sobre el niño, con una jeringuilla en la mano.

—¿Qué está haciendo? —gritó Sara.

La mujer dio un paso atrás, sobresaltada.

—¿Qué hace aquí?

—María...

—Es la hora de su medicación...

—Nico no tiene que recibir medicación esta noche —dijo Sara, sujetándola por la muñeca—. ¿Qué iba a darle? ¿Y por qué ha entrado sin hacer ruido?

María intentó apartarse pero, haciendo uso de todas sus fuerzas, Sara la sujetó.

—Tengo que ponerle la inyección. Usted no lo entiende...

—Vamos a llamar al doctor Konstantine. Él nos lo explicará.

—¡No! Apenas tenemos tiempo... estúpida americana. Lo único que has hecho es causar problemas. Todo hubiera terminado ya de no ser por ti.

—¿Qué habría terminado?

—Carlo merece una recompensa.

Sara no soltaba la muñeca de la mujer. Si lo hacía, podría inyectarle aquel veneno al niño.

—Eras tú, ¿verdad? Has sido tú quien ha intentado matar a Nico —empezó a decir, colocándose entre la mujer y el niño, como un escudo.

María dio un brusco tirón y Sara, que había perdido el equilibrio, cayó al suelo y vio, horrorizada, cómo la mujer clavaba la jeringuilla en la pierna del niño.

—¡No! —gritó, levantándose de un salto para sujetar su mano y evitar que pudiera presionar el émbolo.

Nico se había despertado y, por instinto, intentaba apartar la jeringuilla, llorando a pleno pulmón.

—Debe morir... —dijo María, intentando zafarse—. Su hijo debe morir.

Sara no la soltaba, no la soltaría por nada del mundo. —Pero María la golpeó en el costado, sobre la herida, y el dolor hizo que se doblase sobre sí misma.

—¡Corre, Nico! ¡Corre a buscar a tu padre!

Aunque debía de estar aterrorizado, el niño salió corriendo y María intentó ir tras él, gritando como una posesa, pero Sara se lanzó sobre ella y las dos cayeron al suelo. En la pelea, María consiguió recuperar la jeringuilla e intentó clavársela en el cuello.

—¿Por qué has tenido que venir? ¿Por qué tienes que entrometerte? Todo habría terminado de no ser por ti. El príncipe tiene que sufrir lo que yo he sufrido...

La mujer estaba completamente loca y tenía una fuerza increíble. Tanta que, cuando apretó su cuello con las dos manos, Sara empezó a ver puntitos rojos frente a sus ojos. Se estaba quedando sin aire y no podía hacer nada. El corazón parecía a punto de salírsele del pecho... estaba muriéndose.

Pero su hijo estaba a salvo. Aleks estaba a salvo. Aunque ella muriese, la loca venganza de María terminaría allí.

La mujer seguía gritando mientras apretaba su cuello, pero Sara ya no podía entender nada. La oscuridad se cernía sobre ella y, sin poder evitarlo, cerró los ojos esperando lo inevitable...

Pero, de repente, la habitación se llenó de luz y la terrible presión

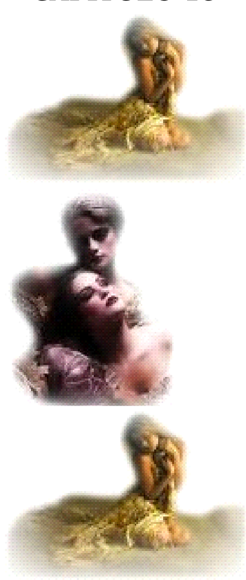
que sentía en el cuello desapareció. Sara empezó a toser, intentando incorporarse para llevar aire a sus pulmones… y cuando abrió los ojos, vio a Aleks sujetando a María mientras la mujer intentaba golpearlo.

—¡Asesino, asesino! —gritaba—. Tú mataste a mi hijo y mereces sufrir tanto como he sufrido yo. Un hijo por un hijo… un hijo por un hijo…

Un estruendo de pasos hizo retumbar el suelo y, un segundo después, los guardias de seguridad entraban en la habitación para llevarse a la mujer, los gritos de María hacían eco por todo el castillo.

Segura ya de que Nico estaba a salvo, Sara dejó que la bendita oscuridad se cerniese sobre ella.

CAPÍTULO 13



ALEKS se inclinó sobre Sara, que estaba inconsciente y tenía magulladuras en la cara y marcas de dedos en el cuello... pero estaba viva, gracias a Dios.

No quería ni pensar en lo que habría podido pasar si esa noche hubiera estado dormido. Cuando oyó los gritos de Nico, salió de su habitación a toda prisa, temiendo lo peor...

—Sara... —murmuró, apretándola contra su pecho como si fuera una niña—. Sara, amor mío.

Se le quebró la voz al decir eso. Siempre había sido su amor y, por miedo y por estupidez, había rechazado lo mejor que le había pasado en la vida. Durante todo ese tiempo, Sara había estado en lo cierto sobre María, quizá por un sexto sentido de madre. ¿Estaría en lo cierto también sobre otras cosas?

Ella empezó a abrir los ojos entonces.

—Nico...

—El niño está bien, no te preocupes. Está con su abuela y con los de seguridad.

—Que le hagan un análisis de sangre —dijo Sara, intentando incorporarse—. Esa mujer consiguió pincharlo con la jeringuilla... creo que Nico la apartó de un manotazo, pero...

—¡Landish! —gritó él entonces, llamando a uno de sus guardias—. Llama de inmediato al doctor Konstantine. Que comprueben la jeringuilla y le hagan un análisis de sangre a mi hijo.

—Sí, señor.

El resto de los guardaespaldas permanecían en silencio, tal vez avergonzados. Y él los entendía. A veces un hombre no conseguía proteger lo que más le importaba en el mundo.

—Voy a llevarla a su habitación. Cuando el doctor Konstantine esté disponible, díganle que vaya a verla. La señorita Presley necesita atención médica.

Aleks llevó a Sara a su habitación y la dejó en la cama. Era bella por fuera y por dentro, pensó. ¿Cómo había podido dudar de ella?

—He sido tan idiota...

El doctor Konstantine entró en ese momento, alterado.

—Dios mío, ¿qué está pasando aquí?

—¿Ha recibido mi mensaje?

—Sí, claro. La jeringuilla estaba llena, pero he pedido un análisis de sangre para estar seguro al cien por cien. No puedo creer que María sea la responsable...

Tampoco podía creerlo Aleks. No podía imaginar a aquella mujer amable y buena convertida en una asesina.

—Creo que ha perdido la cabeza —suspiró.

—Ésa es la única explicación.

—Tengo que ir a ver a mi hijo ahora y asegurarle que todo ha terminado.

—Vaya entonces, Majestad, yo me encargo de atender a la señorita Presley.

***

Cuando Sara se despertó, le dolía todo el cuerpo y apenas podía tragar saliva. Le dolía el cuello, como si alguien hubiera estado apretándolo. Y entonces recordó.

—Nico...

Tomando el teléfono que había en la mesilla, marcó el número privado de Aleks.

—¿Nico está bien? —le preguntó, sin esperar un segundo.

—¿Estás despierta?

—Dime si Nico está bien.

—Está perfectamente, contándole a todo el mundo lo valiente que es Sara que lo salvó de la malvada enfermera que quería pincharlo —respondió Aleks—. Está en su habitación, desayunando con su abuela.

—Gracias a Dios.

—Desde luego —dijo él—. De no haber sido por ti...

Sara apretó el auricular con fuerza mientras revivía los acontecimientos de la noche anterior.

—Tuvimos suerte de que María decidiese actuar antes de que yo me fuera de Carvainia.

—No fue suerte. Según su propia confesión, nos oyó discutir ayer en mi despacho. Había planeado ir envenenando a Nico poco a poco...

—Dios mío, qué horror. ¿Y por qué cambió de opinión?

—Por ti.

—¿Por mí?

—Pensaba administrarle la última dosis anoche y culparte a ti. No sé cómo, había descubierto nuestra relación y tu relación con Nico y pensó que todos creeríamos que habías decidido asesinar al niño como venganza por revocar tu visado.

—Me culparían a mí y tú sufrirías…

—Su venganza no tenía límites.

—Está loca.

—Sí, desde luego —asintió Aleks, apesadumbrado—. Incluso conocía un pasadizo secreto para llegar a la habitación.

—¿Entonces no fue mi imaginación? La vi entrar en la habitación del niño.

—Yo no sabía que me odiase de tal modo…

—Tu lealtad hacia Carlo te cegó —dijo Sara.

—Sí, claro, tiene que ser eso. Pero ¿cómo separa un líder la emoción de la razón?

Sara no sabía cómo contestar a esa pregunta. Y una de las cosas que amaba de él era precisamente eso, que siguiera siendo capaz de emocionarse.

—¿Qué será de ella?

—Vamos a ingresarla en un sanatorio. A pesar de lo que ha ocurrido, sigue siendo la madre del hombre que dio su vida por mí.

—No esperaba menos de ti, pero me imagino que esto debe de ser muy difícil…

—Me han ocurrido cosas peores —la interrumpió Aleks—. Pediré que te envíen el desayuno ahora mismo, ya que estás despierta. Lo de anoche fue terrible para todos, pero sobre todo para ti.

—Pero debo irme… debería tomar un avión, ¿no?

Al otro lado de la línea hubo una pausa.

—Tenemos que hablar, Sara. Te veré en tu habitación.

Y antes de que ella pudiera responder, había colgado. Una hora después, cuando ya estaba vestida, sonó un golpecito en la puerta.

—¿Puedo entrar? —le preguntó Aleks, asomando la cabeza.

—Sí, claro.

Sara vio entonces que no estaba solo; la reina Irena iba con él.

Nerviosa, la reina se sentó en uno de los sofás y le hizo un gesto para que se sentara frente a ella, estirando su falda, que no tenía una sola arruga, mientras se aclaraba la garganta.

—No espero que me trate con amabilidad, señorita Presley, pero debo contarle la verdad.

La reina, que normalmente la miraba por encima del hombro, parecía otra persona esa mañana. Estaba nerviosa y no parecía saber qué hacer con las manos.

—¿La verdad? —repitió Sara, mirando a Aleks.

—Mi madre y yo hemos tenido una larga conversación esta mañana

y creo que tiene algo que decirte. Y yo también.

—Me temo que he hecho algo terrible —empezó a decir la reina—. Hace cinco años, Aleks estaba en la guerra, pero no podía dejar de pensar en usted. Y como no podía ir a buscarla él mismo, me envió a mí a América.

Sara tragó saliva.

—Pero nunca nos vimos...

—No, es cierto. Yo no tenía nada contra usted personalmente, señorita Presley, pero no era una ciudadana de nuestro país y no pertenecía a una familia real. Y yo no podía dejar que mi hijo, el heredero del trono, se casase con una plebeya.

Sara empezó a temblar. De modo que Aleks no había mentido, la quería, había intentado pónerse en contacto con ella...

—Cuando descubrí que había tenido un hijo, decidí hacer lo que tuviese que hacer para traerlo a Carvainia. Un hijo sería suficiente, pensé, para curar la pena de Aleks cuando supiera de su deserción.

—Pero yo no...

La reina Irena levantó una mano.

—No, nunca nos vimos, es cierto. Pero el príncipe Aleksandre creyó que había sido así. Yo misma se lo conté, como le conté otras mentiras sobre usted... incluyendo el dinero que me había exigido por entregarme a su hijo.

—Dios mío...

—Créame, pensé que estaba haciendo lo mejor para mi país, para mi hijo y para mi nieto.

—¿Y para usted misma?

—También —asintió Irena, con los ojos empañados—. ¿Podrá perdonarme algún día?

¿Perdonarla? ¿Cómo podía perdonar tantos años de angustia, de soledad? ¿Cómo iba a olvidar un mar de lágrimas y depresión?

—Nunca pude darle el biberón a mi hijo, nunca pude bañarlo... no estuve a su lado cuando empezó a caminar, ni escuché sus primeras palabras.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Aleks me ha odiado durante todo este tiempo, pensando que le había mentido, que no era más que una mercenaria que había vendido a su hijo...

—El príncipe Aleksandre no la ha odiado nunca, señorita Presley. Ése ha sido el problema. Quería odiarla, pero no podía hacerlo. Por favor, escúcheme... sé que no podrá perdonarme, pero aún no he terminado y quiero contarle toda la verdad.

Agitada, pero aliviada también, Sara asintió con la cabeza.

—He fracasado como madre y como abuela, lo reconozco. Durante estas semanas, yo estaba tan concentrada en librarme de usted para

que mi hijo no descubriera la verdad que no me di cuenta de que Nico estaba en peligro. Pero usted sí lo vio. Una madre sabe cosas con el corazón, cosas que otra persona no puede ver.
—Sí, lo sabía. De alguna forma, lo sabía, es cierto.
—Y no sabe cuánto se lo agradezco. De no haber sido por usted —la reina sacudió la cabeza—, no sé qué habría sido de mi nieto. Y por eso estoy aquí. Lamento mucho todo lo que hice y lamento mi arrogancia. Me he equivocado con usted, señorita Presley, y lo reconozco. No se es una reina sólo por haber nacido en un palacio... eso depende de la fuerza del carácter y de la personalidad. Y por eso puedo decir con toda seguridad que usted, señorita Presley, será mejor reina que yo.
Después de decir eso se levantó y, tras hacerle una pequeña reverencia, la reina Irena salió de la habitación, dejando a Sara perpleja.
—No me lo puedo creer...
—Sólo he visto a mi madre tan rota una vez, cuando mi padre murió —suspiró Aleks, sentándose a su lado—. Mi madre cometió un terrible error, Sara, pero no es una mala persona. Lo hizo porque estaba convencida de que era lo mejor para Carvainia y para mí.
—Te quiere mucho, eso lo sé —murmuró ella, que no estaba dispuesta a hacer ninguna otra concesión a la mujer que le había destrozado la vida—. Pero durante todos estos años tú has creído lo peor de mí... es horrible.
—Y no sabes cuánto lo lamento. Yo estaba en la guerra, mi padre había muerto recientemente... no podía pensar con claridad. Después de la guerra mi país sufrió mucho y yo era joven e inexperto. Ser traicionado por la única mujer a la que había amado nunca, fue un golpe terrible. De no haber sido por Nico, no sé qué hubiera hecho.
—No, Aleks, incluso sin Nico habrías seguido adelante porque te han educado para cumplir con tu deber hacia tu país —suspiró Sara.
—¿Y a ti te gusta mi país? —sonrió Aleks.
—Me encanta —dijo Sara—. Me gustaría quedarme en Carvainia.
—Me alegro mucho, porque tengo algo que decirte.
—¿Sobre qué?
—Sobre el futuro de Nico.
—Yo quiero formar parte de ese futuro, Aleks.
—¿A cambio de qué?
Sara lo miró, perpleja.
—De lo que tú quieras.
—¿Me lo pones así de fácil? No sabes lo que un hombre como yo podría pedirle a una mujer tan bella y tan deseable como tú —sonrió Aleks.
—Da igual, haré lo que quieras. Quiero tanto a Nico...

—¿Y a su padre? —le preguntó él entonces—. ¿Sigues queriendo a su padre como lo quisiste una vez? Porque no puedes negar que me querías, de eso estoy seguro.

Llena de esperanzas, Sara sólo pudo contestar la verdad: —Sí, te quiero.

Aleks hincó entonces una rodilla en el suelo y tomó su mano, mirándola con expresión solemne.

—Sara Presley, mi preciosa y valiente pelirroja, madre de mi hijo y dueña de mi corazón. Yo, que he estado ciego durante tanto tiempo, ya no lo estoy. Y te quiero. Ninguna mentira ha podido arrancar ese amor de mi corazón. Te querré hasta que me muera

Con el corazón acelerado, Sara alargó una mano para acariciarle la cara.

—Pero soy una plebeya. Ni siquiera soy ciudadana de tu país.

—Ésas eran las exigencias de mi madre, no las mías. Carvainia te necesita, Sara. Nico necesita a su madre y el príncipe de Carvainia necesita una esposa bella y valiente como tú. ¿Quieres ser esa mujer, Sara Presley? ¿Harás realidad mi mayor deseo y te casarás conmigo?

Con el corazón latiendo como un tornado de Kansas, Sara abrió la boca para contestar, pero antes de que pudiera decir una palabra se abrió la puerta y Nico entró en la habitación como una tromba.

—¿Se lo has preguntado, papá? ¿Ha dicho que sí?

Ella miraba de uno a otro, perpleja.

—Se lo acabo de pedir, hijo, pero aún no me ha dado una respuesta.

—Pero tiene que decir que sí, papá. Lo deseé en el pozo de los deseos y no se lo había dicho a nadie.

Para entonces, Sara no sabía si reír, o llorar.

—¿Tú también? —se rió Aleks—. Entonces tendremos que convencerla entre los dos, ¿no te parece? A ver, Nico, clava una rodilla en el suelo, una proposición hay que hacerla como es debido.

El niño obedeció y, totalmente serio, clavó una rodilla en el suelo, frente a Sara. Y ella supo que recordaría aquel momento para siempre. Su hijo. Su hombre. ¿Qué más podía pedirle a la vida?

—Estamos esperando tu respuesta —dijo Aleks entonces, la máscara del príncipe había sido descartada por completo—. ¿Quieres casarte con nosotros?

—Espera, papá... ¿qué pasa con lo de mi mamá?

A Sara se le aceleró el pulso. ¿Nico lo sabía?

—Se lo he contado esta mañana —dijo Aleks, como si le hubiera leído el pensamiento—. Y le he contado la verdad, que tuviste que separarte de él durante la guerra, pero que lo has encontrado ahora, cuando más falta le hacías.

Las lágrimas que brillaban en los ojos de Sara empezaron a rodar por su rostro.

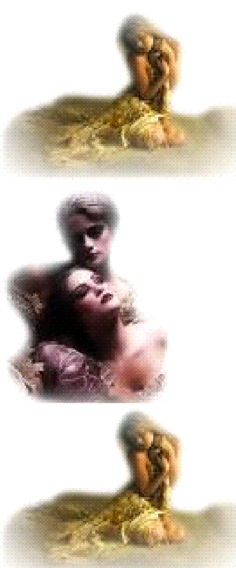
—Te he buscado durante tanto tiempo, Nico. A ti y a papá.

—Y ahora que estás en casa no volverás a irte, ¿verdad?

Era el momento que había soñado durante todos esos años, el momento que no había creído posible.

—No, cariño —dijo Sara, abrazándolo—. No volveré a marcharme nunca.

EPÍLOGO



Seis meses después

LA BODA del siglo tuvo lugar un día en el que el sol había recibido la orden de lucir más que nunca, el mar debía permanecer en calma y todas las flores de Carvainia debían mostrar sus mejores colores.

Con el corazón latiendo a toda velocidad, Aleks esperaba a su futura esposa a bordo del yate real en el que tendría lugar la ceremonia. Después de todo lo que había ocurrido, después de tantas penas, esperaba con ansiedad ese momento y, por fin, la novia apareció.

Sara estaba radiante con un vestido de satén en color marfil que se ajustaba a su cintura, cayendo hasta el suelo como una cascada. Parecía haber nacido en una cuna real, tan elegante estaba.

En un gesto que lo había emocionado, Sara aceptó lucir la tiara de diamantes que la reina Irena había llevado el día de su boda y esa concesión lo hacía concebir esperanzas de que algún día pudieran ser amigas.

Bajo la tiara, el pelo rojo de Sara era una gloriosa corona de la que caían metros y metros de tul blanco que se movía con la brisa; la cola del vestido, de varios metros, la seguía obedientemente a cada paso.

—¿Puedo besarte? —le preguntó cuando llegó a su lado.

—Por favor —sonrió ella—. Pero ¿qué pensarán los fotógrafos?

—Sabrán que el príncipe de Carvainia se casa por amor —dijo él, buscando sus labios.

La ceremonia sería televisada para todo el país y después navegarían por la costa durante un día para saludar a miles de ciudadanos que querían ver a sus príncipes de cerca... antes de perderse en el mar para disfrutar de una luna de miel esperada durante demasiado tiempo.

—Tu gente te saluda —dijo Sara entonces.

—Nuestra gente —la corrigió él—. A partir de este momento, tú eres la princesa de Carvainia, amor mío.

Mirando a los invitados, Sara localizó a Penny, que estaba loca de alegría desde que le dio la noticia de su boda. ¿Qué mujer no querría casarse con un príncipe?

Aleks había llevado a Carvainia a la gente que le importaba de verdad. No muchos, sólo un puñado de amigos y unos primos lejanos que se habían mantenido en contacto con ella tras la muerte de su madre.

No tenía intención de volver a su país porque allí ya no quedaba nada para ella. Todo lo que amaba estaba allí, en Carvainia.

Penny era ahora la propietaria de la librería, aunque Sara iría a visitarla muchas veces. Después de todo, se lo había prometido a Nico.

La ceremonia, en la que un sacerdote unió al príncipe Aleksandre Lucian Domenico d' Gabriel con Sara Presley, fue muy rápida y Sara estaba tan emocionada que sólo recordaba el «sí, quiero».

Después, mientras recorrían la alfombra roja, una orquesta tocó el himno nacional de Carvainia y un grupo de soldados hizo un arco con sables bajo el que pasó la pareja real. Aleks y Sara se acercaron a la borda del yate para saludar a miles de ciudadanos que se habían reunido allí.

—Papá, mamá —los llamó Nico.

Irena se acercó llevando al niño de la mano. Nico iba vestido exactamente igual que su padre, con un pequeño esmoquin y una corbata de color rojo. Sara miró de uno a otro, su amor por aquellos dos hombres la dejaba sin aliento.

—Ésta es una tradición americana que me gustaría conservar —dijo Aleks entonces, tomándola por la cintura—. Mis súbditos están pidiendo que nos besemos. ¿Qué te parece?

Divertida, Sara asintió con la cabeza y Aleks la besó, despertando un coro de aplausos en el puerto mientras una flota de aviones militares volaba sobre sus cabezas.

—En mis horas más tristes —le dijo entonces— te imaginaba exactamente así.

—Ni en mis sueños más locos habría imaginado que esto pudiera pasar —sonrió Sara—. Que tú fueras un príncipe, que fuéramos a casarnos y estar aquí, con nuestro hijo. Pero siempre soñaba contigo, Aleks. Nunca dejé de hacerlo.

—Tu amor es algo muy poderoso, mi princesa. Me ha curado a mí y ha curado a nuestro hijo —dijo él, sacando un sobre del bolsillo—. Tengo un regalo para ti.

Sara abrió el sobre y dentro encontró el cheque que había roto en mil pedazos.

—No entiendo...

—Lo encontré en el cajón de mi escritorio esa noche, antes del ataque de María.

—¿Entonces sabías…?

—Sí, sabía que eras sincera, que no habías aceptado el trasplante por dinero. No podía dormir esa noche, por eso estaba despierto cuando Nico salió gritando de la habitación —Aleks sonrió con cierta tristeza—. Y cuando vi esto, supe que no podía dejarte marchar. Aunque mi madre hubiera dicho la verdad, no podía dejarte ir. Tú eres la dueña de mi corazón y un guerrero muere sin su corazón.

Los ojos de Sara se llenaron de lágrimas.

—Oh, Aleks, de todos los regalos que me has hecho, éste es el más precioso.

—Eso es lo que esperaba que dijeras, cariño —sonrió él, apoyando los labios en su frente.

—Pero no hablemos más del pasado.

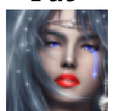
—No, sólo del futuro. De nuestro futuro.

Riendo, tiraron al agua los pedazos de papel, dejando que el viento se los llevara lejos… junto con el dolor y la pena que los habían mantenido separados durante tanto tiempo.

El príncipe, su princesa y el pequeño Nico se abrazaron, riendo y llorando a la vez.

El pasado había quedado atrás para siempre y los esperaba el futuro.

Fin



Escaneo:Consuelo-Corrección:Carmen 28.07.10